LA EXPOSICIÓN

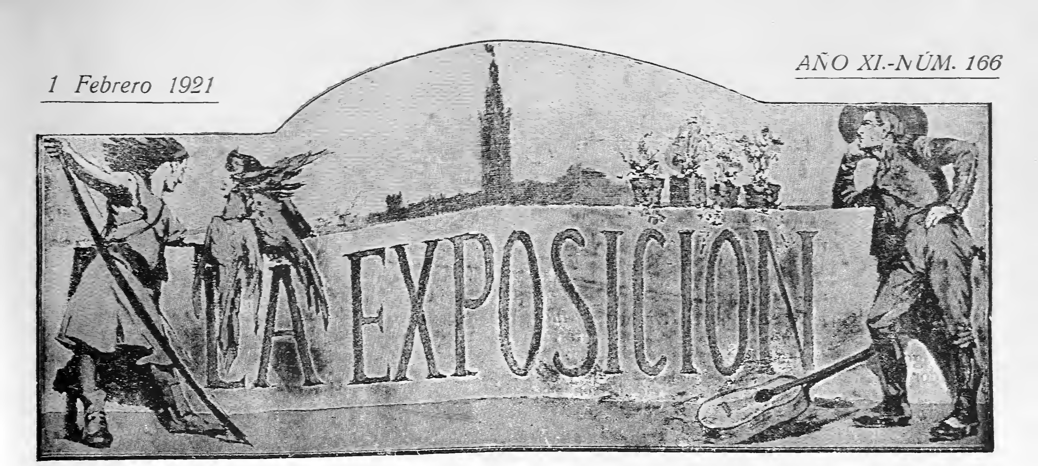
SEVILLA

FIESTAS DE PRIMAVERA 1921
SEMANA SANTA Y FERIA

20 Céntimos | TIPOGRAFIA ALBAREDA, 17 GERENTE: J. VACAS SEVILLA | *1 Febrero 1921*

1 Febrero 1921

AÑO XI.-NÚM. 166



DIRECTOR
Ramiro J. Guarddon

Revista Hispano-Americana

SECCIÓN LITERARIA
Fundador: Alfredo Blanco

Sevilla: Plaza de Rull, 2. Cádiz, calle San Francisco, frente a la fotografía "El Trebol"

"LA RETAMA"

POR GIACOMO LEOPARDI

El notable y cultísimo poeta Miguel Romero Martínez, el único *humanista* de esta ciudad venerable, «que hace los hombres y los gasta», ha traducido en versos castellanos la mejor poesía del cisne de Recanati.

El autor del célebre *Canto a Italia* era conocido en España por defectuosas traducciones, imperfectas de forma y pobres de sentimiento. Miguel Romero Martínez nos ofrece ahora el verdadero espíritu de Leopardi; espíritu de gran sentimiento; amante de la forma bella y perfectísima, que son las características del «más grande poeta lírico».

La Retama es «la elegía del sufrimiento humano y de la mundial tristeza».

No son ya sus propios pesares los que canta en ella Leopardi, sino todos los dolores y las angustias de la humanidad, como nos dice el traductor en su proemial.

Los versos de Leopardi están impregnados de sútil tristeza; ellos exhalan las torturas de su autor, que llegan a lo más hondo de nuestras almas. Su espíritu rodeado de tinieblas, lleno de dudas y tormentos, ávido de amor, nos produce una intensa emoción, envuelta a la vez ésta por dulce serenidad.

«Del inextinguible deseo del infinito—ha dicho Juan Valera—nace el entusiasmo de Leopardi. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpétua y constante causa del dolor del poeta, es, sin embargo, el mayor bien que el poeta tiene, porque el poeta prefiere el dolor al fastidio, y porque ama este deseo inextinguible que se sustenta a sí mismo, por no hallar otro sustento».

Leopardi tradujo los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas, siendo entre otras preses sus mejores poemas *El Sábado en la Aldea*, *La calma después de la tempestad*, *el Canto nocturno de un pastor errante de Asia*, *A la Luna*, *A Silvia*, *El gorrión solitario* y *Los recuerdos*.

MANUEL FORCADA CABANELLAS.



LEOPARDI

NOTAS LITERARIAS

Observaciones sobre la traducción «**La Retama**», por **MIGUEL ROMERO MARTINEZ**

Como cosa curiosa publicamos a continuación las notas que el erudito poeta sevillano puso al margen de las pruebas de imprenta de «La Retama» de Giacomo Leopardi, el lírico inmortal.

En la página 17, verso 5. Primero traduje el *«tuoi cespi solitari intorno spargi»* por «tus solitarios vástagos esparces». Luego lo modifiqué diciendo: «tu verdor solitario en torno esparces»; y creo que está mejor; *porque esparcir los vástagos* me suena a impropiedad y porque ahora no se pierde el *intorno*. *Cespi* significa *céspedes* y también *ramos,* sentido el último en que lo emplea Leopardi. Victor Orban en su traducción francesa dice *rameaux*. Alcalá Galiano, uno de los traductores españoles de *La Ginestra,* pone *capullos abiertos*, y el verso italiano lo convierte en dos. Así, a fuerza de amplificaciones, interpretaciones bizarras, tautologías y ripios; convierte en 382 versos los 320 del autor.

Yo no puedo decir *céspedes* o *césped* porque sería un dislate, ni *ramos* o *ramas*, porque no lo permite el metro.

Si pongo «esparces tu ramaje solitario», no traduzco mal, pero suprimo otra vez el *intorno,* y el verso aunque correcto, resulta bien pobre. Por eso, haciendo uso de un tropo que juzgo legítimo, escribo: «tu verdor solitario en torno esparces», verso más robusto, en el que me parece no hay prosaismo y me ajusto más que en los otros dos al pensamiento de Leopardi.

En la página 17, verso 1: He traducido *schiena* (espalda) por una de sus acepciones menos corrientes, o sea *falda,* aunque el autor no se ha referido a la parte más baja del monte, sino a los flancos, a los costados. Pero *dura lex* la del metro, y *espalda* no me agrada. En todo caso es venial la libertad que me he permitido.

En la página 19, verso 23: «que al desierto consuela». ¿Es gramaticalmente correcto? No sé qué se me infunde con la expresión «consolar al desierto»; y acaso sea pueril mi duda; empleo la preposición porque me parece que, si no, el concepto quedaría oscuro.

Creo que si no se dice «al desierto», no se sabe bien qué es lo consolado.

En la página 19, verso 19: «Todo ahora es ruína». Contra lo que dispone la Academia y por exigirlo el metro, empleo aquí el acento, que prefiero a la diéresis. Además entiendo que acentuar *ruina* como quiere la Academia, es uno de sus muchos errores, porque en latín es *ruína* y no *ruina*.

En la página 26, verso 24. En italiano se puede decir indistintamente *stima* o *estima*; pero en este verso el autor ha empleado la segunda forma.

En la página 27, verso 3. *«destruyen* de tal suerte» Leopardi puso el verso en singular *(distrugge)*, y así lo traduje, y es la forma más lógica porque no hay sino una acción; pero antepuestos los sujetos, es preferible usar el prural, como opina Andrés Bello.

En la página 43, verso primero: Llamarle *lenta* a la retama, en el sentido de *correosa* o *flexible*, es incurrir en arcaismo; pero la Academia lo admite, y aun con criterio clásico resulta elegante. Recuérdese el verso de Virgilio (1.ª Egloga, 26). «Quantum *lenta* solent viburna cupressi».



El cartel anunciador de las fiestas primaverales, premiado por el Ayuntamiento.

NUEVA LITERATURA

PIRUETAS

Paulino Fernández Vallejo, el gran poeta de *Las armonías inefables* y de *Jardines bajo la lluvia* se dispone a penetrar en el campo de la novela. Muy pronto ofrecerá al público aristocrático una sorprendente en la que el interés, la elegancia y el humorismo juegan caprichosamente. Será una obra que, por su firmeza, por su espiritualidad, gustará mucho; se titula «Piruetas».

Anticipamos a nuestros lectores uno de los capítulos de la novela.

La mentira del beso

El paisaje está quieto, adormecido bajo la bruma.

Es una tarde de otoño, gris, despreocupada y elegante.

Por la calle central del parque, pasean ELIA, *ojos verdes, enigmáticos, profundos, toda chic y distinción, una monada de Fragonard. Y* JAK *a su lado alto, aristocrático, un poco calvo, de manos cansadas y «posses» de «splin».*

ELIA

Suspira ¡Qué aburrimiento en el salón! *Se lleva una mano a la frente, aparta de ella unos rizos rebeldes.* Me fastidia tanto aburrimiento. *Suspira.*



Cartel presentado al concurso de carteles anunciadores de las fiestas primaverales

Jak no contesta, mira distraido, de pronto al cielo, de pronto a los macizos de árboles despojados de sus frondas

Viernes, el galgo ruso de pelo de espuma, les sigue a prudente distancia; está educado asi; no parece sino que el noble animal es capaz de oir lo que dicen para después... ¡No parece, sino que hay club de canes!

ELIA

¿Y el imprudente y desvergonzado Marqués? Se empolpola que parece un payaso, y creo que hasta se pinta .. Esta tarde la señora de Orgaz, con su sempiterna sonrisa. le llamó la atención. ¿Y sabes que fué lo que le contestó el Marqués? *(Imitando la voz del aludido;* «Señora de Orgaz, no os extrañe el estado de mi cara; es que he venido solo en coche con la señorita Margot, vuestra sobrina. *Pausa larga.* ¡Es un desvergonzado .! *Otra pausa larga.*

Jak sigue callado, distraido, entristecido. De pronto se quita un guante y lo arroja displicente más allá del cerco de bojes Rápidamente Viernes, el galgo ruso. atento siempre, salta veloz, coge el guante con mucho cuidado y se lo devuelve a su dueño, que lo acaricia pasándole la mano por el lomo de seda: frio, solemne, el galgo ni se extremece; tiene entendido que es propiedad de un príncipe educado en un colegio cerca de Hade Park. Le han enseñado al buen animal que es plebeyo dar las gracias..

ELIA

¡Qué deseos tengo de dejar de ser la agasajada! Esta tarde el Barón, cínico como siempre, ha vuelto a dec ararme su amor. *Gesto breve.* Es ridiculo pensar que ni por un instante, yo conceda una sonrisa a un hombre que me habla siempre subido en el montón de sus dineros. *Ligera.* Mamá sin embargo, lo prefiere.. *Hasta ahora, se ha dirigido a las nubes, desde ahora indudablemente a Jak.* Papá, esta tarde, le ha obsequiado, *(mirada penetrante)* con un rato de charla, los dos solos... *Desfallecida* ¡Papá y el Barón, los dos solos en un rincón, seguramente tratando de mi... *Pausa en la que espera impaciente que a Jak se le caiga el monóculo del ojo; pero este, inalterable, enciende un egipcio, lo saborea unos segundos y lo tira. El galgo se precipita sobre el cigarrillo.*

JAK

Gesto violento ¡Viernes! *El perro se para en seco; tiembla; mira la frente que se ha arrugado de su dueño, los labios temblorosos que parecen decirle: ¡Oh Viernes, mi buen Viernes! ¡Tú, víctima de tales ligerezas! Esclavo de un príncipe, atreverte a coger una colilla...*

ELIA

Moin de impaciencia. ¡El Barón es audaz! Sabe nuestro amor, pero aparenta ignorarlo. *Sonrisa-Puñal.* Hombres así, siempre sacan partido... *Calla ruborizada un poco; cree que tras estas palabras, Jak forzosamente debe mirarla. Piensa: Sí, seguro que me está mirando, e inclina la cabeza, bajo el peso de una culpa fantástica, que en este momento le conviene apropiarse. En tanto, su mano izquierda, se entretiene en jugar con una ramita de boj arrancada al acaso. La esmeralda de su dedo indice juega con la luz; la esmeralda que se ha hecho opaca en esta tarde llena de bruma.*

Hay un silencio continuado Croan las ranas del estanque. Se escucha un discreto murmurio de fuente. Un Rouge-gorge, en un vuelo turbado, quiere pararse en el tallo de un lirio gigante, al borde del camino; ve de pronto a Viernes y duda y gira, haciendo unas cuantas piruetas en el aire, dando tiempo acaso, para después de pensarlo, decidirse o no; al fin se para.

EL PITIRROJO

Mirando al galgo. Pit... pit... pit... ¿De qué

te sirve, imbécil, tener los pies tan ligeros y la nariz tan larga? Pit. pit. pit..! Prueba a cogerme! Pit... ¡Que no me cojes! Pit. pit... pit.

EL GALGO RUSO

Sin quitar los ojos de su dueño pero oyendo indudablemente al pájaro. En efecto, de qué me sirve todo eso?.. y además, ser esclavo de un príncipe... *Nostálgico de praderas nevadas, de cuernas de caza, de veloces carreras.* ¡Ay de mí¡

Un aire helado, de cuando en cuando, estremece el parque; el frío de cada racha impone silencio; es entonces, cuando rítmicamnte, se escucha el fru-fru de la falda de Elia.

ELIA

¡Jak!

JAK

Por fin...

ELIA

¡Por fin..! *Levanta extrañada la cabeza, poco a poco y oblicuamente; los ojos entornados, una sonrisa mimosa en los labios. Mira de lado maravillosamente cariciosa; se lleva el ramito de boj a la boca y lo muerde. Después cruza las manos sobre el pecho; se aprietan, se hunden, parecen manos de plomo.*

JAK

Casi sin mirarla, sonriendo finamente. Me interesa la historia del Barón. Por fin... ¿Querrás continuar? *Hay en sus labios una sonrisa cruel llena de excepticismo y amargura.*

Elia ha temblado; ha dejado caer las manos en un gesto de desaliento.

El crepúsculo encenizado, poco a poco, va robando el contorno a las cosas. Una gran soledad, un vacío enorme, una pena infinita en esta hora. Y no otra cosa ¡oh corazón! Daría Jak un millón dos millones de francos, por ver aunque solo fuese vagamente, un poco en el interior de esta muñeca exquisita y ligera. Por enternecerse y llorar, que es mucha la angustia, que en toda ocasión le oprime el pecho. ¡Oh aquél viejo profesor que lo educara, siempre en los labios la cruel palabra «prévoyance». Cuando se reía en su infancia, por que la luz era mucha, el grito al momento, tras las gafas obscuras ¡Prévoyance! Cuando ya joven, una mañana brumosa, ante el vagón que se lo llevaría en su primer viaje, el viejo estrechándole la la mano, dándole el guiñapo de su mano, le susurró al oído, cáutamente, con un gesto que le heló la entraña: «¡Prévoyance!» *Y hace días, en que Jak pidió un consejo al profesor que aun vive, recibió de éste una sola palabra, escrita con grandes letras alargadas: «PREVOYANCE». ¿Jak, frío? ¿Jak incapaz de emocionarse? ¡Bah! ¡Jak* prémunie! *¡Hasta cuándo el corazón no se anticipará hecho fuego, vencedor de todas las miserias!*

¡Esta clase de corazón! ¡¡Esta cosa de corazón!! ¡¡¡Este payaso de corazón!!!



Cartel presentado al concurso de carteles anunciadores de las fiestas primaverales.

ELIA

Agriamente. ¿Volvemos?

JAK

Galante. ¡Oh, sí, hace frío...!

Por el mismo camino orlado de bojes y de lirios de agua.

Viernes parece entender la pena que aflige a su señor; se roza cariñoso en las piernas de éste, lo mira sumiso, silencioso, con las pupilas húmedas. El príncipe le pasa la mano por el lomo: ¡Oh, mi buen amigo—le dice con la mirada—más inteligente que cualquier criatura! En su interior lamenta no poder hablar en voz alta ¡Oh, mi buen amigo!

ELIA

De pronto encarándose, mitad con Jak, mitad con el palacio que allá en el fondo ha encendido sus luces. ¿Que hace frío dices? ¡Oh, no, no hace frío ..!

JAK

Entonces... puesto que tú lo dices... ¿Será que la nieve va dentro de mí? (Sonrisa).

ELIA

Que vió la sonrisa. Sin duda... *Rápidamente se*

desabotona el abriguito de piel de malta; se quita el gorro; agita la cabeza violentamente hasta hacer saltar las orquillas; entonces, le cae el pelo como una cascada de luz sobre los hombros. Se acerca a Jak y le invita a que le quite el abrigo; éste, friamente, pero eso si, exquisitamente.. El «parfum Hubigan» que dormía en los pliegues de la seda, una vez despertado, se echa a la calle y lo invade todo.

JAK

No, si no dudo, Elia, hace calor.. Lo que sucede es que yo llevo los Alpes en el corazón.

ELIA

Pasándose el pañuelo por la frente. ¡Pero si estoy sudando! *Alza los brazos, los extiende en cruz; así el pecho, le rebosa sobre el pecho, tembloroso, en una curva deliciosa e incitadora. Tiembla el camafeo que pende de una cadenita de oro sobre la garganta. Una racha de aire en este momento, llega, infla la falda de seda ligera y deja ver el principio de unas piernas divinamente modeladas; el aire se va, da un paseo y a poco vuelve, para que la visión sea completa en sentido contrario; ahora empuja, pliega, ajusta sobre la carne la seda, dibuja en todos sus detalles el contorno de las caderas, de los muslos, de las maravillosas piernas de Diana. Sonrie parada en medio del sendero. La mira Jak, haciendo esfuerzos por no verla; piensa: ¡Qué bien estás para que yo te abrace, te estruje en mis brazos! La tentación se ha parado muy cerca. dudando .. ¡al fin da un paso, levanta el pie para dar otro... Ya .. ¡ya!...*



El Rey en su visita al Hospital de la Santa Caridad

EL GALGO RUSO

De pronto. Gua... gua... gua. *La tentación se ha quedado coja.*

Unos pasos. El Barón viene hacia ellos sonriente, liando y desliando el monóculo en su dedo índice. Rápidamente Elia... está. Llama al perro, le tira el gorrito, juguetona; ríe nerviosa. Jak, sonriente, se adelanta.

JAK

¡Oh!, Barón...

BARÓN

Llegando hasta Elia. Me ahogaba, y he salido a despedir la tarde. *Observa el alboroto de la cabeza, la ve con el abriguito al brazo; sonríe, maligno.*

JAK

Ha comprendido. ¡Claro! Elia, que se ha empeñado en que no hace frío. Para demostrarme que si yo lo siento es porque lo llevo dentro del pecho, se ha quitado el abrigo y el gorro...

BARÓN

Interrumpiendo. ¿Y se ha soltado el pelo? ¡Ah! *¿Como sonrien los hermanos de Vernes?*

ELIA

Sonrisa-Puñal. Barón, hágame el favor de acercarse. Más ¿Cerillas? Y tú, mi querido Jak, haz el favor. ¿Cerillas? *El barón alumbra.* Póngase el monóculo y mire aquí, aquí en la frente del príncipe...

BARÓN

Inquieto. No veo nada.

ELIA

Risas ¡Oh! ¿No véis nada? No es extraño, los años lo gastan todo, la vista con preferencia. Pero yo os diré..., aquí en la frente del príncipe hay una rosa diminuta del color de mis labios... *Risas.*

BARÓN

Con dolor. ¡Ay!... *Una palabrota. Es que se ha quemado los dedos.* Le felicito, principe. *Rápidamente.* ¡Elia!... *Más rápidamente.* La fiesta empezó hace rato ¿Vienen? *Sin esperar a más, se pone en marcha.*

Jak está perplejo. Dentro de su carácter bárbaramente inglés, no entran esta clase de pruebas. Va a decir al barón que perdone, que todo fué una linda chanzoneta de Elia. Va a decirle... va a decirle... ¡Oh—piensa Elia estrujando los guantes.— ¡Oh, príncipe, como me descubras!

JAK

Decidido da un paso. ¡Barón'...

ELIA

¡Oh! *Rompe un guante.* ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ..

BARÓN

Volviendo. ¿Llamábais?

JAK

Sí, os llamaba... *Sollozo de Elia.* ¿Será verdad?... Os llamaba... *(¡Cobarde!)* para daros las gracias ..

ELIA

Toda luz, al barón, que no quiere comprender. ¿No le felicitásteis? *Altísima, sin dejar de sonreir.* ¡Viernes! ¿Dónde estás? ¡Mi buen Viernes!...

EL GALGO RUSO

¿ ..? ¿...?

Arrastrándose suavemente, acariciando las sombras, llegan hasta ellos las notas románticas de una gavota de Llubes.

P FERNANDEZ VALLEJO.

PIERROT

Por esta vez la escena no ocurría en Versalles...
Aparece la luna en las desiertas calles.

Y por ver a la luna Pierrot está asomado
a su balcón abierto debajo de un tejado.

«¿Qué hacerle? Así la escena, prosáica y ciudadana,
tendrá un sabor más acre de la verdad humana.»

A la luna que rueda indiferente y fria
saluda con grotescos sollozos de poeta;
ya no ensaya el absurdo jovial de su pirueta ..:
Pierrot está cansado de hacerla todo el día:

—¡Oh luna triste y blanca, oh romántica luna
que todas las congojas difumas con tu velo;
en la luz argentada que mandas desde el cielo,
mi corazón se mece con un ritmo de cuna!

De la inmutable farsa en el combate rudo,
mi corazón se esquiva tras de una bufonada,
y espera tembloroso el fin de la jornada
para sangrar latiendo bajo tu luz desnudo.

Tú pones en mi frente una mano invisible
cual divino señuelo que invita a la quimera,
y en mi vida anhelante que atormentada espera,
tú pones ansias locas de todo lo imposible.

Madrina de los sueños gloriosos de mi vida
—bagaje el más preciado de la escarpada senda—,
bajo de tu celeste resplandor de leyenda
yo he visto en lontananza mi Tierra prometida.

«Ahora viene un cuarteto, sonoro y teatral,
que Pierrot a la luna siempre dice en plural...»

—Envenenar la dicha que el corazón esconde;
eterno afán de cuantos para el Dolor nacimos:
¡Vivir, vivir hiriendo sin saber por qué herimos,
y correr por la Vida sin saber hacia donde!

Pierrot sigue clamando en su melancolía
a la luna que rueda indiferente y fria:

—Princesa amortajada de la faz marfilina;
por dar tregua al infausto dolor de mis dolores,
a tu luz he mirado eterno los amores...
¡eternos los amores que finge Colombina!

Aquí, Pierrot doliente, de nuevo ha sollozado...
«El poeta suspira con Pierrot angustiado;
pues trazando la pluma su cantar dolorido,
el poeta quedóse con Pierrot confundido.

¿Lo extrañaréis? A veces Pierrot es la careta
con que en la farsa humana se enmascaró el poeta.»

La luna, rueda y rueda por el cielo, impasible;
blasón alucinante de todo lo imposible.

Y Pierrot delirando grotesco de emoción,
rendido a los pesares de la ruda jornada,
hacia la tierra inclina su faz enharinada
y queda entre sollozos dormido en el balcón.

RAFAEL LAFFÓN.

TUS OJOS

Ojos negros, abismales,
de obsesión...
Ojos que hablan de las noches orientales,
de soñadas bacanales,
de gemidos delirantes de pasión...
Ojos bellos de sultana
favorita,
entrevistos bajo un pliegue verde y grana
del tchader de Damasco, una mañana
que oraste en la mezquita.
Estrellas, refulgentes entre el tul
del rubándi, que oculta de tu tez
el milagro rosado;
pupilas que soñó en un ajimez
un rey enamorado,
recorriendo las calles de Estambul.
Es, tu velo, El-Araf de mi vida;
ilusión prohibida;
emboscada
perversa,
que trenzó una princesa, secuestrada
en la suave penumbra perfumada
de un ginéceo persa.
Un mago misterioso de Caldea
mezcló noche y diamantes
en un vaso de límpido cristal;
y brillaron tus ojos torturantes.
Prodigio que otorgó a la magia hebrea
el sombrío Baal.
¿Qué me importa morir si ya apuraron
mis labios la ambrosía?
La historia de mi vida es la de un día:
¡La de aquel que tus ojos me miraron!

Enrique Cuadrado.

VARIACIONES SOBRE TU RECUERDO

A María Luisa Buendía.

Yo te recuerdo ahora enmedio de la estancia
que el heno y los membrillos llenaban de fragancia.
¡Estrado decorado de estampas marineras
y las mazorcas rubias que el sol dora en las eras!
Yo te recuerdo ahora abriendo las ventanas
a la amplitud del mar y al sol de las mañanas...
Volaban del alféizar aquellas golondrinas
que arribaron del Africa en las velas latinas.
Yo te recuerdo ahora cantando, y con tu mano
derecha en el espacio... la otra, sobre el piano...
Cantabas esas tristes canciones infantiles
del príncipe que Abril mató a los veinte abriles...
Yo te recuerdo ahora...

Ibas en una barca...

Ibas en una barca por un rio corriente...
Una luna cubana daba lumbre a tu frente,
Y, allá lejos, la Habana, un ingenio, un bohío,
plantaciones de azúcar, y una almadía en el río...

Ibas en una barca por un río corriente
con un algo criollo, con un algo indolente,
y los frutos de oro que había en la manigua
estaban, en la noche, blancos de plata antigua...

Ibas en una barca por un río corriente...

Adriano del Valle.

IMÁGENES DEL SUEÑO

"A mi entrañable amigo
Ramón Navarro de Cáceres".

Curro, el gitano más *cañí* de la comarca granadina, era todo corazón; y como hombre de corazón, con sus ribetes de romanticismo.

Sobrellevaba con estoicismo su mísera existencia compartiendo con su leal *Toni*, un mastín flacucho de una vara de alto, la lobreguez de su vida espinosa como una zarza. Por todo hogar, una reducida e inmunda choza que con otras formaba parte de una aldehuela o tribu de gitanos, enclavada en las estribaciones de Sierra Nevada.

***

Aquella tarde, se había celebrado el desposorio de una joven, en cuyo bronceado rostro brillaban unos ojos muy expresivos y muy negros, con un *achulado* gitano, maestro en el arte de poner herraduras y Curro, harto de presenciar la zambra, a alta hora de la noche, se dirigió a su choza, ensimismado con el recuerdo de la familia desvanecida y la soledad de su alma yerta...

La Luna en el espacio presentando su disco argénteo, parecía complacerse en mirarle y sonreirle sarcásticamente...

Al llegar, *Toni* que había quedado de guardián le recibió con aullidos entre regocijantes y pedigüeños, y Curro, que tenía todo su cariño puesto en aquel *chucho* esquelético, dióle un mendruguillo de pan y le acarició. A tales muestras de compasivo afecto correspondió el can dando brincos, ladrando desmedidamente con las fáuces henchidas y asomando por entre dos filas semicirculares de dientes blanquísimos, una lengua limpia y sonrosada con el horizonte de un virtuoso. .

Curro tomó una bazofia, encendió una punta de cigarro que llevaba tras la parte superior del pabellón de la oreja, dió unas largas chupadas que saturaron la atmósfera de un pronunciado y nauseabundo olor a nicotina y preparó el lecho; un viejo saco relleno de paja y una raída manta. Después sopló el velón y arrebujándose, se dispuso a dormir.

En la penumbra de la choza, los ojos de *Toni* brillaron...

***

Escasamente llevaría una hora de reposo, cuando una pesadilla fantástica, extravagante, ocupó su cerebro calenturiento.

La ficticia realidad le había transportado a un paraje desconocido donde se erigía un suntroso y solitario palacio que, sin saber cómo, él habitaba

El astro satélite marchaba hacia su ocaso. La nítida nieve de la sierra reverberaba a la mortecina luz del plenilunio.

Un lastimero y prolongado aullido de *Toni* le había sacado de su ensimismamiento; púsose a escuchar atentamente y un rumor extraño, como de aguas que escapan vertiginosas despeñándose espumosas por entre riscos, le impulsó a asomarse a una de las ventanas ojivales del aposento.

Bajo su vista atónita presentóse un encantador pensil; y al fondo de un pasadizo festoneado de corpulentos y frondosos árboles, una artística gruta natural.

El ensordecedor murmullo de las aguas se fué perdiendo lentamente. Sus oídos tan sólo escucharon el tintineo de finísimas gotas, como si éstas escurriesen de las henduras de la bóveda de la gruta y se estrellasen en el alfombrado verdoso de la caverna.

Absorto ante la magnificencia del inexplicable paisaje, en el que el silencio reinante era interrumpido por el cascabeleo cada vez más lento de las dimanaciones en la caverna, las órbitas del buen Curro parecían dilatarse, mientras su retina vagaba saltando bruscamente de unos objetos en otros,

De súbito, una llamarada intensa iluminó radiante el interior de la gruta y del fondo de ella, surgió como por arte de encantamiento o de brujas una mágica y hermosísima hada.

La transparencia de sus vestiduras, descubria la morbidez de su carne tentadora y las valientes y audaces líneas de su escultural figura.

Portadora de una dulzáina, no bien hubo pisado el umbral de su original escondite, avanzó espléndida; envolvió al atónito Curro en una mirada toda un poema de amor que le estremeció de lujuria, y tras unos compases de introducción, hizo vibrar el instrumento en dulces arpegios, embalsamando deliciosamente el espacio y embriagando la noche tranquila con el sutil torrente de su dulce voz argentina en una tonada que irrumpió amorosa, cálida y romántica como una sirena.....

A intérvalos. Curro sentía las sacudidas de una fuerza misteriosa e irresistible que le impulsaba, y en el período más álgido de aquella fuerza, cuando el momento supremo parecía inevitable, entonces, deshecho pasionalmente, respondía con vocablos incoherentes que el eco de la sierra devolvía apagados y una laxitud sin límites sumíale en un profundo abatimiento hasta llegar a la suspensión absoluta de todos sus sentidos.....

Al fin, la quimérica deidad retrocediendo lentamente se ocultó entre las rocas; una nueva, intensa y breve luminiscencia precedió al cascabeleo de las dimanaciones; siguió a esto el tintineo de las finísimas gotas; dió comienzo, de muy lejano, el murmullo de las aguas; llegaron estas a producir el ensordecedor de una catarata próxima y por último, un aullido de *Toni* desvaneció totalmente el fantástico sueño devolviendo al pobre Curro a la triste realidad de su pobreza....

***

Volvieron a brillar acaramelados en la penumbra de la choza los ojos de *Toni* y Curro, hundiendo la cabeza en el jergón, sin saber cómo ni por qué, lloró en silencio amarga y copiosamente.....

R. MANCEBO DE LUQUE.

América española o «Hispano América

EL TÉRMINO «AMÉRICA LATINA» ES ERRÓNEO

(CONTINUACION)

He presentado este problema a los lectores de *Hispania* a fin de llamar su atención hacia los nuevos, impropios y anticientíficos nombres de *América latina* y sus derivados. Los artículos y cartas citados dan los argumentos esenciales en favor de la conservación de los nombres tradicionales y correctos. Se ha demostrados también que literatos hispano-americanos y portugueses de la fama y renombre de los internacionales de Rodó y Almeida Garrett se oponen a los nuevos y falsos términos. ¿No debemos, pues, nosotros, miembros de *The American Association of Teachers of Spanish*, insistir para que los términos nuevos y falsos, recientemente introducidos, se destierren de nuestro vocabulario? ¿No debemos, por consiguiente, insistir nosotros como maestros y hombres de estudio en las verdades de la historia y enseñar a nuestros estudiantes la fraseología más propia? Yo, por mi parte, insistiré en ello. Como editor de *Hispania* ruego lo más encarecidamente a todos los colaboradores y anunciantes que usen siempre los antiguos, tradicionales y correctos nombres *America española*, *hispano-americano*. Qué objeciones podría hacer nadie contra esta conducta?

Pero hay algunos que, aunque convencidos, sienten la necesidad de diferenciar las repúblicas hispano americanas que hablan español de la que habla portugués. Comprendo enteramente su punto de vista, pero no veo por qué razón para resolver esta dificultad debamos usar terminologías que son totalmente falsas, y yo propondría que diferenciemos, cuando haga falta, usando el nombre *Hispanic American* en un sentido general para incluir el Brasil, y el nombre *Spanish American* bien para el conjunto de todos estos países o para los de habla española exclusivamente.

Los norteamericanos son muy amantes de la verdad y la justicia. El uso de los nombres *Hispanic American* y *Spaninh American*, con los significados indicados anteriormente, se ha adoptado de hecho en nuestro país en varios casos Tenemos *The Hispanic Society of America* que, como dice Menéndez Pidal, se dedica al estudio de las instituciones españolas, portuguesas y catalanas. La casa de Sanborn y Compañía ha comenzado a publicar uua serie formidable de libros de texto españoles y portugueses, para uso de nuestras escuelas y colegios, bajo la dirección del profesor Fitz-Gerald, de la Universidad de Illinois, la cual se llama, con mucha propiedad, *The Hispanic Series*. La Compañía Macmillan ha comenzado también a publicar, bajo la dirección del profesor Luquiens, de la Universidad de Yale, una importante serie de libros de texto, y aunque en gran parte está dedicada a la América española, se llama, propiamente, *The Macmillan Spanish Series*, Y posteriormente se ha fundado una nueva revista histórica, de la que ya han aperecido dos números en este año, dedicada al estudio de la historia de la América española, incluso el Brasil, y redactada por los principales historiadores norteamericanos del ramos, y con toda propiedad se llama *The Hispanic American Historical Review*.

APÉNDICE

El artículo que antecede, al impugnar la apelación *América latina* y sus derivados, aboga por el apelativo genuino HISPANO-AMERICANO. Hay, sin embargo aficionados al apelativo *ibero-americano*, que a primera vista parece tan apropiado como el verdadero, pero no lo es.

El nombre *ibero* es demasiado remoto: es recuerdo del nombre griego de una raza coetánea con los *galos*, y aun anterior a ellos. Los *iberos*, desbordando la península, se extendían también por las Galias y hasta Sicilia. Pero los *iberos* dejaron de existir como entidad activa unos ocho siglo antes que los *galos*, y de un modo más completo; la península fuè disputada por varias razas, celtas, iberos, fenicios, cartagineses, semitas, griegos, romanos; por fin estos últimos, los grandes civilizadores de Europa, adoptaron el nombre HISPANIA, que ha perdurado por más de veinte siglos, aplicado a la península únicamente. Los *iberos*, muy diluídos perdieron su entidad entre aquellas razas, que después de romanizarse por espacio de más de cuatro siglos se mezclaron con los bárbaros, principalmente con los godos. Así se constituyó la nueva y definitiva raza de la península HISPANIA, conocida por ese nombre en todo el mundo; y luego, por espacio de diez siglos esa raza *hispana* estuvo evolucionando, desarrollándose y forjando, dentro de la cultura europea, su propia civilización característica, distribuída en varios reinos o naciones, *hispanas* todas, que gradualmente fueron reduciéndose a dos,

---

de *toda España* y acta imperecedera de la *existencia nacional portugesa*, es el poema de Camõens *Os Lusiadas.*»

«En la vida de Europa, después de los griegos—iniciadores de nuestra civilización—figuramos *nosotros*, italianos y *españoles.*»

«El extranjero podrá amarnos u odiarnos; no podemos serle indiferentes. *España* provocó entusiasmos o rencores, jamás fué mirada con desprecio y burla.»

No sería difícil multiplicar las muestras de esta convicción portuguesa recurriendo a los escritores del período clásico. Las dos que siguen ofrecen la particularidad de pertenecer a escritores de dos épocas de gran exaltación del espíritu nacionalista portugués.

Francisco de Holanda, iluminador portugués, protegido durante toda su larga vida por los reyes de Portugal, desde don Juan III hasta nuestro Felipe II, en el primero de sus «Cuatro diálogo de la pintura antigua», terminados en 1548, pone en boca de la famosa Victoria Colonna estas palabras: «Decidle que yo y Messer Lactancio estamos aquí... Pero no le digáis que está aquí Francisco de Holanda, *el español.*»

El prolijo comentarista portugués Manuel de Fearia y Sousa publicó en Madrid en 1639. durante la anexión de Portugal a España, nada menos qne cuatro volúmenes bajo el siguiente título: «*Lusiadas* de Luis de Camõens *príncipe de los poeta de España.*» Y años más tarde, en 1685 y 89, es decir, después de consumada la separación de ambos reinos, publicó en Lisboa otros cuatro tomos con este epígrafe: «Rimas varias do Luis de Camõens, *príncipe de los poetas heroicos y líricos de España*».—N. DE T.

(Continuará)

La Exposición

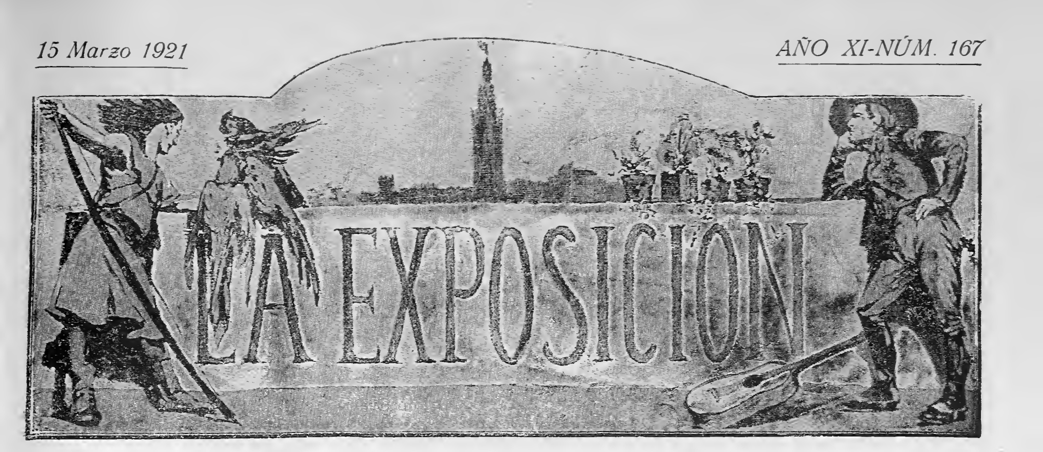


Nuestra Señora de las Lágrimas

Notable escultura de la Roldana, que se venera en la Parroquia filial de Santa Catalina.

60 Céntimos	Tipografía, Albareda, 17 J. Vacas — Sevilla	*15 Marzo 1921*

15 Marzo 1921 AÑO XI-NÚM. 167



DIRECTOR
Ramiro J. Guarddon

Revista Hispano-Americana

SECCIÓN LITERARIA
Fundador: Alfredo Blanco

Sevilla: Plaza de Rull, 2. Cádiz, Calle San Francisco, frente a la Fotografía "El Trebol"

SEMANA SANTA

Cofradías que hacen estación a la Santa Iglesia Catedral

DOMINGO DE RAMOS

Sagrada Cena Sacramental, Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora del Subterráneo.

Parroquia de Omnium Sactorum.—A las cuatro y media.

Esta Cofradía consta de tres pasos, no sacando más que dos.

Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Hiniesta.

Parroquia de San Julián.—A las cuatro

Esta cofradía consta de dos pasos.

Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Esperanza

Parroquia de San Roque.—A las tres.

Lleva dos pasos.

Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Estrella.

Iglesia de San Jacinto.—A las cinco y media.

Lleva dos pasos.



La Virgen de la Hiniesta-Abogada de Sevilla-Escultura de Montañés

Santo Cristo de las Aguas y Nuestra Señora del Mayor Dolor.

Iglesia de San Jacinto. - A las seis.

Esta cofradía lleva un solo paso.

Nuestro Padre Jesús del Silencio, Desprecio de Herodes y Nuestra Señora de la Amargura y San Juan Bautista (vulgo de la Palma).—A las seis.

Dos pasos.

Sagrada entrada en Jerusalén, Santísimo Cristo del Amor y Nuestra Señora del Socorro y Santiago

Apóstol.- Parroquia de Santa Catalina.—A las siete y media.
Tres pasos.

MARTES SANTO

Nuestro Padre Jesús ante Anás y María Santísima del Dulce Nombre.
Parroquia de San Román.—A las seis.
Tres pasos.

Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de los Dolores.
Un solo paso

MIÈRCOLES SANTO

Santo Cristo de la Salud y Nuestra Señora del Refugio.
Parroquia de San Bernardo.—A las dos.
Dos pasos.

Santísimo Cristo del Buen Fin y Nuestra Señora de la Palma.
Iglesia de San Antonio de Padua.-A las cinco.
Un paso.

Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de la Piedad.
Capilla del Baratillo.—A las cinco.
Un paso.



El Bautismo de Cristo-Precioso tablero de cerámica hecho por el notable artista Sr. Esealera.

Sagrado Prendimiento de Nuestro Señor Jesucristo, María Santísima de Regla y San Andrés Apóstol.
Capilla de calle Orfila.-A las seis.
Dos pasos.

Santo Sudario de Nuestro Señor Jesucristo, Santo Cristo de Burgos y Madre de Dios de la Palma.
Convento de Santa Inés.-A las seis.

Santísimo Cristo de las Siete Palabras, Corazón y clavos de Jesús y María Santísima de los Remedios.
Parroquia de San Vicente.-A las siete.
Un solo paso.

Sagrada Lanzada de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora del Buen Fin.
Iglesia de San Gregorio.-A las siete.
Un paso.

JUEVES SANTO

Sagrado Decreto de la Santísima Trinidad, Santo Cristo de las Cinco Llagas y Nuestra Señora de la Esperanza.
Iglesia de la Trinidad.-A las dos y media.
Dos pasos.

Santo Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Angeles.
Capilla de este nombre.-A las dos.
Dos pasos.

Santísimo Cristo de la Exaltación y Nuestra Señora de las Lágrimas-Parroquia de Santa Catalina.—A las cinco.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús atado a la Columna y Nuestra Señora de la Victoria.
Capilla de la Fábrica de Tabacos — A las cinco.
Dos pasos.

Dulce Nombre de Jesús, Sagrado descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Quinta Angustia de Maria Santisima.
Parroquia de Santa Maria Magdalena.-A las cinco.
Un paso.

Nuestro Padre Jesús orando en el Huerto y Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios dolorosos.
Capilla de Montesión.-A las cinco.
Dos pasos.

Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas, Nuestro Padre Jesús con la Cruz al hombro y Nuestra Señora del Valle.
Iglesia del Santo Angel.-A las seis y media.
Tres pasos,

Nuestro Padre Jesús de la Pasión y Nuestra Señora de la Merced.
Parroquia del Salvador.-A las siete.
Dos pasos.

VIERNES SANTO (De madrugada)

Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz en Jerusalén y María Santísima de la Concepción.
Parroquia de San Miguel.-A las dos.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y Nuestra Señora del Mayor Dolor y Traspaso.
Parroquia de San Lorenzo.-A las dos.
Parroquia de San Lorenzo,

Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y Nuestra Señora de la Esperanza.
Parroquia de San Gil.-A las dos.
Dos pasos.

Santa Cruz en el Monte Calvario y Nuestra Señora de la Soledad.
Iglesia de San Buenaventura.-A las seis.
Un paso.

Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora del Patrocinio.
Capilla del mismo nombre.-A las cuatro.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Expectación.
Iglesia de la O.-A las cinco.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas y Nuestra Señora del Loreto.
Parroquia de San Isidoro.-A las siete.
Dos pasos.

Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón y Nuestra Señora de Monserrat.



Nuestra Señora de ia Amargura y San Juan Evangelista.-Parroquia de San Juan Bautista.

Capilla de Monserrat -A las siete.
Dos pasos.

Santísimo Cristo del Calvario y Nuestra Señora de la Presentación.
Parroquia de la Magdalena.-A las tres.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas y Nuestra Señora de la Esperanza.
Iglesia de San Jacinto -A la una y media.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús de la Salud y Nuestra Señora de las Angustias.

VIERNES SANTO (Por la tarde)

Santísimo Cristo de la Salud, Tres Necesidades de María Santísima y Nuestra Señora de la Luz en su Soledad.
Capilla de la Carretería.-A las cinco.
Dos pasos.

Nuestro Padre Jesús descendido de la Cruz en el Misterio de su Sagrada Mortaja y María Santísima de la Piedad.
Parroquia de Santa Marina.-A las siete.
Un paso.

Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora de las Aguas.
Capilla del Museo.-A las ocho.
Un paso.

Nuestra Señora de la Soledad.
Parroquia de San Lorenzo.-A las ocho.
Un paso.

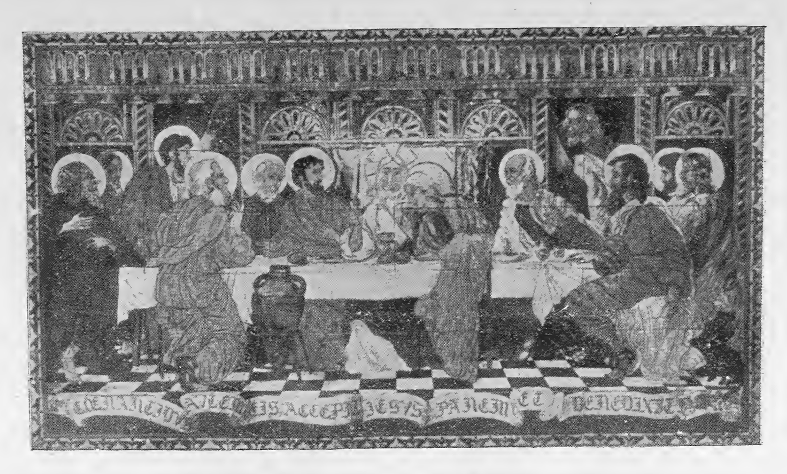
LÍRICA PORTUGUESA

En el Algarve portugués, en el silencio de la provincia, hay artistas, como este poeta, que riman sus espíritus ensoñadores de una manera magistral.

Cándido Guerreiro, en su retiro de Loulé, enciende la antorcha de su panteismo en sus lapidarios sonetos de mármol caliente, de carne marmórea, que tan originales son, que tan sensualmente son, que son tan tormentosamente cristianos.

Alyunas Obras de Cándido Guerreiro:

Rosas desfolhadas-1896.
Ave María-1900
Sonetos-1904.
¡Eros! 1907.
Sonetos-1916.



La Cena de Jesús y los Apóstoles.-Hermoso tablero de Cerámica hecho por el notable artista Sr. Escalera

ALMAS ERRANTES

I

Ardiendo de pavor sobre la sierra,
llaga abierta en la faz de la montaña,
la luna ensangrentada, nace y baña
de sangre el luto el negro de la tierra,..

Aire embrujado, la tiniebla aterra...
Y una higuera desnuda —enorme araña—
retuerce su silueta, rara, extraña...
Habla todo de hambre, peste y guerra!

Camino oculto, propio para asalto,
bordeados de oscuras arboledas
Siniestramente vuelan entre altos

y viejos pinos, aves inqnietantes,
pavoroso crugir de alas de sedas...
Recemos... Son tal vez almas errantes...

II

Almas errantes... ¿Tras de aquesta vida
qué misterio se esconde? En el sendero
ruge el viento su cántico agorero,
la luna empalidece en la subida...

Cuarto menguante, y ahora va perdida
y es una daga de curvado acero...
En un vitral de iglesia está un lucero,
la voz del agua canta adormecida...

En el puente de viejos y altos arcos,
un sonoro tropel de cabalgada
pone un rumor altivo de combate...

Y suben por el mar velas de barcos,
blancas y vagarosas —Madrugada...
tíñese Oriente de oro y de granate.

CANDIDO GUERREIRO

TRADUCCION DE ROGELIO BUENDIA

LA MUERTE DE JESÚS

¿Jesús tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Sinaí? Y el impuro bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Más ahora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado.
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los secretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,



Nuestra Señora del Rosario.—Iglesia de Montesión

Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro da la vida.
Así el amor lo ordena;
Amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
El Dios de las virtudes, y el león fuerte
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas; amor mío?

¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles;
A Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebais, verted la mía.
Más ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía,
Ya la maldad que dominaba el suelo,
Y a las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.
Y no el cielo indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Más ya, Dios de Venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita



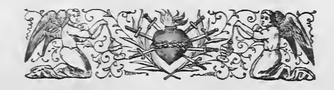
Santísimo Cristo del Amor, de la Cofradía de la Sagrada Entrada en Jerusalén.-Parroquia de Santa Catalina

Extinguir en su sangre solícita.
¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
¿No veis como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, angel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al sabio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno ¡oh tierra!
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere...... Gemid, humanos:
Todos en él pusísteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.



Neestra Señora de Monserrat.-Capilla del mismo nombre



DE JESUCRISTO Y SU VIDA



Maria Santísima de la Esperanza.-Iglesia de San Jacinto

Cuando el Redentor se hallaba próximo a aparecer sobre la tierra, las naciones esperaban saludar a algun famoso personaje. «Extendidose había en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua traducción de que naceria un hombre en la Judea, llamado a obtener el imperio universal.» Tácito refiere el mismo hecho casi en las mismas palabras. Segun este historiador, «la mayor parte de los judios estaban convencidos, por un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el reinado de Vespasiano), prevalecería el Oriente y que un hijo de la Judea, reinaría sobre el mundo.»

Hablando Josefo de la ruina de Jerusalém, refiere que los judios se determinaron principalmente a la revolución contra los romanos, por una oscura profecía que les anunciaba que en aquella época *se levantaría un hombre de entre ellos, y dominaría el universo.*

En el Nuevo Testamento hay también algunos pasajes relativos a esta esperanza, a la sazón difundida por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta a San Juan Bautista, si él es el Mesías, el Cristo de Dios, el esperado tanto tiempo; y los discípulos de Emaus quedan llenos de tristeza al reconocer que Juan no era el hombre destinado a rescatar a Israel. Las Setenta Semanas de Daniel, o los cuatrocientos y noventa años después de la restauración del templo se habían cumplido ya: en fin, Orígenes, después de haber referido todas estas tradiciones de los judios, añade «que gran número

de ellos confesaron a Jesucristo como el libertador prometido por los profetas.»

Entretanto, preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones, tanto tiempo desunidas en costumbres y gobierno, fomentaban enemistades hereditarias; mas, cesa repentinamente el fragor de las armas, y los pueblos, reconciliados o vencidos, vienen a confundirse con el pueblo romano.

Por un lado, la religión y las costumbres habían llegado a aquel grado de corrupción que producen forzosamente las vicisitudes humanas; por otro, los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma empezaban a esparcirse por el mundo. Abriéronse de este modo por todas partes los caminos a la doctrina evangélica, y una lengua universal iba a propagarla.

El imperio romano se componía de naciones, unas salvajes, cultas otras, pero la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran otros tantos medios de salvación de que se valía el cielo; medios tan eficaces que dos siglos después de Jesucristo, decía ya Tertuliano a los jueces de Roma: «Somos de ayer, y ya llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: solo os dejamos templos. *Sola relinquimus templa.*»



Nuestro Padre Jesús descendido de la Cruz en el misterio de la Sagrada Morlaja y María Santísima de la Piedad.-Parroquia de Santa Marina.

A la grandeza de los preparativos naturales se unió el esplendor de los milagros; los verdaderos oráculos mudos, largo tiempo había en Jerusalém, recobraron la voz, y las falsas sibilas enmudecieron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel a María, y un coro de espíritus bienaventurados cantó durante la noche en lo alto de los cielos: *¡Gloria a Dios, paz a los hombres!* Cunde de improviso el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea; había nacido, sí, mas no en la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no anunciado a los grandes y a los soberbios, sino revelado por los ángeles a los pequeños y a los sencillos; no congregando en deredor de su cuna a los afortunados del mundo, sino a los desvalidos, y declarándose desde el primer acto de su vida el Dios protector de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexión. Desde el principio de los siglos vemos a los reyes, los héroes y los hombres famosos, convertidos en dioses de las naciones. Mas, hé aquí el hijo de un carpintero, en un rincón de la Judea, mostrándose un modelo de dolor y de miseria; es infamado públicamente en un suplicio; escoge sus discípulos entre las clases más humildes; predica solo el sacrificio, la renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano; todo lo que llora, todo lo que padece, todo lo que se mira abandonado del mundo, y de lo que huyen los hombres, es objeto de sus delicias; el poder, la fortuna y la dicha, blanco son de sus amenazas; trastorna las nociones comunes de la moral; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, y una nueva fe pública. De este modo eleva su divinidad, triunfa de la religión de los Césares, siéntase sobre su trono, y llega a sojuzgar la tierra! Aun cuando la voz del mundo se levantara contra Jesucristo; aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, no se nos persuadiría que una religión fundada sobre tan asombrosa base, sea una religión humana. El que pudo hacer que se adorase una *cruz;* el que ofreció a los hombres por objeto de su culto la humanidad paciente y la virtud perseguida, no puede menos de ser un Dios.

Jesucristo se muestra entre los hombres lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan las almas. Viene para ser el mas desgraciado de todos los mortales, y todos sus prodigios son en favor de los miserables. «Sus milagros, dice Bossuet, brillan mas por su bondad que por su poder.» Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo o la parábola, que graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Da lecciones divinas caminando por los campos; al ver las flores, exhorta a sus discípulos a que esperen en la Providencia que sostiene las débiles plantas, y alimenta a las avecillas; y al mirar los frutos de la tierra, enseña a juzgar al hombre por sus obras. Si se le presenta un niño, recomienda su inocencia; si se halla entre los pastores se da a si mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombres la oveja descarriada. En la primavera siéntase en la cumbre de una montaña, y deduce de los objetos que le rodean ingeniosos medios para instruir a la multitud que atónita le rodea; del espectáculo mismo que le ofrecen las pobres y desgraciadas turbas, saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos, etc.* Los que observan sus preceptos y los que los despreoian, son comparados a dos hombres que edifican dos casas, una sobre la dura roca, otra sobre una arena movediza; segun algunos intérpretes, mostraba al expresarse así, un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y a su pie las cabañas destruidas por una inundación. Cuando pidió el agua a la Samaritana, le

pintó su doctrina bajo la hermosa imágen de una fuente de agua viva.

Nunca los mayores enemigos de Jesucristo han osado impugnar su persona. Celso, Juliano y Velusiano, confie san sus milagros, y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad; Tiberio quiso colocarlo en la clase de los dio ses. Segun Lampidrio, Adriano le había erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba a la par de las imá genes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham. Plinio exhibió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos, que seguían de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad, a quien no se acrimine por algun vicio, y los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; solo Jesucristo brilla sin sombra de mancha alguna, y es la mas sublime copia de esa hermosura soberana que reside sobre el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando solo amor a Dios y a los hombres, e infinita mente superior, por la elevación de su alma, a la mezquina gloria del mundo, prosigue a través de los dolores el gran negocio de nuestra redención, obli gando a los hombres, merced al ascendiente de sus virtudes, a abrazar su doctrina, y a imitar una vida que no podían menos de admirar.

Su carácter era amable y tierno, su caridad no conocía límites. El Apóstol nos da una exacta idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien.* Su resignación a la voluntad de Dios resplandecía en todos los momentos de su vida; amaba y conocía la amistad; Lázaro, a quien sacó del sepulcro, era su amigo; su mayor milagro tuvo por objeto el mas dulce sentimiento de la vida. Fue tambien un modelo del amor a la patria: «¡Jerusalem! ¡Jerusalem!» exclamaba pensándo en el terrible juicio que amenazaba a esta ciudad culpable: he querido juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas; pero has sido rebelde! Dirigiendo sus tristes miradas desde lo alto de una coli na sobre esta ciudad, condenada por sus crí menes a una horrible destrucción, no pudo contener sus lágrimas: *¡Vió la ciudad*, dice el Apóstol, *y lloró!* No fue menos notable su tolerancia, cuando, rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pue blo samaritano que le había negado hospita lidad, respondió con indignación: *¡No sabeis lo que me pedís!*

Si el Hijo del Hombre hubiera bajado del cielo rodeado de toda su virtud y poder, ciertamente hubiérale costado escaso esfuer zo la práctica de tantas virtudes: mas en esto se cifra la gloria del misterio. Jesucristo sentía dolores, su corazón se enternecía co mo el de un hombre, y nunca se le advirtió señal alguna de cólera, sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetía conti nuamente: *Amaos unos a otros. Padre mio*, exclamaba, ya en poder de los verdugos, *Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Próximo a separarse de sus amados discípulos, prorrumpió en llanto; sintió los horrores del sepulcro y las angustias de la cruz; un sudor de sangre corrió por sus divinas mejillas, y lamentó que le hubiese abandonado su Padre. Cuando el ángel le presentó el cáliz, dijo: «¡Oh Padre mío! si es posible, aparta de mí este caliz; pero si debo beberlo, hágase tu voluntad!» Entonces pronunciaron sus labios estas palabras, que expresan toda la sublimidad del dolor: «¡Triste está mi ánima hasta la muerte!» ¡Ah! si la moral mas pura y el corazón más tierno, unidos a una vida consagrada a combatir el error y aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quién osará negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, o encomendando su Madre a este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera, respira la piedad, y bendice las tribulaciones; su inocencia y su candor resplandecen en su amor a los niños; la fortaleza de su alma se muestra superior a los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia: ¡aspiración divina en favor de la humanidad!

SAETAS A LA VIRGEN

Guiada por santo anhelo
Al Calvario se encamina
Con el mayor desconsuelo,
La rosa más peregrina
De los jardines del cielo.



Nuestra Señora de la Esperanza.—Iglesia de la Santísima Trinidad.

Gloriosa Virgen María,
Azucena inmaculada,
¡Cuánto lloras, madre mía!
Al contemplar asustada
Del Redentor la agonía.

EL GOLGOTA

(DEL LIBRO «JORNADAS DE UN PEREGRINO»)

Voy a describir, en esta crónica de mi viaje, los santuarios existentes en el valle y colina del Gólgota; pero antes considero oportuno citar las siguientes palabras de un ilustre escritor moderno:

«Un interés inmenso, creciente, existe respecto a »las reliquias de la Pasión. Cuantos más siglos pasan, »por siempre más venerados, han llegado hasta nos»otros. Diríase que ellos nos acercan a aquellos oríge»nes santos de los que el tiempo nos aparta, y que »cuanto mayor es este apartamiento temporal, más »preciosa se nos vuelve aquella aproximación, que se »convierte en una especie de obra reparadora del tiem-



Nuestra Señora del Valle.-Iglesia del Santo Angel

»cuanto más hondo es el abismo que nos separa de los »días de la Redención, mayor necesidad sentimos de «ver y tocar los objetos que, entonces santificados y »po. Porque el hombre está hecho de tal manera, que »necesita de los objetos sensibles, y cuanto más espi»ritual en su esencia y más lejana en su historia nos

»es la cosa de que se trata, más vivo y profundo deseo »sentimos de ver y tocar los objetos que nos la hacen »presente.»

Guiado por este deseo entré yo en la Basílica del Santo Sepulcro, que es un enorme relicario.

La colina del Gólgota o Calvario, llamada así por la forma de calavera que tenía, estaba situada fuera de la ciudad de Jerusalén, pero muy próxima a ella, y no era su destino servir para la ejecución de las penas de muerte.

En tiempos de Constantino se aisló la roca del Santo Sepulcro y se la rodeó de un gran monumento, cerrado por una cúpula, construyéndose al lado una Basílica para la reunión de los fieles; ambos edificios eran imitación de templos romanos, y estaban unidos al Calvario por una serie de columnas o pórticos.

En esta época, la colina del Gólgota estaba aún *a cielo abierto y sólo defendida por una verja de plata:* así la halló a fines del siglo IV Santa Silvia de Aquitanta. ¡Así también hubiera querido hallarla la ilusión de mi deseo!



Nuestra Señora de la O.—Parroquia del mismo nombre

Al pie del Gólgota había un valle pequeño, propiedad de José de Arimatea, donde éste había construído un sepulcro nuevo, y en él fué depositado el cuerpo de Jesucristo.

La historia, la profanación hecha por el emperador Adriano, dedicando el Gólgota al culto de Júpiter y Venus, y la tradición constante de los primeros peregrinos, obligan a no dudar de la autenticidad de estos lugares.

Pero un siglo después se rebajaron, cortando la roca, tres flancos de la colina, y se erigió sobre ella una iglesia, a la que se subía por unas escaleras. Cosroes destruyó estos sagrados edificios en 624, y después de nuevos trastornos lograron los cristianos su restauración. En la época de las Cruzadas se reunieron en un solo templo los principales santuarios. Por último, a principios del siglo anterior, un incendio desplo-

mó la rotonda del Santo Sepulcro, que ha sido reconstruída por los griegos cismáticos.

La fachada de la actual Basílica es todavía la que hicieron las Cruzadas (1140-1149) y tiene detalles verdaderamente artísticos.

Enfrente de la puerta, dejando a mano izquierda el puesto de la guardia turca, está la *Piedra de la Unción*, lugar donde, según la tradición, fué puesto el Cuerpo de Cristo para su embalsamamiento, al modo judaico.

A los pocos pasos se llega a la rotonda, cuyos muros, arco y cúpula no tienen belleza de ninguna clase: son de una horrible vulgaridad... griega. En el centro está un gran templete de mármol, y entrando por su pequeña puerta se ve primeramente la *Piedra del Angel*, fragmento de la losa redonda que cubría el Sepulcro, y sitio donde fué anunciada a las mujeres la Resurrección. En el fondo de este vestíbulo hay otra baja puerta que comunica con la capilla del *Santo Sepulcro*. Este se halla unido por el lado derecho a la roca primitiva o natural y todo él está oculto por lápidas de mármol blanco que lo recubren, de modo que esta parte exterior es lo que se besa. Según los datos exactos, el lecho mortuorio del Salvador, la cueva sepulcral, en su forma actual, se eleva a 0,66 metros sobre el pavimento y mide 1,89 metros de longitud por 0,93 metros de anchura.

Detrás del templete está la capilla de los coptos, y enfrente, en la parte exterior de la rotonda, las de sirianos jacobistas, pobre y en mal estado de conservación. En ella existe la entrada a unas grutas o cavernas que, provistos de luces visitamos, y son antiguas tumbas judías, lugar que se conoce con el nombre de *sepulcro de José de Arimatea*, por conjeturarse



Nuestrs Padre Jesús del Gran Poder. Parroquia de San Lorenzo

pertenecer al panteón familiar de aquel noble decurión.

Salimos de la capilla siriana, atravesamos de nuevo la rotonda y pasamos a ver el altar de Santa María Magdalena, lugar tradicional de la primera aparición de Jesús, y luego subimos a la Iglesia de Santa María, que conmemora la visión que la Virgen tuvo de su divino Hijo resucitado. Tiene una puerta que comunica con el pequeño convento que allí conservan los Padres Franciscanos. En esta capilla se guarda un trozo de la columna de la Flagelación, que es reliquia veneradísima. Ambos santuarios de las apariciones pertenecen al rito latino o católico exclusivamente.

Después visitamos las capillas llamadas de la Prisión de Cristo y de San Longinos, que son de los griegos, y la de la División de los Vestidos del Señor, que está destinada al rito armenio.

Elena, regalada por el desgraciado archiduque Maximiliano, emperador de Méjico.

Desde que entramos en la ciudad de Jerusalén, y sobre todo en la gran Basílica, el recuerdo de tan santa mujer nos sigue constantemente. Y yo recuerdo aquella sutil adivinación de Ernesto Hello: «La historia antigua, que empieza con Elena, mujer de Menelao, por la cual se encendió la guerra de Troya, acaba realmente, al mismo tiempo que el mundo pagano, con Elena, hija de Coel, emperatriz, madre de Constantino... Santa Elena, que ejercía nna influencia considerable en la vida espiritual del imperio, quiso emprender el viaje a Jerusalén para descubrir la cruz verdadera. Constantino había visto el Lábaro; su madre se sintió impulsada a buscar el instrumento material de la virtud espiritual que había sido revelada a su hijo. Y si se considera cuánto misterio encierran



Nuestra Señora de la Esperanza.—Parroquia de San Gil

Finalmente, bajamos a la Iglesia de Santa Elena, también de los armenios, que tiene dos altares: uno, de la imágen titular, y otro de San Dimas el Buen Ladrón, con una escalera que va a la capilla de la Invención o hallazgo de la verdadera Cruz.

Esta capilla o gruta, en que fué descubierto el divino leño, corresponde a los católicos y posee en el altar una estatua de la madre de Constantino, de Santa

los objetos materiales y la virtud espiritual que puede estar contenida en los mismos, se comprenderá cuán numerosos beneficios, públicos y particulares, debemos a Santa Elena.»

Después de visitar estas últimas capillas, subimos otra vez al deambulatorio o corredor—nave abandonada, del tiempo de los Cruzados,—y dejando a mano izquierda la capilla griega de los Improperios y Coro-

nación de espinas, que, como las anteriores, conmemora escenas de la Pasión de Cristo, nos dirigimos al Calvario. Subimos una escalera de diez y ocho peldaños, con baranda de hierro, y entramos en el Santuario del Gólgota, edificado sobre la cumbre de la colina sagrada. Está dividido en dos naves: la del muro de la fachada del Santo Sepulcro, o sea la del Sur, es propiedad de los latinos ó católicos, y la del Norte lo es de los griegos.

La primera tiene un altar que recuerda el *lugar donde Jesús fué despojado de sus vestiduras*. Cerca de él hay una ventana que da a la capilla de los Francos dedicada a la Virgen de los Dolores y San Juan.

Además avaloran esta nave un altar indicando el lugar donde Jesús fué clavado en la Cruz, y otro llamado del *Stabat Mater*, porque allí fué donde la Virgen recibió en sus brazos al Hijo muerto, descendido de la Cruz. Sus muros están revestidos de colgaduras amarillas y rojas que tienen bordado el escudo de España.

La segunda nave ostenta en su fondo un altar, y debajo de él, rodeado de mármol y de un disco de plata, aparece el hueco donde estuvo hincada la Cruz, y de ella pendiente Jesucristo hasta la consumación de su obra divina. Cerca se ve el sitio tradicional de las cruces de los ladrones, y la hendidura de la roca por el temblor de tierra cuando la muerte del Salvador, del que testifican Tácito y Suetonio.

Al bajar del Calvario hemos visto en una obscura capilla, que llaman de Adán, los sitios que ocuparon los sepulcros de Godofredo de Buillón y Balduino I.

Los demás reyes de Jerusalén y numerosos caballeros cruzados tuvieron también sus sepulturas dentro de la gran Basílica, junto a la tumba de Cristo; pero «todos estos sepulcros—dice un sabio investigador—»fueron profanados por primera vez por las hordas de »los karisminos en 1244. Ultimamente, en 1808, los »griegos destruyeron los monumentos fúnebres e hi»cieron desaparecer hasta los menores vestigios de »cuanto hacía referencia a los gloriosos héroes de »Tierra Santa, por la sola razón de que éstos eran »*latinos* y de que en lengua *latina* estaban escritos »los epitafios de los sepulcros.»

Con esta tristísima impresión dejamos la Basílica, los lugares más santos de la tierra. Habíamos besado devotamente las reliquias y bendijimos con gratitud a la Providencia, acatando sus determinaciones. Pero la confusión de los ritos heréticos y la ausencia de arte religioso, junto al Santo Sepulcro, frente a la Iglesia de Cristo, que es la verdad y la belleza (¡oh, divinas catedrales de Europa!), apenaron profundamente mi alma.



Nuestra Señora de la Soledad.—Parroquia de San Lorenzo

Esta enorme mole de piedra rara vez presenta a los ojos un detalle arquitectónico que les sirva de admiración... ¡Yo quisiera haberme encontrado la sagrada colina del Gólgota *a cielo abierto y rodeada solamente de una verja de oro!*

Dios no lo ha querido...

Felipe Cortines y Murube.



SEVILLA

Sevilla tiene fama de ser la ciudad de la alegría; yo he vivido allí: he contemplado los acícates en que arraigan los heliotropos, los jazmineros y los rosales de aromas embriagadores; he gozado del poético misterio de las noches sevillanas, y he vagado solo a la hora de la siesta por esas calles largas y estrechas, por las cuales nadie transita, y en que únicamente se oye sonar el eco triste de unos pasos graves que amedrentan, hasta que el transeunte se percata de que son sus propios pasos... Y nunca, a ninguna hora, en ningún tiempo me pareció Sevilla alegre.

Hablaba yo un día con un poeta sevillano, muerto hace algunos años, de la Semana Santa de Sevilla. Todos habéis leído los poemas en prosa de este poeta en uno de los periódicos más populares de España. Era Adolfo Luna.

Mi amigo me interrogó así:

—Si ha vivido usted allá, respóndame: ¿Sevilla es triste o alegre?

A mí—contesté—me ha parecido siempre Sevilla una ciudad envuelta en poética melancolía.



Nuestro Padre Jesús de la Pasión.—Parroquia del Divino Salvador

—¿Verdad que sí? interrumpió Luna.—Tenemos la misma opinión.

Y yo añadí:

—Podrá suceder que me engañe en mi apreciación, pero opino que Sevilla no puede ser alegre.

Alegres son los pueblos jóvenes, los niños a la edad en que juegan y gozan inconscientes, pero no los pueblos que llevan en su memoria muchos recuerdos, las generaciones seleccionadas. Un hombre experimentado se hace excéptico o marrullero; un pueblo que ha vivido mucho, se aristacratiza, aspira a ser siempre dueño de sí mismo, a conseguir la sabia ecuanimidad del espíritu.

¿Cómo podrá nunca ser alegre un pueblo en que el sentimiento religioso sea tan acendrado como lo es en Sevilla; un pueblo que necesita para el sosiego de su espíritu arrojar cada año fuera de sí esa explosión de arte que resplandece en las procesiones de Semana Santa?

El lujo, el fausto de esas procesiones no proceden únicamente del dinero que para mantenerlas se gasta allí. Hay algo en aquellos festejos religiosos a lo cual nosotros no concedemos importancia, y que es lo que acuden a disfrutar los extranjeros desde los países más remotos. Ese algo es un caudal de aguas espirituales donde vienen a bañarse de idealidad los hombres de los pueblos prosaicos.

Existen al presente— concluí — pocas ciudades, pocos pueblos artistas como el de Sevilla que sepan desdoblar su fuerza creadora en manifestaciones artísticas, y son muchos, en cambio, los pueblos que se preocupan en inventar motores de gasolina más perfectos que los conocidos actualmente.

*
* *

¡Y qué explosión artística de sentimiento religioso de Sevilla! Toda religión ha tenido su arte, porque toda idea pide su forma. El cristianismo encarnó en himnos sagrados, en imágenes y relieves, en autos y en misterios, en leyendas y tradiciones. Eso y más se admira en la ciudad sevillana; porque allí no basta ver las sagradas efigies en hornacinas y altares bajo la bóveda de los templos; no basta orar quedamente: es preciso, es necesario exteriorizar el sentimiento, esplayar el alma, ver las imágenes por las calles, convertir las oraciones en saetas, la plegaria en arrebatado y sublime *Miserere*.

Santísimo Cristo de la Expiración.—Capilla del Patrocinio

Al efecto, los genios sevillanos han legado a la ciudad esculturas y poesías, himnos y cuadros. Ese sentimiento pintó el Cristo de Velázquez, la Concepción de Murillo; ese sentimiento inspiró a Eslava el *Miserere;* a Roldán, el Señor ante Pilatos y la Virgen de la Esperanza, *de la Macarena*; a Cabrera, el Cristo de las tres caídas; a Ruiz, el Cristo de la Misericordia; a Hita del Castillo, el Evangelista San Juan; a Duque Cornejo, Nuestro Padre Jesús de la Salud; a la Roldana, la Virgen de la Amargura, y a Montañés las figuras del Prendimiento de Cristo.

Enseñoréase de Sevilla por Semana Santa el espíritu religioso de la ciudad; es una eflorescencia artística, sin rival en el mundo, por medio de la cual expresa aquel pueblo de creyentes todos los años, al romper las rosas su clausura, sus sentimientos cristianos.

*
* *

No puede reducirse a palabras grandeza tanta. De todos los templos salen los *pasos* o andas. A la cabeza de la procesión va la Cruz y caminan los *nazarenos*; detrás el estandarte de las legiones romanas, penitentes con cirios y hachones encendidos; luego, banderolas, guiones, ciriales, las sagradas imágenes vestidas con riquísimos paños recamados de oro y pedrería. Deslumbra la plata de las varas e insignias, maravillan los rostros de las portentosas esculturas, ciega el brillo de las luces: sigue al *paso* primero la Centuria romana; los legionarios visten con propiedad y esplendidez; relucen las águilas imperiales en los cascos de los soldados de Roma: inmediatamente desfilan otros *nazarenos* y penitentes, cruces, enseñas, cetros; después el segundo *paso*, y cerrando la marcha la clerecía, las autoridades y alguaciles.

Represéntase a la vista del pueblo el drama de la Pasión; véis como camina el Redentor fatigado, sudoroso, jadeante, tristes los ojos, espinada la frente, trémulos los labios que murmuran oraciones; contempláis al pueblo de Sevilla que

nunca se sacia de admirar la sagrada figura del Nazareno, a las mujeres que lloran arrodilladas al ver a Cristo en la Cruz, al ver a la Verónica piadosa con el paño de la Santa Faz entre las manos y a los Apóstoles dormidos, o al mirar la Exaltación, el Prendimiento.

Sentís que no podéis sustraeros al influjo de aquel cuadro que se os antoja ser la misma realidad; hacéis esfuerzos por dominaros, y de súbito escucháis un canto nunca oído: rasgan el aire unas notas tristes de una música singular y desconocida. Una muchacha de rodillas, con los brazos ex-





Nuestra Señora de la Victoria.—Capilla de la Fábrica de Tabacos

tendidos hacia el Cristo, entona una saeta, una copla:

«Cuando Jesús expiró
en los brazos de la Cruz,
el Padre se estremeció
y el sol se quedó sin luz».

Ante vosotros pasa una imagen prodigiosa: es el Santísimo Cristo de la Expiración, del capitán Cepeda.

Está el Señor clavado en la Cruz; ha sido vilipendiado, abofeteado, escarnecido; tiene atarazadas las manos, hendidos los pies, alanceado el pecho; cumpliéronse todos los vaticinios; de repente una postrera convulsión agita el cuerpo santo, un estremecimiento supremo de dolor recorre sus nervios, los contrae; una sombría nube cubre de lividez su rostro acardenalado, vidria el cristal de sus ojos: es el instante solemne en que va a dejar de padecer sed el que creó los mares, en que va a sumirse en las sombras el que creó los soles, en que va la muerte a recibir al que es inmortal; un último espasmo recorre la carne doliente del Rey de los judíos; un estertor final se escucha; sube del fondo de los pulmones al borde de los labios cianóticos una voz que murmura: *Consumatum est*, y llénanse al cabo nuestros ojos de lágrimas, nuestra garganta de sollozos.....

Detrás del Hijo camina la Madre; síguele siempre amorosa y angustiada: ya es la Virgen de la Hiniesta, de Montañés, de labor escultural que maravilla; ya la de la Estrella, del mismo autor; bien la veis sola, como la Virgen de la Victoria o la del Refugio, bien acompañada de las tres Marías y de San Juan, como en el Descendimiento, o con el cuerpo exangüe del Redentor en el regazo. Ya se os aparece como la Madre de Dios de la Palma, contemplando tristemente a Jesús crucifi-

cado, ya vertiendo larga vena de llanto con el corazón lleno de mortal angustia como la Dolorosa, ya como la describe la saeta:

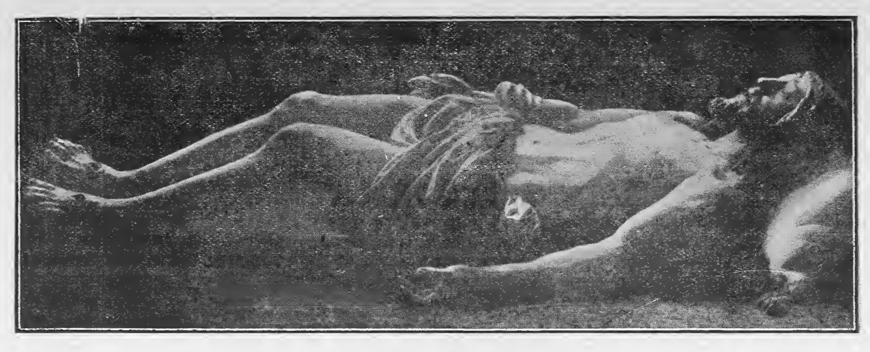
Detrás del Sepulcro va
la estrella más reluciente:
sus ojos parecen fuentes
llorando su Soledad.

Esta que véis es, en efecto, la Virgen de la Soledad, cuyo solo nombre enternece; ésta es la Madre que se ha quedado sin su Hijo, la que le vió entrar en Jerusalén un domingo entre alegrías y vítores, y caminar sobre palmas y ramas de olivo; la que le vió después vendido, preso, traído y llevado, como dice la saeta:

Ya lo llevan, ya lo traen
por la calle la Amargura,
atado de pies y manos
y amarrado a la columna.

Esa es la Madre que asistió trémula, aterrada, presa de mortal congoja, a los suplicios todos que hicieron sufrir a un Hijo inocente; esta es la Madre que ha seguido a Jesús en todas las procesiones de Sevilla, como le siguió hace 1921 años la calle de la Amargura adelante, un día, un triste día del mes de Nisam. Ahora su dolor no tiene rival; ha pasado ante nosotros con distintos nombres: se ha llamado la Virgen de la Piedad, María Santísima del Buen Fin, la Virgen de las Angustias, la del Rosario, la de los Angeles; en este instante resume en uno todos los duelos, condensa en una todas las penas, las tristezas, los pesares todos; lleva el alma desolada, ya no ve al Hijo. La Virgen está sola.

V. C.



El Cristo del Santo Entierro

LA COFRADIA DE

Nuestro Padre Jesús ante Anás,

SANTO CRISTO DEL MAYOR DOLOR

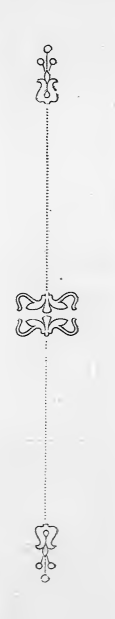
Y

MARIA STMA. DEL DULCE NOMBRE

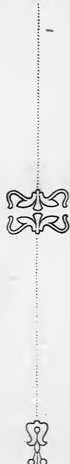
Anás presidía un tribunal encargado de vigilar la pureza de la doctrina Mosáica y de acusar delante de los príncipes de los sacerdotes a los que la infringían.

Llevados de su odio a Jesús y envidiosos de su popularidad, tanto por su admirable doctrina con que ponía al descubierto las maldades de aquellos hipócritas que se hacían pasar por fieles guardadores de la Ley, como por sus muchos milagros, decidieron presentarlo ante éste tribunal, llevando falsos testigos que depusiesen contra él.

A media noche desde el huerto de Getsemani, donde le prendieron, fué llevado Jesús al Palacio de Anás e introducido en una sala muy grande Frente de la entrada estaba sentado Anás en su tribunal rodeado de 28 consejeros. Su solio o asiento estaba elevado del suelo por algunos escalones. Jesús rodeado aún de una parte de los soldados que le habían arrestado, fué arrastrado por dos de ellos hasta los primeros escalones. El resto de la sala estaba llena de soldados, de populacho, de criado de Anás y de falsos testigos que fueron después a casa de Caifás.







Jesús ante Anás.— Parroquia de San Román.

Hecho este preámbulo para ajustarnos en lo

posible a la verdad de lo narrado en las Sagradas Escrituras en lo referente a este paso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, pasemos a describir los pasos de esta cofradía

El primero representa el pasaje de la Bofetada que nuestro Divino Redentor, recibió del cruel Marco en casa del Pontífice Anás. En dicho paso aparece Jesús delante de Anás en el momento de recibir de unos de sus criados la bofetada. Completan el paso dos consejeros, un testigo falso, y dos soldados.

La figura de Jesús, hermosa escultura, y las demás figuras como igualmente los bajo-relieves del paso, se deben al cincel del laureado escultor portuense D. Ángel Rodríguez Magaña.

El segundo paso de esta cofradía aparece bajo palio la Santisima Virgen del Dulce Nombre, bellísima escultura.

Esta cofradía llamará poderosamente la atención por las innumerables reformas llevadas a cabo el presente año.

J. A. A.



María Santísima del Dulce Nombre.–Parroquia de San Román

"LA EXPOSICION", RODRIGUEZ DE LEON Y JUAN LAFITA

Antonio Rodríguez de León, el brillante cronista, el inspiradísimo poeta, ha sido nombrado director de la sección literaria de esta revista.

Con él viene a compartir nuestras tareas como director artístico un ilustre cultor del arte: Juan Lafita.

Ambos se proponen rendir a *La Exposición* las galas de su talento y *La Exposición* los recibe con indecible gozo.

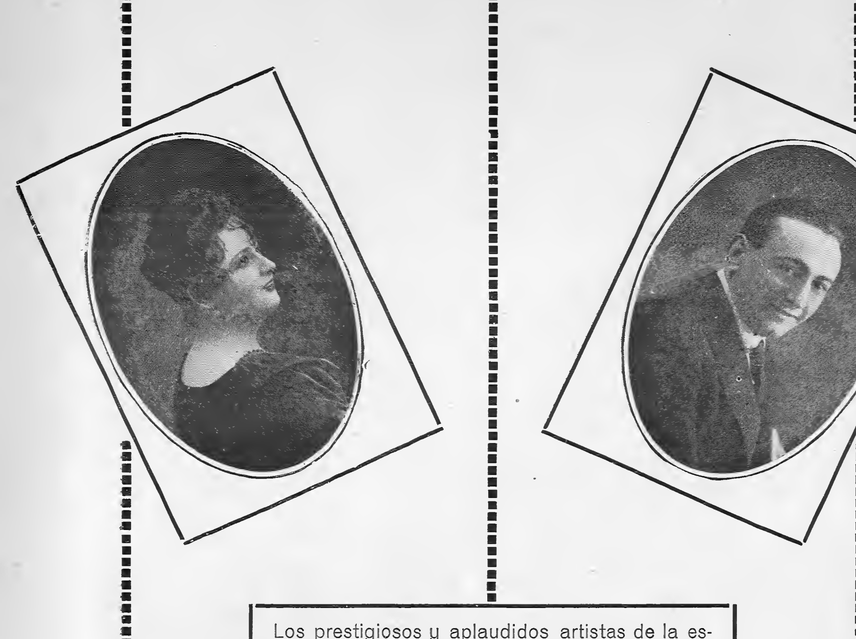
Acentuarán el sevillanísimo carácter de esta revista y harán en ella más intensa la relación tradicional de Sevilla y las repùblicas hispano-americanas.

El genio aristocrático de la gloriosa Hispalis tendrá en ellos apasionados y fieles interpretes.

Y como valen más que las promesas y que las manifestaciones de plausibles propósitos las realidades vivas, nuestros lectores apreciarán desde el número próximo de *La Exposición* el nuevo impulso que Rodríguez de León y Lafita se disponen a darle.

Téngase presente que ninguna labor improvisada es perfecta y que el esfuerzo que anunciamos, para que alcance el noble fin perseguido, se ha de realizar no de una vez, sino progresivamente, sin sentir premuras que pudieran malograrlo.

LA EXPOSICIÓN

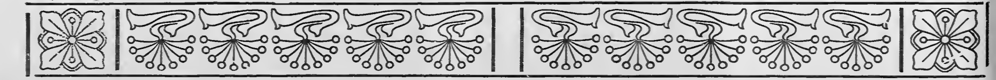


Los prestigiosos y aplaudidos artistas de la escena, Pepita Meliá y Benito Cibrián, que han debutado al frente de su compañía en el Teatro Cervantes, obteniendo extraordinarios éxitos.

20 Céntimos

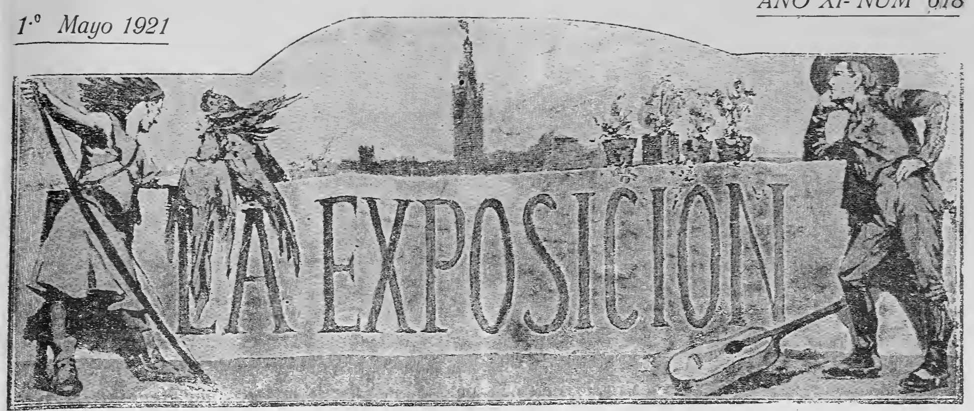
1 Mayo 1921

IMPRENTA ALBAREDA, 17. – J. VACAS. – SEVILLA



1.º Mayo 1921

AÑO XI- NÚM 618



SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León

DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDON

SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

A TRAVES DE LA ACTUALIDAD

VIAJEROS

En plena y riente primavera llegó a Sevilla, para hacer unas meditaciones en torno a don Juan, el joven maestro del pensamiento español, José Ortega y Gasset.

El metafísico, preso, embrujado en el ambiente de la ciudad, dió rienda suelta al poeta que dormía dentro de su alma, y olvidando su ciencia abstrata hizo poesía, cantando la figura eterna del gentil caballero, «héroe del divino descontento».

La ciudad se debe haber sentido profundamente emocionada en lo más íntimo de sus entrañas, al verse amada y enamorada por un poeta de tan suprema elegancia espiritual, de una muy ateniense serenidad de alma, de una sensibilidad esquisita y de una intelectual y refinada aristocracia.

Ha devuelto a la ciudad, ennoblecido, dignificado de la vulgar leyenda, a uno de sus héroes más representativos, que el vulgo docto veía a través de los versos zorrillescos.

«Yo a los palacios subí...

Ahora, cuando recordemos a Don Juan, vendrán a nuestra memoria, en tropel para que así las repita nuestros labios, las palabras de Ortega y Gasset:

«Don Juan, sevillano, tiene un amplio sentido universal. No es un hecho de la crónica sevillana, sino un ideal universal. Es un mito del alma humana. Sobre los grandes personajes que la literatura creó, irradia la figura de Don Juan.

No es sensual ni egoista. Va por la vida llevando su vida en la mano abierta, pronto a darla. No ha visto a Don Juan, quien junto a su perfil no haya visto la figura de la Muerte que siempre le acompaña. Es su suprema conquista . »

***

Eduardo Marquina, el noble cantor de nuestra decadencia imperialista, el recio poeta de estilo magnífico e inspiración inquieta y soñadora, gusta a veces de abandonar sus versos para hablar a los hombres en el lenguaje humano de la prosa.

Y lleva a la escenas sus producciones, que humaniza con la experiencia de su alma, para ofrecernos desde los escenarios lecciones de inquietismo, en problemas de dolor y muerte.

Asi es «La extraña» este drama recien estrenado entre nosotros y cuyo juicio crítico es aun prematuro. En «La extraña» hay valores tan positivos, que para llegar a su verdadero aquilatamiento, necesitan de ser yustapuestos con otros valores.

Eduardo Marquina, a quien no rinden las adversidades ni las incomprensiones, es un espíritu fuerte, autor de una producción poética de verdadero y raro mérito, cuyo valor, será mayor, mientras más se tarde en reconocerlo y proclamarlo.

***

La política al uso, también nos ha enviado a un representante. La ciudad ha contado durante unas horas como huesped, al héroe del maurismo callejero, Antonio Goicochea.

Salud, hermano metafísico.
Salud, hermano poeta.
Salud, hermano histrión.

PINTURA SEVILLANA

EL PRIMER CUADRO CONOCIDO DE MURILLO

Nada cierto y preciso puede decirse de las primeras obras que Murillo ejecutó, porque sobre este particular sus biógrafos incurren en muchas inexactitudes.

Si Murillo contra el unánime sentir de los historiadores, no se crió en la estrechez, mucho menos se vió obligado en sus primeros años de artista a procurarse el sustento diario por medio de sus pinceles; y claro es que, muerto su padre, en 1627, hasta ahora no se supo la fecha exacta, no tuvo que recurrir con apremio a sus necesidades.

Si pintó o no pintó para la feria de Sevilla, y si se ejercitó, como muchos de sus paisanos, en el aderezo y pintura de las sargas, cosas son de escasa importancia, que hasta el presente no tienen más fundamento que el dicho de Ceán Bermúdez quien, a pesar del cariño que a Bartolomè Esteban profesó, anduvo equivocado muchas veces al trazar su biografía.

Murillo, pintor fecundo en todas las épocas de su vida, ejecutó muchedumbre de bocetos, estudios y cuadros en los primeros años en que trasladaba al lienzo los sueños de su fantasia y las observaciones que el natural le presentaba, libre de toda preocupación y ajeno de toda envidia.

De esa época es el cuadro, casi desconocido, del cual por vez primera, según creemos, damos hoy un traslado.

De asunto religioso, representa a la Virgen con el Niño, entregando el Rosario a Santo Domingo de Guzmán. Circunda a la celestial Señora un nimbo de nubes, entre las cuales aparecen varios angelitos, algunos tocando diversos instrumentos, y a los pies del cuadro en primer término, se ve el can simbólico con la tea encendida en la boca.

Tiene este lienzo mucho parecido a otro que, representando también a la Virgen del Rosario, se conserva en el Museo Fitz Wilian de Cambridge; pintado por Murillo. en su primera época, con destino al desaparecido convento de Regina Angelorum de Sevilla. Para las figuras de la Virgen y de Santo Domingo de estos dos cuadros se valió el pintor de los mismos modelos.

Nadie, al ver el cuadro que nos ocupa, lo señalaría por de Murillo, y, sin embargo no deja lugar a dudas, porque está firmado, contra la costumbre de su genial autor Se observa en él una marcada influencia del estilo del gran Roelas, y nada acusa la personalidad de Castillo, maestro de Bartolomé Esteban. El colorido es



frío, opaco, y el dibujo denota la incertidumbre natural del joven pintor.

Mide este interesantísimo lienzo 2'10 de alto por 1'68 de ancho, y tiene hechura de medio punto. Creemos que fué pintado para el glorioso colegio de Santo Tomás de Sevilla, el año de 1638, y lleva la firma *Bameus Murillo fa.*

En la actualidad, se conserva en el Palacio Arzobispal de Sevilla.

SANTIAGO MONTOTO
C. de la R. Academia de Bellas Artes de San Fernando.

CUENTOS DE «LA EXPOSICIÓN»

YO PECADOR...

El venerable cura tendió sus brazos al nuevo penitente que se prosternaba a sus pies, pidióle con suave voz que dijese el *Yo pecador*, y, haciendo un gran esfuerzo para que su espíritu pudiera continuar soportando el relato infinito de cosas vulgares y culpas al menudeo, dispúsose a oir.

—Yo, padre, no vengo a confesar,—dijo el penitente,—sino a depositar mis cuitas en un corazón piadoso; a buscar consuelo para mi vida de amargura en el consejo bendito de un pastor de almas.

Interesaron al cura la espontaneidad, los sinceros modales y expresiones del confesando y, acomodándose mejor en el sillón de roble con asiento de cordobán claveteado, hízose todo oidos, como suele decirse, para no perder ni una sílaba del relato.

—Decid, hijo.

—Con el exclusivo patrimonio de mi honrada altivez recorrí el mundo por el sendero de una vocación artística. Tropecé aquí, caí allá, me alcé enérgico siempre para seguir mi camino a pesar de los obstáculos y avancé con la integridad de mis ilusiones por la senda elegida entre los caminos innumerables. Como al pasar despreciaba a los ruínes de espíritu, los ruínes se vengaron haciéndome sentir la sutil punzada de la envidia y fraguaron la calumnia para manchar mi nombre.

Yo he visto, padre, a la calumnia en su aterradora forma monstruosa: casi víbora, casi mujer, medio hombre, medio bestia. Un conjunto infernal envuelto en telas del color de los antros y de las noches lóbregas en que salen de las cavernas ladrones y fantasmas y de los aquelarres espíritus malignos con alas de murciélago y brujas desdentadas cabalgando sobre escobas. ¡Cómo me mortificaron los dardos del mónstruo! A punto estuve de ser vencido por su furia, pero triunfé de él como había triunfado de todo mirando al horizonte ideal de mis sueños: me salvó la fusión de mi alma con otra alma buena que aceptó la ternura de mi amor. Para nido de éste, yo, con mi esfuerzo, labré un hogar digno de la pureza de ella y de sus bondades: allí, en santa paz, triunfó la felicidad entre dulzuras y halagos.

Pero el mónstruo de la envidia ha dado un zarpazo miserable en mi vida feliz para destruirla. No quiero decirle, padre, lo que de mí se dice; bastará que lo adivineis mirando para mi alma a través del claro cristal de mis lágrimas. El brutal engendro de un alma vil que otras almas afines han fomentado, causa a mi espíritu tranquilo y a mi conciencia sosegada una perturbación de la que no logro librarme. Y me ahoga la angustia y me siento vencido...

¡Padre, dad consuelo a mi atribulado espíritu. ¡Fortaleced mi alma para vencer a la canalla que turbó la paz de mis ilusiones! ¡Interceded con Dios para que confunda a los viles que a ras de tierra se agitan contra los buenos, y me devuelva mis alientos de lucha para seguir el sendero de mis afanes! Yo no sabré ser artista de nuevo si no poseyese la paz perdida, porque necesito un ambiente de suprema cordialidad para las actividades fecundas de mi espíritu...

Guardó silencio el confesando. Su voz se ahogó en un sollozo, y esperó la palabra del sacerdote con extrema ansiedad El buen cura suspiró y alzando sus ojos hasta fijar la vista en la vidriera multicolor de enfrente, que tamizaba sobre las naves luz de misterio que viniese del espacio azul infinito, dijo así:

—En el nombre de Dios bendito y alabado, te pido que seas fuerte contra todos. Tú, por tu vida ejemplar de lucha y de esperanza triunfadora, estás elevado sobre el bien y el mal y no suelen llegar a las alturas los salpicones del barro de la calle. Dios sabe quien eres y vela por tí. Yo te bendigo en su santo nombre.

Se alzó el doliente; ya se perdía el compasado rumor de sus seguros pasos y la altivez de su noble figura en el fondo del templo, cuando el sacerdote venerable con las manos alzadas hacia la eternidad recibía envuelto en luz de misterio infinito el premio de Dios por haber consolado un alma. Pero la suya revolvíase airada contra la infamia:

—¡Los más son malos, Señor y tu lo sabes! ¿Por qué consientes que sea destrozada un alma, turbada una felicidad y destruido un amor? ¡Señor, Señor! Bien sabemos que reservas el castigo para los malos y el premio para los buenos; pero tardas mucho en aplicar tu justicia y vemos con dolor que no es inmediata la recompensa a los justos ni rápido el castigo de los malvados y así se adueñan estos del mundo gozándose de su triunfo sobre la idealidad espiritual, mientras es para los otros la tierra triste y desolado valle de lágrimas...

El sacerdote comprendió de pronto que delinquía y haciendo la señal de contrición comenzó a rezar: «Yo pecador, me confieso a Dios...»

José Andrés Vázquez.

PARA «LA EXPOSICION»

LIMITACION

Vivo sujeto a la cuerda del pozo
y preso en una enredadera;
bebo tan sólo el agua de mi cisterna, y gozo
de un solo color de primavera.

Tengo tanta sabiduría
de poquedad y de humildad,
que, de mi privación de cada día,
se nutre la lozanía
de mi heredad.

Hago la poda en la misma raíz
de mi rosal,
y me fabrico una vida feliz,
a fuerza de no esperarla triunfal.

La de mi voluntad sólo es llave que cierra;
y mido a palmos mi huerto
como se mide el pedazo de tierra
que le dan a un muerto...

E. Marquina.

(Del libro inédito «Recogimiento»).

EL ESTRENO DE "CARMEN"

La teatralización de las novelas universales, cuyas heroinas viven una vida inmortal en nuestro corazón, es acaso la más sugestiva de las tentaciones, a la vez que la empresa artística de más difícil cometido, más llena de escollos y más erizada de peligros.

La técnica del libro y la del teatro—tan diferentes ambas – han de conjuntarse en un medio armónico, para que la estructuta física y moral de los personajes no padezcan ni sufran.

El novelista va adentrando su creación en nuestro espíritu con una diestra y sabia preparación. Las emociones y estados de almas marchan paralelamente a la narración y a la descripción. En páginas seguidas, que devoramos en contados segundos, nuestros espíritus han conocido todo el detalle, todas las circunstancias, ambiente, y medio que rodean al personaje.

Luego, y ya entra el enorme poder creador de la literatura, la pluma, en párrafos, en renglones no más, crea un mundo invencible de emociones y sensaciones, superior a la palabra, que acaba por apoderarse del alma del lector, sumiéndolo plenamente en la obra.

En la escena, por el contrario, aunque la realidad y la emoción puedan ser transmitidas al espectador con la ayuda de valiosos elementos – acción, presencia, seres, – y otros subalternos—decorado, sastrería, atrezzo—hay que tener en cuenta la naturaleza de «espectáculo» que forzosamente tiene toda representación teatral, espectáculo de muchedumbre, en en la que el creador tiene que hacer concesiones.

Su técnica es ya en este caso, una técnica constructiva que ha de amoldarse a exigencias de tiempo, de acción, de lugar y del carácter de espectáculo. Puede expresarse gráficamente, diciendo,



José. – I acto.

que el comediógrafo es el escultor que va creando su obra a la vista del público hetereogeneo, mientras el novelista es el soñador, el quimerista, que encerrado en la soledad de su gabinete de trabajo, va poblándolo con un mundo de ideales que forja su mente, en vigilia trabajadora y laborante.

Y ese sueño es luego después el mundo enorme contenido en doscientas o trescientas páginas—a veces en menos de un centenar como ocurre en «Carmen»—y cuyos personajes viven y perduran, con personalidad propia, como seres pensantes y vivientes, en el alma universal.

***

¿Qué procedimiento debe seguir un espíritu culto y honrado que trate de acometer la magna empresa?



Carmen. II acto.

Afirmemos primeramente, que el «héroe», es un sér real, que vive la vida de nuestra propia vida, y que nuestras manos han de proceder a la operación con la delicadeza y la habilidad de un cirujano, para no lastimar su alma.

El teatralizador, ha de tener aun mayores temores y escrúpulos, puesto que opera sobre un alma a la que él no dió vida y sobre un cuerpo que él no creó, en la mayoría de los casos. Ha de ser honrado y consecuente. Solo le está permitido—porque la escena lo exige – apartarse un tanto, no alejarse, de la trama y de lo acción, esta última por la imposibilidad de seguirla fielmente. Puede ahorrar, para aligerar la acción evitando cansancio y fatiga, narraciones, descripciones, hechos episódicos y personajes secundarios.

Pero lo esencial, ambiente, medio y circunstancias ha de darlo integramente, plenamente, siguiendo la recta que comienza en las primeras páginas del libro y termina en las últimas. Al personaje no ha de restársele nada al teatralizarlo.

No ha de alterar la acción, ni ha de modificar su estructura y naturaleza introduciendo—cosa corriente—hechos, recursos y efectos. Son odiosas todas las alteraciones, todos los falseamientos y todos los pretendidos «puentes» entre la novela y la comedia. Sin embargo, tiene que teatralizar, teniendo en cuenta la técnica de la escena.

Ha de ser la propia novela, en espíritu y pre-

sencia, con todo su sabor, lo más amplia posible, en toda su posible realidad, la que pase ante los ojos del espectador.

***

Y hablemos de la «Carmen» de Joaquín Montaner y Salvador Vilaregut, que una de las pasadas noches ha hecho el milagro de encarnar con realidad viviente—por obra divina de su arte maravilloso—Margarita Xirgu, en el viejo escenario del teatro de San Fernando, rejuvenecido por una ráfaga de arte, sincero y bravío.

Escrupulosos, honrados, sintiendo con todas las vehemencias de su alma un verdadero cariño por la «Carmen» de Merime, cuya obra y naturaleza artistica conocen profundamente ambos ilustres literatos, su labor al teatralizar el poema novelado, ha estado en todo momento acompañada por el acierto, acierto muy de estimar, porque se ha llegado a



La tía Gracia.

él tras una labor depurada y selecta, rehuyendo el éxito que fácilmente pudieran conseguir apelando a efectos teatrales, tan solo con recurrir a efectismos que el libretista de Bizet, prodigó a lo largo de su obra.

Una breve conversación con Montaner, de la vida y la obra del autor de «Carmen» llena de observaciones justísimas, de análisis y estudios de la personalidad del silencioso y romántico enamorado de la condesa de Montijo, trajo a nosotros la profunda convicción de la capacidad intelectual plena, que asistía al joven e ilustre periodista para acometer la empresa de que conociéramos a «Carmen» encarnada en mujer real.

Y esa misma conversación, sin que se nos hablase de la teatralización hecha, nos dió a conocer, confirmándolas luego al presenciar el estreno, que características, que modalidad espiritual y literaria, habían presidido esta labor de reintegrar a nuestra literatura—y este es el propósito que ha animado a Montaner y Vilaregut—la figura de «Carmen» que vagaba, como leyenda, en el mundo de lo increado, hasta que el genio de Merime, la hiciese realidad, vistiéndola con las galas primorosas de su arte y de su estilo.

Y debemos muy mucho agradecer, a ambos autores, la honrada fidelidad con que «Carmen» ha sido lle vada a la escena, y que lo pintorescamente andalucista—andalucismo de exportación—defecto capital en el que caen cuantos quieren pintar el ambiente de Andalucía, no aparezca, por cuenta propia, en ninguna de las escenas.

Claro es que «Carmen» tiene en sí algo de españolada, defecto que salva la aristocracia espiritual de quien la sacó de la nada, para inmortalizarla y universarla.»

***

De propósito hemos rehuido hablar de «Carmen». Todo juicio para analizar la personalidad de la gitanilla, es demasiado retrasado.

La admiración de todos y el cariño sentimental de muchos, han suplantado el valor que en sí, en la hora de una revisión, pudieran tener los juicios que se emitiera.

***

«Carmen» solo tiene en España una intérprete, Margarita Xirgu. Por no caer en el pecado de pensar en voz alta, rehuimos el hacer un paralelo entre Carmen y Margarita.

¿Quién tiene el alma superticiosa y el cuerpo sensual de quién?

El realismo naturalista del segundo acto, suelto, libre, sin prejuicios ni preocupaciones, y el enorme poder de esa supertición sugestiva—en «Carmen» no puede haber fatalismo que es religión universal de las almas selectas, sino supertición, que es temor de espíritus inconscientes—del tercero, cuando las cartas anuncian la llegada del Angel Negro, no pueden expresarse con más magnífico verismo que lo expresara Margarita Xirgu, que en «Carmen» encontró la más admirable mujer en que volcar por entero su alma y su corazón, olvidándose ella misma de que hacía ficción para vivir la vida que su espíritu reclama, con la voz imperiosa de su verdadera personalidad.

Si estos pensamientos fuesen equivocados—cosa que nada tendría de extraño porque no somos



Medina.—IV acto.

psicólogos—cúlpese al arte maravilloso de esta más maravillosa actriz, que hace que un espectador viejo vea visiones ante el arte supremo de la más perfecta interpretación, que nos obliga a confundir, tan lamentablemente, lo vivo con lo pintado.

Dibujos de Dhoy. D. MARTÍN NUÑEZ.

ALGUNAS ANOTACIONES ACERCA DE LA EXPOSICION

El espectáculo de actualidad lo ha constituido la Exposición de Pinturas. Nosotros, la visitamos durante muchos días y rendidos aun, nuestro cerebro hierve en una pesadilla de cuadros que, nos agobia y nos hace soñar en voz alta. Esta exposición anual de Pinturas está llamada a un glorioso porvenir. Cada vez hacen la aparición nuevos artistas que, llegan con la poderosa expansividad de la juventud ilusionada y trabajadora. Los artistas consagrados no pueden ya satisfacer nuestra ansiedad espiritual. Admiraremos siempre su maestría y su maravilloso tecnicismo, fueron los hombres de su época, llenaron las aspiraciones estéticas de sus contemporáneos y en recuerdo de estos antiguos éxitos, debemos disculpar su concurrencia actual. Pero nuestra mirada que, como nuestro corazón, va más allá del horizonte, siente una necesidad de panoramas inéditos. de nuevas perspectivas. Podemos estar satisfechos de esta exposición puesto que, si no llena y calma nuestros deseos impacientes de una genial renovación, nos ofrece el consuelo de una esperanza prometedora.

Por costumbre y por respeto a la opinión antigua, nosotros debemos empezar por elogiar las obras exquisitas de los pintores consagrados. Bilbao de técnica segura e inimitable, Pinelo el decorativo y policromo, Benedito el inconfundible dominador de la luz y de sus matices suntuosos, M. A. del Pino jugoso y lozano matizador, García de la Concha de una espiritualidad diluida y romántica, S. Martinez vigoroso y justo, Grosso el sugestivo intérprete de un misticismo claro y diáfano, y algunos más que en esta borrachera cerebral no recordamos de momento.

Después, los pintores sevillanos de los jardines luminosos y de las evocaciones típicas de la ciudad, que con la eterna repetición de la naturaleza tan monótonamente igual, han cansado ya definitivamente, la paciencia transigente de los selectos. Porque tanto los pintores de jardines, como los marinistas, tienen en el fondo, una lamentable mediocridad de especialistas, hundidos en su género, almacenistas de árboles y de cielos azules y de flores, incansables fabricantes de montes, de mares, de fuentes y de palomas cándidas.

Por eso nuestro espiritu, temiendo llegar a odiar la Naturaleza, por la tenacidad de sus acaparadores industrialistas ha encontrado un suave remanso de bienestar, en el hallazgo de estos jóvenes pintores que se han decidido valientemente a no seguir el soporífero camino trillado.

Aun es pronto para aventurar juicios acerca de cada uno de ellos. Actualmente solo dejan adivinar una predisposición plausible hacia la renovación del arte pictórico, con tanto afán esperada por los refinados.

La característica del genio es el artificio. Esto aseguró un filósofo árabe hace siglos y nosotros somos los más entusiastas admiradores de este pensador profundo.

Al parecer, con cosas completamente incongruentes podemos llegar a percibir una emoción preconcebida. El quid está, en saber encontrar el espíritu sobre un solo punto. En abstraerse hasta crear la alucinación y convertir el ensueño de la realidad en la realidad misma.

Es claro que el arte llevado a este ideal es un arte exclusivamente reservado a los refinados, a los iniciados. Tendríamos que verificar una exposición a puerta cerrada y que, solo este reducido número de espectadores, aptos para la nueva belleza, fuesen los gozadores de ella.

De ningún modo pretendemos desterrar a los maestros de las exposiciones oficiales. Aunque nada podamos ya esperar de ellos, la gratitud nos obliga a reverenciarlos discretamente. Respecto a los amanerados fabricantes de paisajes y marinas también nuestra comprensión se hace cargo de que cuentan con una muchedumbre de espectadores de una baja sensibilidad estética, pero que no es lícito quitarles este regocijo inconsciente que les producen la fidelidad de reproducción, en nimiedades vulgares.

Lo que pedimos es, una separación de cada arte distinto, pues es absurdo querer abarcar en una sola exposición, a los pintores antiguos, a los modernos, a los dibujantes y caricaturistas, a los escultores y tallistas, a los ceramistas... Y todo revuelto, mezclado, lo bueno y lo malo, lo sublime y lo detestable.

Y sobre todo que nos parece muy largo el tiempo de una a otra exposición y que quizá sería un éxito el distribuirlas sucesivamente, a lo largo del año: «Exposición de pinturas», luego otra «Exposición de arte futurista», «Id. de jardines y marinas, al estilo clásico», «Id. de humoristas y arte decorativo», «Id. de cerámica sevillana», etc., etc.

MENIPO.

TRIPTICO

I

Te juro por mi honor

Mientras van en dorada caravana
las luces fulminantes de los astros,
tus manos transparentes, de alabastros,
una vez he besado en tu ventana.

—

Y aun estando a besar mi labio experto,
por vivir en mundana bizarría,
te juro por mi honor, amada mía,
que de tanto placer, quedeme muerto.

—

Y es que es tanta la esencia de su aroma,
que las fuerzas más bastas aniquila,
y rendida la vida se desploma.

—

Porque tales dulzuras ¿quién soñara?
Si esa miel de tus manos se destila,
¿qué será de las rosas de tu cara?

II

Todo es vano sin tí

Bien se que no mereces que te adore
y no puedo abstenerme de adorarte;
bien se que no mereces que te llore
y no puedo abstenerme de llorarte.

—

No mereces que yo te rememore
y mil veces maldigo de mi arte,
que es vano que mi lira no te implore
y que cesen mis versos de clamarte.

—

Es vano que yo busque otro consuelo
que mirar ese negro terciopelo
que exalta de tu frente la hermosura.

—

¿Qué me importa el perfume de las rosas?
Vanas son sin tu amor todas las cosas;
sin tu amor, todo muere de amargura.

DE NUESTROS ARTISTAS



LA MAJA

Aguafuerte de X. Sánchez Dalp.

III

Mi dolor es no verte

En tanto que tu olvido daba treguas
para hacer de mi vida una ironía
yo por ver si tu sombra olvidaría
me alejaba las leguas y las leguas.

—

Pasé por mil ciudades, pero nada
mitigar pudo el eco de mi hastío,
que en el fondo del alma llevo el frío
de ver toda mi vida desolada.

—

Hoy sé que eres feliz. Y cuando miro
tu imagen en mi lúgubre retiro,
llorando mis recuerdos me conmuevo.

—

Mas yo, como los grandes amadores,
no abrigo entre mi pechos los rencores
¡y es pena de no verte la que llevo!

FERNANDO LABRADOR Y CALONGE.

CANCION DE CAZA

Asombrando a las águilas que ven invadidos sus dominios, el areoplano de caza gira y gira bajo el sol. Debajo, las nubes ocultan la Tierra; diríase que vuela sobre compacta espuma de jabón.

Del fondo de la bruma que cierra el horizonte, otros pájaros avanzan; son una bandada de valientes «Spad» y de «Albatros»; pequeñísimos y rápidos como golondrinas, los primeros; duros combatientes de alas desiguales, los segundos. El «avión» ha cesado de girar y vuela recto a su encuentro. Vibra en el aire de la mañana, bajo la tibia caricia solar, como un blanco gerifalte de Noruega que se desp'omase feroz sobre su presa.

De la escuadrilla destácase un «Spad» que trata de cazar también. Sus compañeros se mantienen como espectadores, coreando la lucha que se avecina con el ronroneo de sus motores.

Se acercan y se cruzan los dos enemigos con la rapidez de las saetas disparadas apuntando a un corazón. Y empieza el girar vertiginoso, lleno de virages como latigazos, para colocarse detrás y en un plano más alto que el adversario. Alcanzar esta posición y conservarla, es la victoria. Rugen los motores apagando el estallar de los disparos, que como invisibles picotazos, los aparatos se prodigan.

De pronto, del «avión» que se destacó de la escuadrilla, empieza a salir un humo denso. Es la estela terrible; la estela anunciadora del incendio. Su enemigo arrecia el tiroteo, ensañándose con el vencido como un victorioso gallo de pelea; baja con él siguiendo todos sus movimientos, y al acercarse más ve caido en el fondo del «fuselage» el cuerpo del otro aviador, lo que fué alma del otro aparato, que, faltándole ahora, no es otra cosa ya si no un triste pajarote muerto que el viento sacude y desbarata hasta estrellarlo contra tierra.

Los compañeros acuden a vengarlo; pero el «Fokker» de caza vencedor ha agotado sus municiones y no puede aceptar un nuevo combate. Orgulloso, tiende el vuelo y se hunde magnífico en la azul lejanía. El sol le dora las alas enormes. Diríase que va cantando esta extraña y soberbia canción.

«Miradme, hijos de la Tierra. Yo mato, yo lucho, yo vuelo; ¿qué más puedo desear? Yo mato; ¿sabeis lo que es esto? Yo vuelo. Mío es el espacio libre porque yo soy libre. Para mí no hay nubes; les digo ¡apartaos! y se rompen ante mí. No conozco vuestras noches porque sigo al sol en su carrera.»

«Miradme, hijos de la Tierra. Levantad vuestras cabezas que paso yo. Siempre sereis así; ¡tan pequeños! Exhalais un vaho de podredumbre que asfixia. Por eso huyo de vosotros y salto sobre las nubes cargadas del agua purificadora. Por eso amo al rayo que en el aire es mi hermano. Es mi hermano aunque no me haga daño. La Tierra os hace feroces y mezquinos. Yo la odio. Cuando muera, no lo haré poco a poco, pedazo a pedazo, como vosotros. Caeré de una vez y la Tierra solo me servirá para esto; para estrellarme en ella. ¡Vuelo tan alto y es tan dura para los que nos elevamos sobre los demás!...»

Y como un ritornelo de esta canción de orgullo y de desprecio, parecía oirse en el espacio cada vez más lejos: «Yo mato, yo lucho, yo vuelo. Miradme, hijos de la Tierra...»

José Llopis Sancho.

Dirigen La Exposicion desde este número dos prestigiosas firmas de la intelectualidad sevillana: Rodríguez de León y Juan Lafita, el ilustre escritor y poeta y el ilustre dibujante respectivamente. Los méritos de ambos queridos camaradas harto conocidos llevarán a estas páginas un sello personal e inconfundible que, a buen seguro, harán de La Exposicion la revista predilecta de Sevilla.

Así pues, firme en nuestros propósitos, iniciados en el pasado número, con nosotros están Rodríguez de León y Juan Lafita, a los que acompañan un exquisito nucleo de artistas, unos sancionados ya por el público, y otros que ahora comienzan con brillantes auspicios su carrera en el vario campo del arte.

X. Sánchez-Dalp, el artista aristócrata, muestra su valía con un admirable agua fuerte. «Dhoy», el magnífico dibujante, ilustra uno de nuestros artículos, con unos deliciosos apuntes de «Carmen».

En la parte literaria colaboran Eduardo Marquina, Santiago Montoto, José Andrés Vázquez, Diego Martín Núñez, y otras firmas nuevas de positivo valor como las de Fernando Labrador Calonge, Forcada, Llopis Sancho, Real Balbuena y otros.

Las columnas de La Exposicion están abiertas a todo generoso intento y cuantos en La Exposicion convivimos, extendemos en leal solicitud, los brazos que jamás habrán de abatirse...

Desde el número próximo irán apareciendo las mejoras que nos proponemos introducir, entre ellas una de interesante novedad. A cuantos forman en las filas del arte hemos de formular una sugestiva pregunta, que al ser contestada, motivará sabrosos comentarios.

La Exposicion, gentilmente, saluda una vez más, a la Prensa española, y en especial, a la de Sevilla...

PROSAS LIRICAS

A UNA CIGÜEÑA AHORCADA

Presa has caido entre los sutiles calados de la cruz, quedando sepultada para siempre en la cripta inmensa del espacio.

Tus inauditos esfuerzos fueron inútiles para librarte de la muerte. Batias las amplias alas con trágica inconsciencia, pues tu cuello delicado se aprisionaba cada vez más entre los garfios de la cruz.

Desde lo más alto del templo, bajo el azul de un cielo claro, implorabas auxilio. La muchedumbre, que absorta te contemplaba, se condolía de no poder salvarte.

En esos momentos de terrible angustia desfilarían ante tus ojos atónitos, por la pantalla cinemática del cielo, bellos camellos por extensos desiertos dorados, palmeras gigantes inclinadas por el peso de los dátiles maduros, altas torres, patios y fuentes, con maravillosos arabescos, ciclópeos elefantes y largas caravanas que van hacia lo desconocido.

Después de larga y cruenta lucha por la vida, olegaste las alas para esperar la muerte. Como un sauce llorar, agonizabas con la tarde muriente.

¿Qué fuerza extraña y oculta guiaba a esa cruz fatal?

¿Acaso tú, bella cigüeña infortunada, intentabas redimirnos?

MANUEL FORCADA.

Monumento erigido en Chipiona a la memoria del Doctor Tolosa Latour
Obra de A. Castillo

EVOCACIONES

LA LEYENDA DEL RETABLO

En una calleja del barrio moruno,
del barrio que guarda como un relicario
las bellas historias, los cuentos de amor,
existe un retablo de traza barroca
que, apenas lo alumbra durante la noche
la luz moribunda de un viejo farol.

Nadie halló en el lienzo señales de imagen,
que tal vez el tiempo borrase del mismo
la augusta figura de Nuestro Señor.

Cuenta la leyenda, que una vez al año
el oscuro lienzo muda de color,
y la lucecilla de tenues fulgores
brilla de tal modo, que alumbra la calle
cuál si la inundasen los rayos del sol.

El raro misterio—según la leyenda,
se debe a que ha tiempo al pié del retablo
en lucha empeñada un hombre murió;
desde aquél suceso borróse del mismo
la augusta figura que en él se adoró.

Y la callejuela del barrio moruno
a mozas y mozos infunde pavor;
y cuando la noche la envuelve en su sombra
a cruzar por ella nadie se atrevió;
que todos, medrosos, creen en la leyenda,
y temen que el lienzo cambie de color,
y la lucecilla de tenues fulgores
alumbre la calle cuál radiante sol.

FERNANDO REAL BALBUENA.

LA EXPOSICIÓN



Un recuerdo de la pasada Feria de Abril

Fot. Serrano

20 Céntimos

1 Junio 1921



1.º Junio 1921

AÑO XI- NÚM 618

LA EXPOSICIÓN

SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León

DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDON

SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

A TRAVÉS DE LA ACTUALIDAD

SIUROT, EL EVANGÉLICO

Manuel Siurot, el gran simpático, celebró la otra noche una charla con el público que acudió al salón de actos del Ateneo. Charla que constituyó algo efusivo, ameno, cordial y pintoresco. Fué el acto una especie de fiesta del espíritu; una como a modo de lírica exaltación de la gracia, de la gracia ingénua, nativa, rudimentaria de esta tierra, en cuya exaltación la sal ungió al verbo, y donde el verbo—ungido de sal—llevó a las almas congregadas—no fué aquello, en su aspecto exterior, mas que una congregación de almas, almas devotas—toda la psicología genérica y varia, rica y jugosa del pueblo andaluz, donde la sal y el sol, con la eufonia de ambos vocablos, fraguan la mas exhuberante polifonía de ritmos, colores, olores y sabores...

Manuel Siurot es un orador a la moderna, cuyo gran caudal de sabiduría, y cuyas grandes dotes de elocuencia, sabe fundir en el magno crisol de su corazón bueno, para que ello sea como una aleación fácilmente asimilable a las inteligencias espectadoras. Y así, Manuel Siurot, consigue adueñarse fácilmente de las multitudes. Y no es que no acuse ciencia su bagaje interior. No. Es que su ciencia es toda ella, ciencia humana, lógica y virtual, sin problemas, ni teoremas, ni dilemas. Su ciencia es de postulados, por que es de verdades, sabiamente despejadas como tales verdades. Y acaso porque la verdad sea desnuda, Siurot, lleno de místicos rubores, la prende unas flores literarias...

Manuel Siurot es un romero evangélico, que va por el mundo -por el mundo de su Andalucía—Sevilla-Huelva—prodigando como un Asís el tesoro de sus bondades. Porque Siurot, es sobre todas sus cualidades, un hombre bueno, que no olvida las advertencias del más Divino de los Maestros: dejad que los niños se acerquen a mí... Y para Siurot toda la Humanidad es niño, niño en sus actos, en sus actitudes, en sus deliquios. Y como al niño, se acerca a los hombres. Con el pecho abierto, mostrando el corazón generoso, pronto al sacrificio...

* * *

La palabra docil, sana, limpia, sencilla y hermosa de Manuel Siurot consigue aniñar nuestro espíritu. Cuando le oimos, siempre que le oimos, en una dulce retrospectividad nos hace vivir el ensueño de la infancia. Y somos felices, humanamente felices. Y optimistas, humanamente optimistas.

Si Manuel Siurot, fuera el orador nacional, peregrineando por la España pesimista y conturbada, a los pies de Siurot, como a los de Jesús, se extenderían nuevos Tiberiades.

Y todos los hombres serían buenos.

Porque aprenderían a ser niños, sin dejar de ser hombres.

Y, entonces, el ideal de Siurot, sería cumplido:

Hacer de los niños, hombres: de los hombres niños...

* * *

Pasados los años, alguien dirá:

«...cuando en Andalucía, el verbo de aquel Rabí, Manuel Siurot, llevaba a las almas el óleo de su bondad milagrosa...»

Y puede, que entonces, la Humanidad sea más agradecida.

Y más creyente.

EL BUEN APOSTOL

El Rey del Mayor Reino se sentía desfallecer cuando aún no era viejo. Hacía tiempo que mandó callar las flautas y apagar los perfumes; sus mujeres permanecían olvidadas en los jardines silenciosos, y él mismo, en la más taciturna sala de su palacio, llevaba una vida frugal y melancólica.

Un sabio que cubría su cabeza con una extraña mitra, le dió un rollo de cinta vegetal cubierta de raros signos, diciéndole:

Señor, esta lectura fortifica las almas.

Otro sabio, vestido con túnica de lino, le dió una tablilla cubierta de cera, sobre la cual habían rayado ciertos caracteres, y le dijo:

—Una antigua y consoladora sabiduría se revela ahí

Y otro sabio, de barba rizada en columnas y mirada salvaje, puso en sus manos una plancha de arcilla esculpida con bajorrelieves, mientras le decía:

—Llevará hasta tu corazón el aliento de palabras misteriosas.

El Rey del Mayor Reino, cuando hubo leído y meditado, se asombró de hallar en la sabiduría los mismos consejos con que, desde tiempo atrás, le desvelaba su alma. Y una mañana abandonó su palacio y vestido de pieles de animales humildes, empezó a caminar hacia un campo lejano. Y cuando hubo llegado a la llanura sola y silenciosa, trabajó el fango y los troncos de los árboles, hizo una cabaña y se sentó a la puerta. Creyó asistir a su propio nacimiento; el goce de innumerables placeres desconocidos le embriagó de pronto y su pecho se ensanchó con los mejores suspiros.

Pero todavía vió su alma enturbiada por la tristeza, porque pensaba en los hombres de ojos vendados que corrían tras las glorias del mundo y solo apresaban el dolor. Pensaba en sus trabajos y sus luchas, en sus pillajes y sus crímenes por conquistar las vanidades que luego les llenarían de infortunio.

Y marchó en busca de los hombres, los reunió en torno de su cabaña y les habló así:

—Abrid bien vuestros ojos y despertad vuestras almas a la claridad, porque es la verdad y la sabiduría quien os habla. Mi espíritu se entristece a la vista de vuestros errores, ya que con ceguera buscáis aquello que menos os conviene. Mi palacio asombra con el brillo de sus cien cúpulas de plata y cada uno de sus destellos era un dardo para mi corazón. Sus muros son de las piedras más finas o se cubren de planchas de oro y de bronce; y sus puertas se cierran con tapices de tierras remotas, traidos sobre hombros de esclavos en dolorosas peregrinaciones. Sin contar las siete cámaras donde se guardan las arcas de oro y de pedrería, tiene infinitas estancias que son bosques de columnas, donde las lámparas queman los aceites perfumados y los vasos de alabastro elevan sus humaredas de aromas. Siempre suenan allí las flautas y las arpas; y el murmullo de los surtidores traen el aire y la frescura de los jardines, viveros de flores y pájaros maravillosos. Pues todo eso he abandonado y también las mujeres jóvenes y ardientes que se abrazaban a mi cuerpo como guirnaldas, y mis vestiduras de precio fabuloso y mis ánforas de vino y mis urnas de ungüento Porque os digo que falsos son los sueños del placer y que su fruto es una desolada amargura. Cuanto el hombre alza sobre la tierra es vano y deleznable. Solo el bien y la pureza son los racimos dignos de subir a nuestra boca. Y el bien es la sencillez, y la pureza es la ausencia de ambición y de soberbia.

Pero las gentes no se curaban de sus palabras y se alejaban de allí sonriendo.

Entonces el Rey del Mayor Reino les entregó los textos sabios y santos con cuya lectura se había fortalecido su alma. Y también los hombres los despreciaron; las luchas continuaban y los gritos de dolor seguían elevándose.

Y esta vez el Rey vació en manos de los hombres las arcas de sus tesoros; les regaló los vestidos maravillosos, las mujeres de labios rojos y sedientos, los vinos de sus ánforas y los voluptuosos ungüentos de sus vasos. Dióles los esclavos, las flores de sus jardines, los caballos guerreros y las telas magníficas.

Los hombres corrieron a la ciudad y desde entonces los muros de mármol resonaron con los gritos de todas las embriagueces. Dia y noche se elevaban sobre las murallas el resplandor de las luminarias, las músicas y las canciones. Porque ahora la ciudad era como una inmensa hoguera donde ardían las olorosas maderas del placer. Las gentes hacían trepidar sus nervios con las caricias más decisivas y las bocas se anegaban en vinos enloquecedores, pues los mobiliarios fastuosos incitaban a los cuerpos a renovar sin cesar las sensualidades.

Y cuando pasó tiempo, los hombres, con la carne dolorida y el alma seca, dejaron poco a poco la Ciudad del Mal y se acercaron implorantes al Rey del Mayor Reino. Junto a él hicieron sus cabañas y sentados a la puerta, sonrieron dichosos.

R. PÓRLÁN Y MERLO.

EL LOCO HISPALIS

En el alto balcón antiguo de la oficina pública, este hombre joven, que parece viejo, con la pluma en la oreja y con las bocamangas negras de rusel para preservar los puños, mira atentamente el aeroplano que vuela sobre Sevilla.

Ya la luz de Febrero obliga al probo empleado a entornar los ojos. Y en esta actitud seguida ¿es un poeta que sueña buscando la imágen, o el práctico que estudia, recogiéndose en su meditación, un secreto científico? Los médicos ds antaño contestarían, sencillamente, que está en los comienzos de un frenesí.

Lo cierto es, que se pasa las horas muertas en el balcón, como un pacífico y entusiasta centinela de los admirables juegos del aeroplano. No quiere perder el rumbo definitivo de aquel pájaro maravilloso, semejante, por sus líneas, a toda una bandada de cenicientas grullas en su actual emigración hácia el Norte, formando sobre la vitela azul del cielo de Andalucía una hermosa letra inicial, y aterrizando, como etapas del viaje, en las llanuras de las dehesas españolas...

Hemos visto siempre a nuestro hombre levantada la cabeza con persistencia increible, los labios abiertos de emoción, inmóvil sobre el barandal en violentos escorzos de observador impaciente. En sn quietud goza de un raro éxtasis, aun no clasificado por los estéticos. Alguna vez, despertando de la nueva hipnósis, la conciencia antigua le remuerde del tiempo perdido, y entonces, volviendo la cara esduálida y triste, contempla con desdén los papelotes de la mesa, que es su tormento de sujeción y monotonía.

Los compañeros de oficina no le avisan ya para el cumplimiento de su deber: lo han dejado por imposible. Y en cuanto a él, creemos que se burla de la máquina rastrera del Estado, y no le parece, como antes, un Leviatán temeroso.

Este hombre arcáico, pero al fin moderno, porque vive en nuestros días y el ambiente lo es todo, debemos suponer que no se contenta ahora con la ilusión pasiva, que gusta de la belleza del instante de heroismo realizado por otro sujeto. La asiduidad de su contemplación obedece a un razonado plan seguro: quiere ser aviador, dejar la vida cansada, infecunda y gris, que le arrinconó en la vetusta sala del edificio clásico, con el cebo de una credencial de chupatinta, que le absorberá la sangre, hasta convertirlo en un murciélago... Le crecerán las orejas como dos enormes alas membranosas, para guardar las plumas, que no podrá usar en sus garras, por haberle mancado la rutina, y se hallará finalmente vestido de un largo hábito negro pegado a la osamenta, para la humedad del sepulcro...

Huyendo de este porvenir lamentable, se entrega nuestro hombre a su manía de atisbar los aereoplanos en sus raids magníficos. Como le hallamos constantemente en el mismo sitio, parécenos que duerme también allí. ¡Qué variación en su cara! ¡Qué extraño aspecto el suyo! Ahora sonríe... Digérase que sorprendió ya el secreto anhelado de ser piloto. El volará gallardamente sobre Sevilla: fama, dinero, aventuras... ¡Este hombre que mira es feliz!

Después de rodar por talleres, redacciones y covachuelas, ha descubierto que, como buen español, sirve mejor para otra cosa... ¡Resplandeció de gozo! Dentro de la carcelería de la oficina la pobre gente vulgar, en mesas de esclavitud, rasgueaba las plumas serviles sobre inútiles pliegos, con olor a fórmulas corrompidas, para ser guardados en lóbregos archivos y esperar, en amarillentos legajos, uno de esos incendios que realiza la casualidad... En cambio, abrir las alas, timonear en el viento como los pájaros; halconear sobre las ciudades, garzas absortas en su laguna; poseer el mundo desde la más soberana emancipación, convertirse todo en alma, vivir en la región de la luz y coger en las manos el oro divino de las estrellas y besarlo, besarlo, como los cabellos de una novia, que él no había conocido nunca... ¡Se transfiguraba el pobre oficinista imaginándolo!

Seguía con su tema de la aviación, pero nunca tué al Aerodromo de Tablada ni al Círculo Militar: su observatorio de monomaniaco era el balcón solamente. Vuelto el juicio creíase estar en un altozano y ver hasta les gigantescos aparatos que no volaron nunca sobre Sevilla. En vez de trabajar en el expedienteo miserable, hacía durante algunos ratos, interrumpiendo el miraje por la erudición, un periódico bimensual, una revista icaria, impreso en la propio Cyclostyle de la oficina del Estado. Se titulaba A PLENO AIRE. DIRECTOR: HÍSPALIS. Compró muchos libros entre ellos, *El Ente dilucidado*. ¡Cómo le gustaba leer las valientes adivinaciones del Padre!

Desde entonces le llamaban francamente los compañeros EL LOCO AVIADOR HÍSPALIS.

Y una tarde, al pasar cercano a la altísima techumbre de iglesia del caserón antiguo el fantástico avión, como llamándole con sus roncos élitros, el oficinista en el balcón de marras, para asir por el copete la ocasión, alzó los brazos y saltó con prodigiosa elasticidad funambulesca, cogiéndose a la cáuda del mónstruo, para domeñarle con su genio, creador de virajes sublimes, pero cayó el infeliz sobre los adoquines de la calleja, en la soledad del barrio, quedando instantáneamente muerto por el choque violentísimo, como un suicida de la Giralda.

F. CORTINES Y MURUBE.

UN RECUERDO DE LA PA



En este recuerdo—algo atrasado, aunque nunca es tarde si la compensación es tan bella como ahora—; en este recuerdo, repetimos, de la Fiesta del Clavel, los claveles—los claveles son ellas, sevillanas deliciosas—se muestran a nuestros ojos admirados con toda la lozanía riente de una primavera femenina, gentil y aristocrática...

Las páginas de nuestra Revista se saturan hoy—divina ocasión—de un perfume raro, exquisito y peregrino, en cuyo perfume quedan presos muchos corazones, con algo de esa bruja y sutil alucinación de los ensueños...

Estas fotografías tienen siempre una viva e inquietante actualidad. Si ello no fuera una razón suprema, nosotros, plenamente convencidos, hubiéramos fraguado otra: la de



...SADA FIESTA DEL CLAVEL





rendir siempre, en todo momento, un homenaje a la mujer sevillana, gala, prestigio y orgullo de los valores representativos de la ciudad que atalaya la Giralda, y minia, con miniado de esmalte y de relieve, el maravilloso Parque de María Luisa.

He aquí, que estos claveles, escapados tal vez de esos magos jardines, acaso sean como una magna guirnalda viva, que engalane la áurea leyenda de la gallardísima torre agarena.

Al tributar este modesto recuerdo a una fiesta tan espléndida, original y brillante, en cuyo marco triunfó una vez más la mujer sevillana—suprema flor—LA EXPOSICIÓN hace votos porque La Fiesta del Clavel forme, en lo sucesivo, entre el sinnúmero de los atractivos tradicionales de nuestra ciudad.

Diálogo entre el Alma y el Hombre

Alma.--Mi dulce carcelero, apresurémosnos a abandonar esta sala. El aire enrarecido que la inunda me hace daño, me ahoga. El exceso de luz brillante y artificial me produce un malestar indefinible. Salgamos pues de aquí, mi dulce carcelero.

Hombre. —Calla, alma mía. Nunca estás satisfecha. Si no sabes gozar este espectáculo calla o duerme, alma mía. Yo estoy contento. Debes comprender que te hallas en un espectáculo de primer orden. Es el mejor teatro de la ciudad, es una función de gala. Una eximia artista nos conturba con su arte genial y maravillosa. La aristocracia con sus toaletas suntuosas nos rodea. Mira los caballeros con sus albas pecheras almidonadas.

Alma.—Dueño mío. Me haces sufrir extraordinariamente. No quiero rebatir tus pobres argumentaciones. Me das lástima por encima de todo, triste dueño. Quiero dejarte algo de ilusión. Sin ella tu vida sería abominable. Pero no consentiré que me traigas todas las noches a ahogarme en esta atmósfera irrespirable.

Hombre. Dí que no estás acostumbrada, pobre prisionera, a estos ambientes mundanos. Te puedo conceder que el aire está pesado. Se fuma en la sala a pesar de los pesares. Pero ve que las damas no parecen notarlo. La fatiga o la molestia se hallan ausentes de sus rostros encantadores.

Alma.—Juzga por tí ¡oh dueño! que estás arrebolado y encendido. Los ojos casi te lloran y te molestan los riñones. Pero aparentas bajo tu pechera impecable una satisfacción, un bienestar qne estás muy lejos de sentir El mismo escenario te aburre. Esa actriz eminente que, no cesa de dar horribles y angustiosos gemidos mientras hace forzadas contorsiones, te aburre y te enoja. El público te parece como a mí, algo extraño y absurdo. Esas mujeres atrevidamente escotadas, con sus brazos desnudos, cargadas de joyas y de bisutería, te producen un malestar anti-estético. Porque la belleza del desnudo es suprema y única. Pero, el semi-desnudo, el desnudo velado por gasa o por tisú, se aproxima mucho a lo pornográfico. Observa a esos caballeros de apariencia hermética. Si tienes una amplia percepción podrás sorprender un destello inconfundible en la pupila chispeante. Son sátiros y faunos aherrojados por el traje de etiqueta. ¡Apresurémosnos a salir al aire puro y libre del exterior, oh mi dueño!

Hombre.— Calla maldecida, calla, calla. No destruya sla esencia de la vida. No quiero saber nada..... Déjame gozar este espectáculo brillante.

Alma.--Desgraciado inconsciente. Acabas de pronunciar la palabra más falsa de tu léxico. ¡Brillante! ¡Brillante! ¿Por ventura puede asegurar que es realidad brillo alguno? Es el supremo engaño de la Naturaleza la suprema necedad de los hombres.

Hombre. Poco importa, reflejo o brillo, igual dá. Sirve para hartarnos de Belleza, para henchirnos de felicidad. Efectismos de la Naturaleza. Engañoso espejismo. Falsa ilusión de los sentidos... Todos son antiguos tópicos. La Vida adquiere un matiz selecto, es la belleza estilizada... Yo estoy contento ya te digo Pienso venir todas las noches. Quiero estudiar todos los gestos de estas mujercitas encantadoras bajo la adulación de los hombres correctos. Todo lo que tu malicia inveterada quiere echarles como un baldón, no existe en verdad. La Verdad es para mí, la apariencia. Y la apariencia es amable y selecta. Todo lo que se oculta bajo la etiqueta no hay motivo para descubrirlo. Gocemos lo que se ve a simple vista, sin buscar bajo las pecheras rutilantes. El reflejo que brilla es obra de la luz. Si nos quedásemos a obscuras desaparecería el fastuoso espectáculo a nuestra visión, pero, quedaría latente bajo las sombras... Calla y abandona tu *pôse* de atormentada. Tus divagaciones tal vez pueden ser trascendentales pero no interesarían a nadie, ni a mí mismo. Calla, pues, eterna insatisfecha.

Alma.—No callaré jamás, oyelo bien, jamás. Mi paciencia es inagotable porque mi comprensión es infinita. Si tu cuerpo no se mueve de la butaca por una terquedad absurda, yo volaré libremente porque puedo remontarme a través del Espacio y del Tiempo Soy libre e incoercible.

Hombre.—Eres solamente estúpida y casquivana. Esclava vanidosa que cree poder lograr la libertad. Sujeta y prisionera estarás hasta el día en que la carne se pudra y tu te pudras con ella, yendo a madurar entre mis huesos.

Alma.—Tu soberbia te hace blasfemar groseramente. Te rebelas ante la verdad. Tengo que sobrevivirte. Como la eternidad no tengo principio ni fin. Perennemente joven. Siempre nueva y antigua. Como todas las cosas increadas tengo sed de Infinito, mientras tu te revuelcas en la hediondez de lo cotidiano y de lo perecedero, jocundo como un asno en libertad. Si quisiera podría hundirte en el abismo donde el Tedio y el Hastío extienden sus alfombras mullidas. Prefiero verte, inconscientemente alegre. Quiero hacerte feliz como tu puedes serlo, cantando y riendo yo dentro de tí.

Hombre.—¡Calla por fin, precita! ¡Calla! Me atormentas más, que si tu misma fueses atormentada. Canta, ríe, duerme o huye para siempre, precita. No quiero oir más tu insoportable contumacia.

MENIPO.

POR ESE CAMINO VINO...

Por ese camino vino
en un rayo cegador
que alumbró todo el camino.

Era un divino temblor
del aire, que extremecía
desfalleciendo de amor.

Fué aliento de brujería,
alma del alma ignorada
en sueños de lejanía.
Fué la luz de otra mirada
que se hizo luz en la mía.

Por ese camino vino
en un rayo cegador
que alumbró todo el camino.

Era aurora en la distancia
de un sueño de juventud
florecido de fragancia.
Eran las rosas de Francia;
eran las rosas del sud.

Mariposas de la luna,
canción del agua dormida
en la transparente duna.

Amor que viene a la vida
y vierte en el alma una
claridad inextinguida.

Palpitación de la sombra
¡oh! dulce extremecimiento
que un nombre de mujer nombra.

¡Oh parque de encantamiento
donde brillan en su alfombra
los lirios del sentimiento!...

Por ese camino vino
en un rayo cegador
que alumbró todo el camino.

Y fué una llama de amor
ardiendo en amor divino.

ADOLFO CARRETERO.

Más claveles de la Fiesta del Clavel



El lector observe y juzgue... *Fot. Serrano*

Los silencios del Foro Romano

Vuestra alba luz llevamos en las almas, oh mármoles!
Detrás del blanco lino que abrieron a otros soles,
Tus ilustres bajeles en los hispanos bordes,
Oh, Roma, te reflejas en nuestros corazones!
¡Calzados, oh lanzadas de esplendor en la noche!
Hoscos pueblos, cernidos por pedruscos feroces
En tiniebla sangrienta, tal mataderos de hombres,
Ancho cabo marino en donde el sol se pone
Que atan hasta su orilla de espuma las Legiones:
Dentro una voz: España. Rosa de luz, oh nombre!

¡Los tostados iberos de levantinas costas
Celtas los del poniente, con cabelleras rojas,
Celtíberos adustos de las mesetas hoscas,
En cuyos pechos bravos ardió la luz de Roma!
Mi gente, so el acero de las rampantes hordas
Que, en siglos, el Walhalla y el Alcorán pregonan,
La claridad antigua, fluía de tus bocas!
¡Ave, pueblo, ave pueblo! Ya despuntan las Crónicas,
Ya con el Cid y el Sabio Alfonso te recobras,
¡España, como un alba, en el romance asoma!

Arroyuelos de luz que por las almas corren,
Nueva Hispania, otra vez embozada en las olas,
Latinas muchedumbres con panderos cantores!
De pronto, ¿quién las mieses de nuestra luz agosta?
En lo alto están del Solio, son rubios Faraones,
A la muerte nos llevan, uncidos con argollas,
Ensalza su Pirámide del Escorial las torres;
Egipto de Occidente, calla España y se corva.
¿Ya no habrá vuestra luz en las almas, oh mármoles?
¡Salve, mi antigua gente, libre, blanca y cantora!

RAMÓN DE BASTERRA.

Alegro de la Cruz de Mayo

Como a la Cruz de Mayo, dulce amada,
el cortejo de amor y primavera
ya nos brinda su rosa y su quimera...
¡Un milagro de Dios en la jornada!

Alza tu fe sobre el mortal quebranto:
En mi profunda sima y tenebrosa
vibrará, con vehemencia impetuosa,
todo el himno sonoro de mi canto.

Mira la Cruz: De flores se ha vestido.
Demos un punto de pueril olvido
al hondo fermentar de los dolores;

que en la tragedia de la vida humana
yo he de cubrir tu senda cotidiana
con un Diluvio universal de flores.

RAFAEL LAFFÓN.

LA INVASIÓN DE LAS GITANAS

En la clase.

En aquella banca incómoda y sucia donde se escribieron tantos nombres y tantas fechas—que fueron y serán clave de vidas—en aquella banca donde se concibieran tantos proyectos, y se marchitaron tantas utopías, en aquella banca de junto a la ventana del patio grande de la Universidad hoy el estudiante ha puesto con un cortaplumas

23 de Abril de 1921.

«La Invasión de las Gitanas».

* * *

Día de dulce recuerdo en la oncurrencia tuvo un gesto de belleza pleno, en que el bedel castizo y dicharachero supo sonreir de corazón en que sobre la policromía del zócalo de azulejos los mantones de amarillo fondo y rojas flores fueron una evocación del Parque Unico, de la calle de las Rosas .

Fué preciso que se rompiese la tradición hecha ley y que hubiese clases el día de la Fiesta para que la Invasión de las Gitanas tuviese lugar En todo lo bello hay un perfume que es la *definición* y definió un estudiante de este modo a la Universidad en la Fiesta de la Flor: «Mientras ellas les ponían flores, ellos les echaban *flores.*» Eso fué: una batalla de *flores* y de flores, el piropo encendido, hiriente que brotaba en la Primavera de un corazón para quemar unos negros ojos en los que ardían todos los poemas de una Sevilla y de un clavel.

Y porque la Invasión tuvo la belleza del exotismo que no desentona—aunque esto pueda decirse contradictorio—el estudiante por un momento sintió alegría de que hubiese clases y de que a Don Fulano le hubiese sobrecogido la irrupción en la clase adusta de aquellos ángeles que arrastraban en los vuelos de los faralaes los azahares todos de la vega del río grande. Y se alegró el estudiante porque el catedrático joven hubiera querido ser otro estudiante.

El estudiante en su banca dijo así a una morena más bonita que la Giralda:

—Usté no sabe que aquí no dejan entrar con armas.

—¿Con armas yo? Si se creerá usté como un inglés que vive frente a casa.

—¿El qué?

—Que aqui tenemos las mujeres una navaja en la liga con unas carceleras grabás en el mango.

—No, pero unos ojos que radioterapean sí que los tiene usté, madre

—Déjese usté de camelos y eche algo para los tuberculosos.

(¿?)

—Muchas gracias y a estudiar.

—¡A estudiar!, se quedó pensando el estudiante, y que nos hablen ahora de la Ley de Enjuiciamiento después de haber perdido el juicio.

* * *

Y en el jardín de la Universidad, donde tantos repasaban apresuradamente, las gitanas eran aves de ensueño de oro y rubíes que aleteaban sonriendo una copla de amor.

El corazón de los estudiantes se reveló ¿por qué se estudiaba? ¿Quién inventó el estudio? ¿Quién tuvo la ocurrencia de poner los exámenes en Mayo? ¡en Mayo! el mes de las cruces, ¡en Mayo! el mes que sigue al de la Feria! y hubiese el estudiante deseado, como aquel emperador romano, que todos los culpables de sus cuitas hubiesen tenido una sola cabeza para segarla de un tajo;—no pensó así el estudiante, porque en Historia Universal no estaba lo suficientemente enterado como para asimilarse un dicho que desconocía.—

Y entró en la clase donde se explicaba la asignatura *fuerte* sin poder apartar de la retina la imagen de las gitanas como una *caña* llena de Sol. Tomó el lapiz para trasladar a la cuartilla la conferencia que con voz serena y autoritaria desgranaba el profesor, pero la mano rehacia no quería, no podía avanzar. Allá abajo en el patio centenares de compañeros ovacionaban a nuevas invasoras, aquello era irresistible.

Un bedel entró jadeante. De orden del señor rector que no se den más clases.

Y mientras el catedrático terminaba el concepto interrumpido, en aquella banca donde se concibieron tantos proyectos y se marchitaron tantas utopías, en aquella banca de junto a la ventana del patio grande de la Universidad, el estudiante grabó con un cortaplumas:

23 de Abril de 1921

«LA INVASIÓN DE LAS GITANAS»

ALEJANDRO COLLANTES DE T. Y DELORME.

LA EXPOSICIÓN

DEL JARDÍN SEVILLANO



UN RINCÓN DE LA FINCA "SANTA EUFEMIA" DURANTE LA BUÑOLADA ARISTOCRÁTICA OFRECIDA POR LA SRA. VDA. DE YBARRA EL 29 DEL PASADO

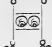
15 Julio 1921 — 20 céntimos

15 Julio 1921

AÑO XI.-NÚM. 170

LA EXPOSICIÓN

SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León



DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDDON

SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

A TRAVÉS DE LA ACTUALIDAD

EL TRIUNFO DE DOS SEVILLANOS

Gustavo Bacarisas ha triunfado en Madrid.

En Madrid ha triunfado también Andrés Martínez de León.

A nosotros nos llena de júbilo y de orgullo este justo triunfo de los dos artistas sevillanos, maestro cada cual en la especialización de sus aptitudes, gonfaloneros del arte andaluz, porque Madrid, centro de contrastación y aprobación de valores, ha refrendado con su aplauso y su acatamiento, los sancionados prestigios de Bacarisas, mago del color, y Martínez de León, mago de la línea.

Sevilla siente en estos instantes el vivo entusiasmo de ver cómo dos de sus hijos dilectos saben mantener en alto el pabellón de arte de la ciudad, a cuyo amparo luchan con fe y con denuedo una legión de esforzados paladines del ideal.



Bacarisas ha llevado a Madrid, en su reciente Exposición, visiones alucinantes de Gradada y Sevilla. La opulencia colorista, la exaltación cromática de este frenético sevillano adoptivo, ha causado entre los artistas y entendidos de la Corte, una verdadera revolución. No podía suceder de oiro modo.

Bacarisas lleva al lienzo, sin mixtificaciones, ni funambulismos pictóricos, toda una estética suntuosa de la luz. Su paleta se desborda sobre el lienzo con admirable aristocracia, con refinada sensualidad. Porque junto a los cuadros de este pintor se recibe una extraña sensación de morbosa sensualidad. Sensualidad del color, que adquiere bajo el pincel sabio de Bacarisas elasticidades y relieves de carne. Así, esas flores de sus Estudios *nos inundan la pituitaria con aromas capitosos...*



EL ILUSTRE PINTOR GUSTAVO BACARISAS

El azul, el violeta, el grana—sobre todo ese azul cobalto y fosforescente—de los cuadros de Bacarisas son todo un tratado de cromatismos plásticos admirables. Alguien dijo que Bacarisas siente la infiuencia de Anglada. No lo creemos. Anglada es más derrochador—valga la frase—del color; porque no se ajusta a una estética pura como Bacarisas. Anglada es la exaltación del artificio consciente. Bacarisas, la exaltación del ritmo opulento. Aquél es la rebeldía desatada; éste, la rebeldía dentro de un límite de serena aristocracia.



Martínez de León, independiente a toda tutela, rebelde asimismo a todo compadrazgo, solo, afortunadamente solo, ha sabido crearse una personalidad inconfundible en el dibujo impresionista.

Nosotros recordamos con íntima fruición aquellos maravillosos dibujos a pluma de la Exposición, ante los que

no vacilamos en reconocer en Martínez de León, el Goya de Sevilla.

Nadie como este admirable dibujante, en plena juventud, ha conseguido una más alta perfección de su arte, una más suprema estilización de la linea, llegando, en una absoluta simplicidad, a expresar los más vivos matices, los más selectos acordes de movimiento y de luz.

En la prensa de Madrid, ilustrando actualmente una novela del inquieto y simpático Pérez Lugín, ha conseguido un nuevo y señalado triunfo.



Sevilla debe rendir a sus artistas un homenaje de gratitud y admiración, que a la par sea como un estimulo a la labor tan magistralmente emprendida y tan merecidamente sancionada.

A Martínez de León, ahora, en Triana, sin dilaciones ni negligencias. En Triana, donde nació el artista de la impresión y de la expresión...

A Bacarisas, no más regrese de Madrid, cargado de laurel y de oro, aquí, en Sevilla, la patria adoptiva del prócer del color y del ritmo...

LA EXPOSICION se complace en lanzar la idea...



EL ILUSTRE DIBUJANTE ANDRÉS MARTÍNEZ DE LEÓN

SONETO A MI MADRE

Inúndase mi alma de alegría,
de júbilo feliz y alborozado
al ver que tu dolencia ha terminado
y que tienes salud, oh, madre mía.

Quiso Dios devolver su lozanía
al ángel de un hogar puro y honrado.
de un hogar que se hallaba conturbado,
pues tu dolor en él repercutía.

Así le plugo al Cielo. Yo bendigo
su omnímoda bondad para contigo
restituyendo tu salud perdida.

Los seres como tú, madre amorosa,
de alma sublime, noble y generosa
merecen disfrutar de eterna vida.

Fernando Real Balbuena.

DOBLE SED

Mi pena es muy mala
porque es una pena que yo no quisiera
que se me quitara

M. Machado

Miraba el fondo de la última copa con una sed terrible. A pesar de hallarse enteramente vacía, la acercó a sus labios. Cuando la separaba poco a poco, los ojos de aquel hombre relucían y en sus párpados temblaba y se evaporó una lágrima.

Aquella noche no podría besarla. Necesitaba emborracharse para verla en un escorzo inquietante de su hermoso cuerpo desnudo, sobre la copa llena hasta los bordes.

Cerrando los ojos, acercaba entonces sus labios y el vino convertíase en la piel tersa y fina que tantas veces cuando viva, besara con delicia. La última gota le hacía el efecto de una quemadura, y se apresuraba a llenar de nuevo la ancha copa contemplando anhelante como Ella, toda blanca, le sonreía y se la ofrecía sobre aquel lecho de amatista.

Su pasión, recrudecida con estas visiones, lo volvía loco. Bebía furiosamente, hasta que una sombra blanca comenzaba a flotar sobre el fondo oscuro del vino. Entonces se apoderaba de él un frenesí que no se calmaba mientras no se acentuaban y perfilaban los contornos de la figura. Después, y ya en muda caricia y contemplación, bebía copa tras copa, poco a poco, saboreándolas, sin que nunca se quedasen vacías para no dejar de ver a la amada muerta que en cada una iba adquiriendo más vida.

Aquella noche agotó el bolsillo sin conseguir que la visión se presentase. Fué para él como si una segunda muerte se la hubiese arrebatado de nuevo. Frente a la copa vacía sintió que una congoja inmensa apretaba su garganta.

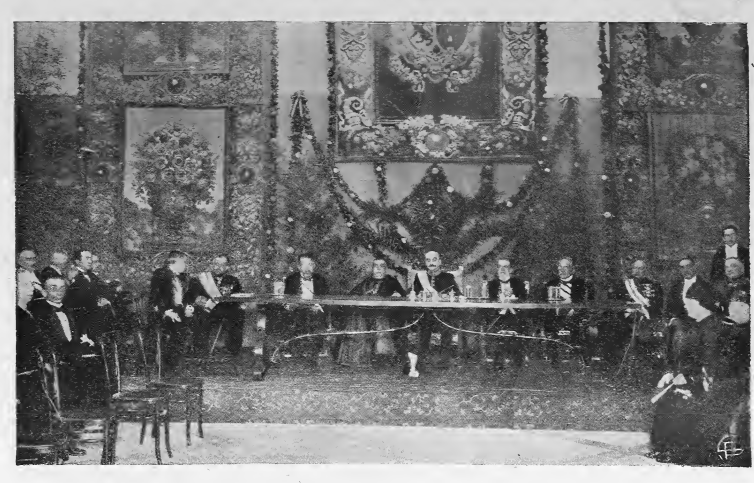
Se encontró desarmado ante el recuerdo y tembló. Tembló con el miedo de un niño que se encuentra solo en la oscuridad.

Y su amargura, como un murmullo primero, y mordiendo las sílabas, brotó al fin, ronca, de aquel pecho, en esta copla rabiosa:

Mala puñalá le den
a una botella sin vino
y a una cama sin mujé.

José Llopis Sánchez

EL II CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA HISPANO AMERICANA DE SEVILLA



Celebróse brillantemente este Congreso, a fines de la Primavera, que es símbolo del alma fragante de esta ciudad, americanista por excelencia, que prepara la obra magna de su Exposición, tejiendo alrededor de su nombre y del de España una guirnalda de afectos y mutuos intereses hispano -americanos, de los que son auxiliares poderosos estos Congresos culturales, que repetidas veces se han celebrado, teniendo por marco los magníficos Palacios de la Plaza de América, el de Ciencias y el de Arquitectos, las fiestas del reciente Congreso Postal y los de Historia y Geografía Americana, que en 1914 y en este de 1921, en que sobre la base de su riquísimo Archivo de Indias, tanto se ha contribuído al mayor esclarecimiento de la verdad histórica, reivindicando nuestra gloriosa acción colonizadora en el nuevo mundo.

Ofrecemos dos fotografías del acto inaugural de dicho Congreso, presidido por el excelentísimo señor Ministro de Instrucción Pública, y un grupo de los representantes diplomáticos y delegados de las repúblicas hermanas de allende el Atlántico, que tanto han contribuído para su labor cultural y patriótica a estrechar los lazos de fraternidad de la raza, abriendo el camino como heraldos ilustres de la Exposición, con cuyo nombre se honra esta Revista.—*J. L.*



VIDA SOCIAL SEVILLANA

Deseando esta Revista en su nueva fase dar una sensación mensual preferentemente gráfica de la vida de la ciudad en sus múltiples aspectos artístico, literario, teatral e informativo, para que cada número constituya el índice de lo más notable ocurrido durante el mes, y siendo la vida de la alta sociedad un tema de tal importancia que fuera absurdo justificarlo, constituyendo el eje de esta vida aristocrática la mujer y sevillana, que es decir dos veces bonita, en el momento más hermoso de la vida, cuando todas las hadas bienhechoras les brindan sus gracias, juventud, hermosura, riqueza, alegría elegancia, con cuyo mágico encanto iluminan cuanto las rodea, insertamos aquí, al igual que en el número anterior con la información de las fiestas de Abril, unas cuantas fotografías de los festejos y reuniones más interesantes del próximo pasado Junio y fines del mes anterior, sintiendo que la falta de espacio nos prive de publicar otros acontecimientos sociales de la misma importancia.

Figuran lógicamente en la presidencia de estas páginas unos retratos de Sus Altezas Reales los Infantes de España, que hoy honran Sevilla con su vecindad, por haber sido nombrado Capitán General de Andalucía S. A. D. Carlos de Borbón, expríncipe de Asturias; a ellos acompaña S. A. R. la Infantita Isabel, hija del primer matrimonio del Infante con doña María de las Mercedes (q. s. h.).

EN EL TENTADERO DEL MARQUÉS DE GUADALEST



S. A. R. LA INFANTA DOÑA LUISA, EN TRAJE DE AMAZONA ANDALUZA



S. A. R. EL CAPITÁN GENERAL Y SU HIJA LA INFANTITA ISABEL DE BORBÓN, DURANTE EL ACOSO

Asistieron dichas altas personalidades, a fines de Mayo, al tentadero de becerros de la brava ganadería del excelentísimo señor Marqués de Távora, Guadalest y Algecilla, quien haciendo honor a su alcurnia y bondad, supo ofrecer a SS. AA. e invitados, entre los que figuraban lo más florido de nuestra aristocracia una fiesta genuína, que tenía ese singular carácter que ofrecen las faenas del campo andaluz, llena de emoción y majeza.

Sus Altezas honraron a la tierra y sus huéspedes vistiendo el típico traje corto, que realzaba la figura majestuosa y gentilísima de la egregia dama y la angelical belleza y simpatía de la Infantita Isabel, a quien acompañaba otra encantadora amazona, la señorita Mariflor Chaves, hija del Conde de Caudillas, que pasaba temporada con su padre al lado de los citados Grandes de España, con quienes les une gran intimidad.

Acompañaba al ganadero muy eficazmente en la faena, mostrando además su rara pericia con la garrocha y atendiendo a todos con su exquisita afabilidad, su hijo el joven Marqués de la Habana.

En un animado grupo, obtenido en

HUÉSPEDES ILUSTRES



EL SEÑOR CONDE DE CAUDILLAS CON SU HIJA MARIFLOR Y LAS SEÑORITAS DE BENAVITES Y DE DIEZ DE RIBERA, QUE HAN PASADO EN SEVILLA UNA TEMPORADA

DE LA FIESTA EN "SANTA EUFEMIA"

UN CUADRO PLÁSTICO CASTIZO EN EL TEATRO DE LA NATURALEZA: LAS SEÑORITAS DE TAVIEL DE ANDRADE, DAVILA, SOTO, IBARRA, VÁZQUEZ, HIDALGO, GONZÁLEZ, MARTEL Y TERNERO, FRIENDO BUÑUELOS



UN GRUPO DE LA ARISTOCRÁTICA CONCURRENCIA EN LA TERRAZA DEL JARDÍN

el jardín de los señores de Osborne (don Roberto), con ocasión de una fiesta ofrecida por dichos señores y en que se impresionaba la película cinematográfica *L' enfante a la rose* por una compañía francesa, están las bellísimas hijas del Marqués de Benavites, Chozas y San Juan de Piedras Albas y la del Conde de Almodóvar, en unión del ya citado Conde de Caudillas y su hija Mariflor.

Finalmente aquí aparecen dos interesantes grupos obtenidos en la fiesta magnífica, que podría calificarse con frase rubeniana de *miliunanochesca*, ofrecida por la señora viuda de Ybarra (don Tomás) a sus amistades, en su magnífica hacienda-recreo de Santa Eufemia, del término de Castilleja, la noche del 29 del pasado Junio.

Jatifal.

EL NUEVO ARZOBISPO



EL EXCMO. SR. D. EUSTAQUIO ILLUNDAIM, OBISPO DE ORENSE, ELEVADO AL ARZOBISPADO DE SEVILLA

Honramos esta página con el retrato del Excmo. señor don Eustaquio Illundaim y Esteban, recientemente elevado desde el solio episcopal de Orense, donde durante varios años ha regido su grey apostólica con celo y unción insuperables, a la dignidad arzobispal de esta diócesis, motivado por la elevación a la Sede Primada de Toledo del eminentísimo Cardenal Almaraz, que durante 14 años ha regido en este Cabildo Metropolitano.

Enfermo el nuevo Prelado, de resultas de una afección contraída en Tuy, nos hemos de ver privados en algún tiempo de ser honrados con su llegada y toma de posesión, por haberle recetado los médicos, durante su curación, la estancia en un balneario de Navarra, donde nació el ilustre mitrado.

CULTURA HIGIÉNICA

Nuestro distinguido colaborador don Carlos García de los Ríos nos ha hecho merced del presente notabilísimo trabajo.

El doctor García de los Ríos, premiado en tres concursos de literatura médica, médico numerario del excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla y del Real Dispensario Antituberculoso «Victoria Eugenia», es una autoridad como higienista, además de ser un admirable y entusiasta profesional.

La playa de Rota y la helioterapia marina

Sobre la costa más azul, más bravía y de más pujante belleza que la Divinidad creó, y en la orilla más salubérrima del insondable Atlántico, sitúase la muy noble villa de Rota, más digna de llamarse Corte Sanitaria. Permítaseme no ocuparme de la villa propiamente dicha, porque aunque su recinto urbano es seno de magníficas mansiones, soberbio y legendario Castillo de Luna, magníficas iglesias, múltiples y hermosas calles y plazas y, en suma, cuanto acredita la riqueza de una urbe, nuestro propósito no es otro que hablar de la joya sanitaria, la más hermosa playa de que con legítima justicia puede enorgullecerse no solamente Rota, sino también España entera.

El canto glorificador que entono, merced a las bondades de este pueblo, fuera más digno de pluma mejor cortada, pero entended que el cronista, por muy humilde que sea su literatura, si fué hecha por dictados del corazón, salva la depreciación de su estilo y la pobreza de su léxico; ante todo debo decir que habla el médico agradecido por los bienes recibidos en sus aconsejados, aquellos a quienes prescribí uno de los múltiples beneficios, inmediatamente recogidos por ellos, son los que enviaron a nuestro corazón los goces más amables, en virtud de haberles otorgado el bienestar al aconsejarlos rectamente; en síntesis: a cuantos recomendé como medios saludables los regímenes de aireación, hidrológicos caloríficos y luminosos obtenidos espléndidamente en la muy bendita playa de Rota, aportáronse tan saludables beneficios que ellos mismos hiciéronse apóstoles de tantas excelencias y por ello puede decirse con gran satisfacción que en época estival no cabe más gente en Rota.

No quiero, lector, cansarte en tu descanso; en gracia a la brevedad huyo de las descripciones de la urbe roteña, bien a mi pesar, porque bien lo merece este pueblo pintoresco, pero no he de yugular en estas descripciones lo que corresponde en punto a descripción sanitaria en este mi prólogo, y lo que bien merece decirse de la ola roteña por sus magníficos efectos, muy especialmente en quienes y a quienes dedicamos este rato de labor, los chiquitines, los niños, los pedazos vivientes de nuestros corazones, aquellos a quienes más amamos, os que nos hicieron conocer Rota la espléndida, por ellos fuimos, y quiera Dios vayamos muchos años, por ser ellos los que mantienen nuestras ilusiones, nuestros amores verdad, los más puros amores del corazón; por nuestros hijos nos hicimos más observadores de las virtudes roteñas, virtudes curativas, tónicas, vivificadoras; no hay encanto más sublime que el que nos proporcionan cuando los vemos reir, chillar, saltando gozosos con los piececitos descalzos, su cabellera en desorden y, con sus trajecillos vaporosos, jugando a la vera de esas olas roteñas, que, parando de súbito su gran ímpetu en la rompiente, truecan su furor en la dulzura y suavidad de múltiples mantos de hermosa esmeralda, nimbados de limpio armiño, cual mantos divinos, acariciando al más bello conjunto de los ángeles terrenos; así son las olas mágicas roteñas, así es la grandeza del mar, cual alarde de inmenso poderío trocado en bella majestad, al flujo y reflujo de estas aguas vivificadoras: sólo viéndolo es creíble... Oh, gran contraste... la ola marina roteña ha sido la postergadora del inmenso valor sanitario de esta hermosa playa, la excelsitud de su magnífica grandeza ha sido torpemente interpretada como peligrosa, y si un alma tuvieran las olas roteñas, tendrían perennes sus pensamientos, sentimientos y voliciones al exclusivo servicio del odio y desprecio, bien merecido por la incultura e ignorancia humanas, porque lejos de ser admiradas han sido temidas; cupo la calumnia, la ignorancia legendaria hizo presa en ellas, con beneficio de otras playas de aguas semi-inmóviles y de muy dudoso grado sanitario... La ola roteña es la ejecutoria del más alto grado sanitario; si a la razón y a la justicia pudieran otorgárseles el derecho de hacer el escudo de la villa, no habría de tener en su campo de gules más atributos que una serie de olas magníficas y entre ellas, surgiendo a raudales, torrentes de salud... Estos trasiegos marítimos, estos incesantes vaivenes, este agetreo magnífico y secular es la causa que mantiene el más puro ambiente; por eso huye de él el espectro escrofuloso, el raquítico, el desglobulizante, la miseria fisiológica... y hasta los estados pretuberculosos huyen vencidos, derrotados, de estas límpidas arenas de promisión sanitaria.

Precisamente lo que un inculto temor ha postergado muchos años, el inmenso e indiscutible valor sanitario de la playa roteña, es la gran causa de ser su baño vivificante; nada más antihigiénico en verano que una playa sin gran oleaje; los cuerpos sumergidos en aguas sin oleaje no consiguen más que bañarse en... ilusiones marinas. La sumersión en el mar requiere el movimiento de la ola para la revulsión y muy especialmente necesitan de este masaje los tegumentos débiles; el masaje de la ola roteña es la vivificación de la piel y por ende la de todo el organismo; por eso ni los lagos, ni las charcas, ni los ríos, ni aun los estuarios de éstos deben considerarse como buenos baños estivales y mucho menos tratar de competir en higiene con el verdadero baño de mar puro, sin mezcla de otras calidades de agua, porque, en suma, sus supuestos beneficios no son otros que los que se obtienen por la limpieza de la piel, que es lo único que nos puede otorgar un baño de tina, y sobre la base de que las aguas reúnan condiciones de limpieza, cosa imposible, a menos que se tratase de aguas potables o de aguas de mar purísima.

El baño de Rota tiene su virtud en la ola, porque es ola, masajista, aséptica, antiséptica, purificadora... magnífica; el mar roteño sin sus olas sería el estuario del Guadalquivir, con sus aguas turbias, blanquecinas y mixtificadas con los detritus orgánicos polucionados por muchas y grandes urbes ribereñas.

La playa de Rota goza de todos los prestigios sanitarios que la hidrología marítima lleva inherentes a todo pueblo enclavado en alta mar. El baño de Rota es completamente aséptico, por ser baño situado en alta mar: el camino marítimo por el que viajan las mayores obras flotantes de la ingeniería naval, está marcado por unas boyas, que desde la playa parecen poderse tocar; esta es la distancia existente entre las restingas roteñas y los senos insondables del Atlantico; es, por tanto, una playa en alta mar; esta es la condición indispensable al mejor fin higiénico de toda playa.

Sobre la inmensa alfombra de límpida arena, que mano divina creó, quiebran los rayos solares al chocar sobre las pseudomicroscópicas facetas silíceas, dando eternamente las irisaciones más multicolores y más bellas que la Divinidad ha otorgado a la Tierra. El incesante vaivén del mar plañidero parece mantener a raya la inmensa mole oceánica: la Tierra tiene subordinado al mar, la playa roteña tiene el poder mágico de retenerlo en los límites que más convienen; jamás se apartan las olas en demasía, ni permiten que se acerquen demasiado; es un mar respetuoso, subordinado a las bellezas terrenas, a la higiene del cuerpo, a la vivificación del alma; no hay horas fijas para el baño; de entre las boyas y las restingas parece surgir eternamente un gigante bañero, que está diciendo constantemente: «El baño está preparado.»

. . . .

. . . .

Helioterapia marina o cura de Sol en Rota

Quédense a un cabo las mágicas, vivificantes y admirables olas roteñas, las escolleras, las restingas, el panorama magnífico que convierte los cerebros de ideas maduras en cerebros juveniles plenos de ilusiones radiantes; hagamos del verso prosa, de la ilusión realidad, de lo incorpóreo efectos tangibles, que si el mar roteño tiene la prodigalidad del bien no menos la tiene su Sol y sus vientos.

Neptuno, Eolo, Febo, son los tres dioses mitológicos en los que la Gracia Divina sustenta el plano especialmente sanitario creado en Rota por el Dios Unico, el Sumo Hacedor.

Una de las ramas más corpulentas del Arbol del Bien,

que es el sanar, la que presta más grande asidero a aquellos que precisamente no hallan ni el más ligero alivio con las pócimas farmacológicas, es la rama llamada Helioterápica, las curaciones obtenidas del Sol, y que en este caso podemos agregar del aire marino, son innumerables y son precisamente los procesos patológicos de causa general orgánica, aun cuando su manifestación sea local; así, pues, la mal llamada anemia, la clorosis, los estados pretuberculosos, las múltiples manifestaciones de la escrofulosis y muy especialmente la ganglionar, las tuberculosis óseas fistoladas, gran número de formas reumáticas, el raquitismo, los estados anoréxicos, la atrepsia, la obesidad, muchas secuelas de procesos cerebrales agudos y son tantos los procesos patológicos sanables por el Sol y el viento marino, que pudiéramos decir sin temor a hiperbolismos, que los elementos agua, sol y aires marinos son los más espléndidos y eficaces esterilizadores de la más plena Caja de Pandora.

Quisiera dar a esta parte (Helioterapia) de mi trabajo la extensión que bien merecido tiene por su poder curativo de un valor incalculable, pero atenazados en los más estrechos límites de la concisión, hemos de exponer en generalidades los consejos breves y prácticos; absurda pretensión sería querer hacer aquí un trabajo didáctico sobre Helioterapia, no por ser un asunto terapéutico de gran dificultad expositiva, muy al contrario, sino porque todo lo que tiene *un sabor* curativo, está reñido con la regla fija, determinante, circunscrita, única general. La práctica helioterápica es tan varia como distintos son los casos supeditados a ella; de aquí ser ilusorio querer dar consejos iguales, dado que todo caso es distinto, pues debe tenerse en cuenta la situación del Sol en su cenit para los efectos de temperatura y luz, la edad del sujeto, la constitución de su piel, la causa del proceso patológico, el estado del ambiente, la higrometricidad, temperatura atmosférica, velocidad de los vientos, etcétera, etcétera. Por estas razones, y sin hacer terapeutica cerrada, expondremos en generalidades las condiciones más beneficiosas en que puede practicarse la Helioterapia en Rota.

La primera condición para la curación por el Sol marino (helioterapia marina) es un ambiente que dulcifique la excesiva intensidad de los rayos solares, que refrigere su alta temperatura, que los vientos sean capaces de endurecer rápidamente la epidermis y a su vez el especial estado higrométrico y químico del aire marino preste a los tegumentos externos cierta absorbencia de los rayos solares en lo que ataña a su poder, no solamente calorífico sino lumínico. En la playa roteña el sol, el aire y el agua marina mantienen a tono la más perfecta armonía sanitaria con su imperturbable diafanidad atmosférica y su perenne estado higrométrico; gran valor tienen estas circunstancias climatológicas para el buen fin helioterápico; el cronista recuerda haber presenciado con lamentable frecuencia en las playas cantábricas (precisamente las más en moda) y en pleno estío ser propinado el baño de mar a punto de caer copiosas lluvias, acompañado este fenómeno físico de una baja temperatura; compréndense fácilmente las bondades del clima roteño, donde su atmósfera jamás es descompuesta bruscamente en su esencialidad química y en épocas estivales por la acción pluvial.

La segunda condición helioterápica es la temperatura solar, punto este de gran importancia, porque no es igual un baño de sol en una azotea hispalense a 60° que a la orilla del mar en Santander, por ejemplo, y aun dentro de estas temperaturas respectivas la hora del baño solar es muy importante a los efectos de comenzar el tratamiento. La causa determinante del baño helioterápico también establece mucha variedad en el método.

En síntesis: Las condiciones generales en que ha de colocarse el sometido a la práctica helioterápica son las siguientes:

1.ª Ha de cubrirse en todo caso la cabeza, y para ello recomendamos el sombrero de palma, muy poroso y de amplias alas.

2.ª La duración del baño, teniendo en cuenta el comienzo, ha de ser, del primer día hasta el quinto, inclusive, dos sesiones de diez minutos cada día.

3.ª Del quinto al décimo ampliar a tres diarias y quince minutos de duración cada una.

4.ª Pasado el décimo día podrá prolongarse cinco minutos por sesión cada dos dias, hasta terminar los veinte primeros días, pasados los cuales podrá prolongarse el baño, sobre la base firme y segura que cuanto más prolongados mayores beneficios habrá de recogerse.

5.ª Los baños de Sol están contraindicados en todos los sujetos de temperamento sanguíneo, porque determina el método que nos ocupa un aumento muy importante de glóbulos rojos.

Téngase en cuenta que estos consejos hacen relación únicamente a la práctica helioterápica en Rota, pues para ello he tenido en cuenta todos los factores hidrológicos, atmosféricos y solares que intervienen bajo las isoteras e isoquimenas roteñas.

. . . .

. . . .

Llegamos al epílogo de esta croniquilla veraniega. Mi torpe pluma cedió una vez más a honrosa y amable invitación, y cedió prontamente, para que no se dijera «malo y rogado», y así, buscando una disculpa a mi atrevimiento, digo que no reconoció más causa que el amor a lo bueno, porque así como el galán enamorado de la princesa de sus ensueños e ilusiones cántale trovas asonantes, mal rimadas y en plena disfonía, así este enamorado de la excelsa Corte Sanitaria Roteña, al conjuro de las máximas sublimidades físicas, siente poderosa atracción hacia las olas roteñas; ellas son las que evocan el más dulce éxtasis, y es que, en su continua contemplación, disponen a la dicha que engendra el alma libre de pesares y al cerebro exime de toda preocupación, porque la majestad de la ola Atlántida es la sintetización de todas las bellezas, la belleza del color, la belleza de los más gratos aromas, la belleza del sonido, el concierto de lo Divino; en dos casos (distintos en forma pero idénticos en efectos) siente mi alma los mayores extremecimientos de sano placer: es uno cuando percibo el concierto mágico, evocador de la más rosada juventud, plena de ilusiones, oyendo los imponderables sones de la gentil Giralda hispalense en sus repiques grandiosos, plenos de arte musical y al anuncio de fastos católicos; es otro el rum rum sonante de la ola roteña, a veces de golpe sonoro y bruscamente cortado a golpe de batuta invisible, otras prolongados, dejando una estela auditiva, en la que jamás falta la armonía, acaso sea ésta el verdadero símbolo de la gloriosa obra del Señor de las Alturas, símbolo efectivo de lo que los físicos enseñáronnos en las aulas a concebir el magno equilibrio de la Naturaleza en el más amplio concepto de lo que se denomina Armonía Universal.

Carlos García de los Ríos.

AROMAS DE SERRANÍA

POR F. LABRADOR Y CALONGE

I

Se escuchan alalás, que los gaiteros
entonan en la alegre romería;
por los largos caminos, a porfía
acuden presurosos los romeros.
La Virgen va a salir: en los portales
y en el atrio del templo hay algazara
de henchidos corazones; se dispara
un cohete en los rasos celestiales.
Hay alegre repique de campanas;
se alejan las palomas; las ventanas
se iluminan y llenan de oraciones.
Y entre nubes de incienso, fulgurante,
la Reina de los Cielos pasa errante
recogiendo a su paso corazones.

II

Alegran los caminos de la ermita
el júbilo de errantes peregrinos,
mientras suenan los ecos campesinos
que un pastor en la gaita resucita.
Los mendigos, al pie de la arboleda,
esperan la bondad de los romeros,
y extienden temblorosos los sombreros,
pidiéndonos por Dios una moneda.
Algunos que son ciegos, cantan una
sonata del dolor de su fortuna,
y al oirla honda pena nos agobia.
Mas luego, de mi amor me siento ufano,
al ver que va dejando en cada mano
un óbolo la mano de mi novia.

SÍMBOLOS



GESTOS DE LA CIUDAD

Ya el mundo rebullía en los mercados revueltos y laboriosos, donde a la claridad primera los hortelanos preparaban sus tenderetes y las «calenteras» ahumaban las plazuelas con las primeras llamaradas de sus anafres. A lo largo de las calles las puertas se iban abriendo y las escobas, arañando las aceras, formaban ruidillos como siseos, tal que si quisieran prolongar aquella paz solemne, aquel silencio extendido sobre las cosas adormidas de las madrugadas. Los pitos de las fábricas llamaban desde lejos, con sus estelas de humillo de vapor surcando el espacio blancuzco.

En las esquinas, unos grupos lamentables templaban sus instrumentos gangosos y las criadas pimpantes detenían unos minutos sus pasos para oir cantar romances de Gallito.

En cualquier plazuela unos cuantos chicos seguían atentamente las maniobras de un charlatán, que, ayudado de una señora gorda y gritadora, llenaba un coche de punto de láminas y grandes estuches rojos con alicates blancos y ganchos relucientes para sacar muelas...

El día tenía unos grandes brazos de dormilón, que se estiraban a lo largo del mundo desperezándose.

Saltaba de su lecho azul, mortecino aún por los últimos bostezos del sueño recién ido...

Sólo los que andan a bofetadas con la vida de los demás iban con las caras amarillas a buscar su rincón. Ellos dormirían entonces. Para ellos llamaría en vano a sus puertas el día bullidor. Era la horda mustia que deshacía el tiempo sin provecho. Sobre sus almas desoladas pasaba la vida sin peso.

Las tiendas carraspeaban sus puertas rizadas, escondiéndolas hacia arriba en rollo oculto, como sorbidas por los quicios. En el interior oscuro vagaban como sombras adormiladas los tenderos, con sacudidores azotando el mobiliario en penumbra.

Todo era empezar, retornar, volver al principio del camino igual. Ayer llegamos a la punta y allí nos hicimos un ovillo, acurrucando nuestra fatiga. Y hoy volvimos, a través de un salto negro, inconsciente, en que nos sumimos, al comienzo de esta senda cotidiana...

Todo era volver, empezar de nuevo, retornar como siempre... Ayer era como si nos hubiéramos muerto. Y dejamos que el sueño lo deshiciera todo, como si no hubiera de volver a ser... Ayer el yugo nos dolía... Y cuando fué final de jornada dejamos caer los brazos...

Pero hoy resucitó el esfuerzo... Todo era retornar, empezar otra vez.

El corazón queda un poco muerto debajo de nuestra vida diaria.

LA MUERTE DEL SOL

El Sol no acudía.

La mañana lo esperaba entristecida por su ausencia.

La mañana era un ópalo mustio.

Ya en el véspero último había comenzado la agonía del Sol. Había dejado su postrer sollozo de oro en el borde de unas nubes grandes, que venían perezosamente cielo arriba en bandadas tardas y amenazadoras. Y cuando apenas la mañana sonreía, aparecieron aquellas mismas tropas negras empapadas en tormenta.

Apostadas en el horizonte, disparaban desde lo lejos sus relámpagos mudos.

Poco a poco se les fué oyendo rezongar como leones desconfiados.

La mañana, desamparada de Sol, suspiraba su miedo.

Y a sus suspiros huía a lo largo de las carreteras el polvo viajero en trombas susurrantes...

¡Todo moría menos el odio, que gestaba su grandeza en el seno de aquellas nubes profundas!

¡Era el odio al Sol!

Aquellos elefantes de los cielos que venían con sus trompas cargadas del agua de mil ríos, se habían tragado al Sol.

¡Y lo escupían en las violáceas culebrinas de los rayos!

Aquello era como vomitar al Sol en trizas, en pedazos, en pizcos...

De pronto los monstruos negros, hinchados de ira, devoraron también a la mañana, que se volvió casi negra, como una noche absurda.

Y todo lloró y rugió sobre el mundo.

El Sol había muerto, vencido por el odio de las nubes.

F. Coves.

LA EXPOSICIÓN



[LA PROCESIÓN DE LA VIRGEN DE LOS REYES

31 Agosto 1921

20 céntimos

31 Agosto 1921

AÑO XI.-NÚM. 171

LA EXPOSICION

SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León

DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDDON



SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

LA RONDALLA DEL TRIUNFO Y DE LA MUERTE...

Reproducimos a continuación la crónica que nuestro director ha publicado en *El Sol*, de Madrid, cuya crónica es un sentido homenaje al heroísmo de los soldados del Regimiento de Granada número 34, de guarnición en Sevilla, y que actualmente luchan con denodado valor en los campos marroquíes.

Sevilla, la leal y noble y abnegada ciudad, cuna de reyes y de santos conquistadores, ha sido la primera que ha dado sus soldados, ofrenda de amor patrio, con destino a los hoscos y duros parajes marroquíes, donde, en momentos inolvidables, se han teñido de luto los vivos arreboles de la bandera española. Ha dado sus soldados, los cuales, ante la admiración de gentes curtidas para toda emoción honda y fuerte, han sabido escribir con sangre generosa un cantar de gloria, airón de ventura y esperanza en la triste zozobra de unos días aciagos.

Han sido los soldados del batallón expedicionario del regimiento de Granada, número 34—que en la paz augusta guarnece la ciudad de Sevilla, patria espiritual de los andaluces—los que han llevado a aquellas tierras inhospitalarias el gesto audaz y temerario del ibero león herido, acosado, que en un gesto, impulso de suprema rebeldía, arremete contra las hordas salvajes, dispuesto—como lo llevó a cabo—a hendir su zarpa de hierro; han sido unos soldados menudos, bravos, manojos de nervios vivos, los que, en la posición de Tizza, cuando aún vibraban en sus corazones las palabras de las despedidas angustiosas, han defendido con enérgico tesón, con arrojo único, el pabellón patrio, tan bárbara e implacablemente agraviado; han sido unos muchachos ignaros en las ingratas artes de guerrear, los que, con ciego heroísmo, con fogoso ardor, han comenzado a vengar nuestras desventuras; han sido los soldados del 34, sevillanos representativos, impetuosos, árabes por la refinada aristocracia de la estirpe, y por el fuego irresistible de sus venas, los que han batido furiosamente al enemigo, quien, ante la denodada acometividad, se dispersó cobardemente lleno de asombro, no sin antes haber hecho verter una vez más la sangre de nuestros valientes, sangre de abnegaciones fervorosas, Jordán purpúreo donde ha de limpiar sus yerros y sus culpas el ave agorera y siniestra de los fracasos crueles...

Aún parece que veo partir a los soldados del 34, en aquella tarde de julio, llena de sol, de presagios y de dudas. Fueron de los primeros expedicionarios, cuando nada se sabía con absoluta evidencia; cuando empezaron a circular rumores pesimistas, agobiadores, por la fuerza trágica que los inspiraba; cuando se hablaba del suicidio de un alto prestigio militar, de la derrota de nuestras tropas colonizadoras, de la pérdida de tantas y tantas posiciones avanzadas... Entonces, cuando el caos se cernía sobre la conciencia popular, salió la expedición de soldados del 34. En el ánimo de la gente hizo nido una angustiosa interrogante:

—¿Qué habrá pasado?

La orden de marcha no produjo en el alma de los bisoños soldados sevillanos ningún gesto de sorpresa ni de desconcierto. Al contrario. La orden fué un estímulo para los deseos dormidos, para las ansias calladas. ¿Peligrarían nuestros hermanos? Como la pólvoro corrió la nueva por la ciudad.

—¡Los soldados de Granada marchan a Melilla!...

El público civil sufrió aquella luminosa y calma mañana la alarma de un brusco despertar. Se llevaban sus soldados del 34, alegres turbadores de la beatífica quietud del barrio prócer de San Vicente. Y presuroso, como nunca, se echó de sus casas. Y la calle angosta y larga de los Baños fué el desfiladero de todas las ansias acuciadas, de todas las dudas, de todos los recelos de una población eminentemente sensible, romántica y altruísta. Los soldados, en tanto, sin cesar de ir y venir, febriles de orgullo, radiantes de fervores patrióticos, ponían, no obstante, ante aquella atmósfera de doloridas incertidumbres y ante aquel cuadro de miradas de llanto, un gra-

cioso gesto de brava gallardía, de firme confianza, de optimismo gárrulo y jocundo...

Y muchos, no ajenos, sino conscientes de la seguridad ante el peligro futuro, cantaban, cantaban...

Fueron los primeros expedicionarios los soldados del 34, y ni un momento dejaron de ser los verdaderos prototipos del héroe legendario: risueño el semblante, erguida la testa, marcial el paso. Cuando subían al buque, lo hicieron joviales, alegres, lanzando al aire las coplas felices de la musa festiva. El optimismo de la tierra que los despedía hondamente conmovida, brotaba una vez más en coplas lozanas y reidoras. Zarpó el buque, y doblaba ya un recodo del río Guadalquivir—que ha llevado sobre sus linfas rumorosas, entre el abrazo de sus orillas florecidas, una legión de esforzados adalides—, y todavía, como arrastrándose por las aguas mansas, llegó hasta nosotros, casi apagado, el eco jubiloso de las coplas, también expedicionarias...

Cuando desembarcaron en el muelle de Melilla, cantando lo hicieron, como si no hubieran tenido más misión que llevar como único mensaje de salutación para aquellas tierras azotadas unas coplas tan sólo, alma de Sevilla, que es un divino cantar de versos sonoros y perfumados. Apenas pisaron tierra, allá fueron, a guarnecer posiciones en peligro, sin una vacilación, sin un decaimiento en el ánimo encendido, sin una sombra de inquietud en el corazón arrebatado. Iban cantando, rondalla del triunfo y de la muerte, en efusivo maridaje, como si las coplas fueran, a la vez que el estandarte de procedencia, donde campeaba el inmarcesible airón de la Giralda, el escudo invencible, tras el que harían estragos en aquellos desiertos foscos, calcinados por el sol abrumante y despiadado, como aquel otro sol—más latino, y, por tanto, más ladino—que sobre la torre agarena, como en la balada de Musset, fingía el punto sobre la i.

En Melilla, cuando la gente los vió llegar y partir, acertó sin titubeos:

—¡Son los saldados sevillanos!... ¡Ved cómo cantan coplas de su tierra!...

Los relatos guerreros nos dan cuenta del heroico comportamiento de los soldados del 34. La Prensa local loa merecidamente sus episodios. Han luchado bravamente, con denuedo terrible, sembrando el terror en las filas contrarias. En Tizza han colocado el pabellón, bajo el que se amparan con respetuosa disciplina, a una altura inaccesible. Soldados sin preparaciones bélicas, recién llegados al cuartel, han procedido en esta absurda guerra irregular como veteranos en lides de valor y de táctica. Y a los laureles y rosas que penden del nombre egregio de Sevilla, ellos, desprendidos y fieles han agregado nuevos ex votos de gloria y esplendor... Y han agregado esos ex votos derramando sin mancilla su sangre joven...

Su sangre joven entre el estruendo horrísono de los disparos y la loca algarabía de las coplas de la tierra. De las coplas que enardecían, que estimulaban, que encendían en furores de venganza desmedida...

—¡Son los soldados sevillanos!...—repetimos ahora nosotros, ante las bravas hazañas de los héroes del 34...



¡Soldados del 34, que entre coplas se fueron y entre coplas llegaron, y entre coplas derramaron, en triunfo, su sangre preciosa y generosa; soldados del 34, que llevaron a las abruptas tierras del Mogreb aires de optimismos en las tonadas populares; bravos soldadas, hijos del espíritu de una ciudad cuna de conquistadores; soldados de mi barrio, estremecido de amor: vuestras hazañas, soldados del 34, nacidas tal vez por el influjo arrullador del verso cálido de una copla del lejano terruño, han escrito en esas tierras baldías la copla única, de versos inmortales; una copla de esperanza, escrita sobre la bandera de España, con la sangre invicta de los elegidos...

Copla que hoy la nación entera repite llena de orgullo, en honor y loor de los valientes soldados del 34, rondalla del triunfo y de la muerte...

A. Rodríguez de León.

UNA OBRA SOCIAL DE LA MAYOR IMPORTANCIA: ATENDER A LOS NIÑOS PRETUBERCULOSOS



LAS NIÑAS DEL PATRONATO OBRERO DE TRIANA, EN LA PLAYA DE SANLUCAR DE BARRAMEDA

(Fot. Serrano.)

EN HONOR DE UN POETA

Nuestro querido amigo el inspirado vate don Fernando de los Ríos ha sido obsequiado en Alcalá de Guadaira con un banquete, en el cual fué leída la siguiente composición:

GLOSA

A don Fernando de los Ríos,
por su artículo titulado «Alcalá de
Guadaira, Meca del Arte y santos
lugares de la Belleza».

Las fiestas de nuestro pueblo,
las de la Virgen del Aguila,
en una inspirada crónica
de nuevo el poeta canta.
¡Cuánta luz pone en su pluma!
¡cuánto amor pone en su alma!
¡en su bien timbrada lira
cuántas bellas notas, cuántas!
Cual la brisa que entre flores
al pasar por la enramada,
con acariciantes besos
sus aromas les arranca,
este cantor de mi tierra,
de su inspiración en alas,
recogiendo en su retina,
abarcando en su mirada
toda la luz de su cielo,
de su amor todas las ansias,
a la Belleza y al Arte
sus secretos arrebata,
y a través de su lirismo,
con formas insuperadas,
de este pintoresco pueblo
el hermoso cuadro traza.
Pintor, al par que poeta,
con maestras pinceladas,
de su ribera describe
las mil esplendentes galas.
En su paleta, en su númen,
surge en armónica danza
de colores y de epítetos
toda una brillante gama.
Praderas, valles, colinas,
huertas frondosas, lozanas,
con sus moriscas leyendas,
como la de la Tapada;
con sus fuentes milagrosas,
como la de la Retana;
los molinos arabescos
con sus torres almenadas,
que el melancólico río
copia en sus movibles aguas;
salutíferos pinares,
entre los que se destacan,
por sus gigantescas copas,
por sus moles centenarias,
allá de Santa Lucía
los de fresca sombra y grata;
cueva ingente del Milano,
alamedas de Oromana,
cuyos amenos lugares,
cuya floresta encantada,
con sus mágicos pinceles
Perrier inmortalizara;
castillo de Marchenilla,
feudo de la aristocracia
de pretéritas edades
en la historia de mi patria,
que de la feraz campiña
es centinela avanzada,
desde donde se contemplan,
mudas allá en lontananza,
las siluetas de las sierras
de Morón y las Algámitas;
y por término y corona
del risueño panorama,
que el pintor, poeta, cronista,
tan brillantemente narra,
la agarena fortaleza
que el Rey Santo conquistara,
para bien de los cristianos,
a las huestes musulmanas,
vengando ultrajes eternos
a nuestra fe y nuestra raza,
en cuya cima se asienta
el Santuario del Aguila,
patrona de nuestro pueblo,
amparo de nuestras almas,
consuelo de nuestras cuitas,
de nuestra fe soberana.
¡Felicitación sincera,
parabienes entusiastas,
al cantor de nuestro pueblo,
de nuestras fiestas del Aguila,
si sevillano de pila,
alcalareño por gracia!

MANUEL CALVO ARAUJO.

Alcalá de Guadaira 21 Agosto 1921.

UNA OBRA MAESTRA DE LA MODERNA LÍRICA

EL "CANTO DEL PASTOR", DE LEOPARDI



«Nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada, grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque no tiene objeto: y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperación más horrible. El alma del estupendo poeta Leopardi es una de esas almas: y sus cantos la expresión más sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fe ha padecido.»

(JUAN VALERA, *Sobre los Cantos de Leopardi.*)

El *Canto notturno di un pastore errante dell'Asia,* terminado en 1830 y cuya traducción en verso va a continuación de estas líneas, es una de las más geniales y características obras del divino Recanatiense y acaso el más bello poema lírico de toda la décimonovena centuria.

P. Ferrer (Andres)
Historia de la Vida de S.
Vicente Ferrer
Madrid 1750
Vol. 1. 8do
IV. li. 4.

carattere di Giacomo Leopardi.
Paolina Leopardi

CANTO NOCTURNO DE UN PASTOR ERRANTE DE ASIA

¿Qué haces, luna, en el cielo? Di, ¿qué haces,
oh silenciosa luna?
Cuando anochece, naces; los desiertos
contemplas al pasar; después, te escondes.
¿Aun no estás fatigada
de recorrer las sempiternas rutas?
¿Aun no sientes hastío, no te cansas
de ver estas llanuras?
Parécese a tu vida
la vida del pastor.
Desde el primer albor
del día, va guiando su rebaño;
ve reses, fuentes, prados;
a la noche, rendido ya, reposa
y no aspira a otra cosa.
Dime, oh luna, ¿qué espera
al pastor en la vida?
¿vivir de qué te sirve? ¿Qué fin tienen
mi existencia tan breve
y tu inmortal carrera?

Viejo canoso, enfermo,
harapiento, descalzo,
con gravísima carga en las espaldas,
por valles y montañas,
por arenas y rocas y barrancos,
al viento, en la tormenta, cuando el aire
abrasa, y cuando hiela,
corre, suspira, anhela,
cruza charcos, torrentes,
cae, se alza y su camino sigue,
sin tregua y sin consuelo,
lacerado y sangriento, hasta que llega
donde la ruta cesa,
donde tanto pesar encuentra el término:
a inmenso, hórrido abismo
en que, al precipitarse, todo olvida.
¡Oh virgen luna, igual
es la vida mortal!

Nace al dolor el hombre,
y ya es riesgo de muerte el nacimiento.
Prueba pena y tormento
en cuanto llega al mundo, y ya principian
los padres a enseñarlo
a consolarse de haber nacido.
Cuando creciendo viene,
su afecto le sostiene, y nunca dejan

con actos y palabras
de prepararle el alma
para sufrir la pena de ser hombre;
otro oficio más grato
la paternal ternura no concibe.
Mas ¿por qué nace y vive,
para qué entra en la vida
quien sólo en ella ha de encontrar dolores?
Si en ella no gozamos,
¿por qué la conservamos?
Tal es, intacta luna,
nuestra triste fortuna.
Mas tú mortal no eres;
no te inspira mi afán piedad ninguna.

Tú, solitaria, eterna peregrina,
tan pensativa siempre, lo que sea
este vivir terreno,
esta pena, esta angustia acaso sabes;
lo que sea el morir, esa suprema
palidez del semblante,
el adiós a este mundo, el separarnos
de toda dulce y tierna compañía.
Conoces ciertamente
el por qué de las cosas y los frutos
del día y de la noche,
del tácito infinito andar del tiempo.
Tú de seguro sabes a qué amores
ríe la primavera,
qué procura el estío y qué persigue
con su nieve el invierno.
Mil cosas tú conoces, mil descubres
que al sencillo pastor no se le alcanzan.
Cuando muda te miro
iluminar el llano solitario,
que en su confín remoto se une al cielo,
y marcho con mi grey
y me sigues fielmente en mi camino;
cuando veo el azul lleno de estrellas,
pensativo me digo:
¿Por qué tantas luces?
¿Qué es este aire infinito, esta profunda
infinita mansión? ¿Qué significa
este insondable abismo? Y yo ¿qué soy?
Meditando así voy: y de este espacio
magnífico, sin límites,
y de la astral familia innumerable
y tanta actividad y movimientos
en las cosas celestes y terrenas,
que, girando sin tregua,
tornan siempre a su punto de partida,
la utilidad, el fruto
adivinar no sé. Mas tú sin duda,
¡oh doncella inmortal, sí lo conoces.
Yo sólo sé y entiendo
que de este eterno giro,
de mi frágil esencia
cualquier otro tendrá goce o provecho;
mas para mí es amarga la existencia.

¡Oh mi feliz rebaño, que tranquilo
reposas, ignorando tu miseria!
¡cuánta envidia te tengo!
No ya porque de afanes
casi libre te encuentras,
y de fatiga y daños
y aun de extremo temor te olvidas pronto,
sino porque jamás te embarga el tedio.
Descansas a la sombra y en la hierba,
y nada te perturba,
y en tan plácido estado
consumes la mayor parte del año.
Y a mí, cuando, rendido ya, me siento
a tu lado, me llena el pensamiento
el hastío de todo, que incesante
me acosa, y más que nunca estoy distante
de encontrar el descanso,
aunque yo a nada aspiro
ni motivo hasta aquí tuve de llanto.
Por qué gozas y cuánto
no sé decir; mas sé que eres dichoso.
Y yo aun poco disfruto,
oh mi grey, ni me quejo de esto sólo.
Si hablar supieras, yo preguntaría:
Dime: ¿por qué yaciendo
sobre la hierba ocioso
todo animal descansa
y el tedio turba siempre mi reposo?

Si yo pudiera en vuelo impetuoso
remontarme a las nubes
y contar las estrellas una a una,
o como el trueno errar de cumbre en cumbre,
sería más feliz, dulce rebaño,
sería más feliz, cándida luna,
o acaso desvaría
pensando en otro azar la mente mía.
Quizás acertaremos
diciendo que en cualquier estado y cuna
nos es funesto el día que nacemos.

Miguel Romero Martínez

traduxit ad majoren Jacobi Leopardi
Recinetensis gloriam



CUENTO

COINCIDENCIAS

AL INSIGNE POETA MUÑOZ SAN ROMÁN

Era Luisa una hembra de cuerpo espigado, cintura reducida, abultado seno, rojos cabellos, cara oval, blanca y rosada y graciosos ademanes.

En asfaltada acera de anchurosa vía se la encontró Leopoldo y la piropeó galante, sintiendo no poderla seguir, porque las clases le reclamaban y para un estudiante pundonoroso lo principal es la obligación.

No se le desvaneció la imagen de Luisa, y mucho hubiera dado por mirar y requebrar de nuevo a su hada fascinadora; pero la carrera le absorbía todo el tiempo, pues electrizábale la comezón de vivir dignamente, desempeñando funciones beneficiosas a la humanidad.

Era perito químico el despabilado garçon. Los porteros de aristocrático palacio tenían un hijo, honra como Leopoldo, de las aulas médicas, y los dos se hermanaban, comunicándose opiniones y esclareciéndose dudas.

Bajo techumbre artesonada, rozando la baranda de artístico balconcillo, sentados estaban los trabajadores condiscípulos, dialogando gravemente sobre cuestiones intrincadas.

De improviso se enderezó Leopoldo viendo descender por alfombrada escalera a Luisa, que se les acercó, porque conocía bastante al otro alumno, a causa de venir con frecuencia a entregar primorosos bordados, que le encargaba la dueña del hotel.

De la conversación arrulladora nació el afecto más grande, y Leopoldo acompañó a Luisa hasta el pisito en que habitaba con su madre, departamento monísimo, que se convirtió en remanso espejeante de amor, en el empíreo de un alma veraz, que con musicalidad trémula hablaba a una virgen brillante y sencilla.

De un municipio rural se encaminaron a la ciudad populosa la viuda, que planchaba superiormente, y su hija, notable bordadora en blanco, que enflaqueció abusando del bastidor, para cobrar en las tiendas irrisorias cantidades para adornar docenas de piezas; y le valió su fama estar mejor retribuída hermoseando prendas de casas particulares; mas así y todo, subsistían las diligentes operarias con marcada modestia.

La imaginación de Luisa era muy práctica y gustábale saber lo que Leopoldo aprendía, identidad de aficiones atadora.

Enardecía a Leopoldo el amor de la arrogante joven, y en el verano marchó gimiendo a su aldea, ceñida de huertas y castañares, por donde el agua corría inagotable y transparente entre ribazos esmeraldinos.

Indiferente, tristón, pasó las vacaciones, y a fines de Septiembre volvió junto a Luisa a renovar las glorias interrumpidas.

Nubes plomizas se acumulaban en el horizonte de aquel cariño; porque el muchacho no era rico, faltábanle tres años para licenciarse y la chica sentía desmayos en su desgastadora y mal remunerada labor, que a la sazón realizaba sirviendo a una señora unida un mes hacía con un primo hermano, viudo, listo, guapo y rumboso.

Paseando Luisa, su madre y Leopoldo se lo tropezaron, les saludó y entabló con ellos movido palique, sin apartar su mirada de la rubicunda bordadora.

Fué antipático al amartelado mozo su peripuesto interlocutor; conociéndolo le extremeció diabólica sospecha, perdió el imperio de sí propio y hubiéranle trastornado alucinaciones dramáticas, de no magnetizarle misericordiosos y purísimos los ojos de su amada.

Averiguó Leopoldo que el emperejilado caballerete era un hombre de proceder torcido, que hartó de sofocones a su anterior esposa y casó con su prima por participar de sus bienes; que escondiendo el cuerpo urdía a sus amigos jugarretas espinosas; que prometía el oro y el moro, retractándose informal y desenvuelto en la hora crítica; y traspasó estas noticias a Luisa, quien se escudó en implacables exigencias para no rechazar ingresos legítimos, extraña a ruindades.

Crepitó pujante el hervor pasional del vehemente enamorado cuando le previnieron que el administrador del odiado vivaracho quería conducir pronto a Luisa ante los altares, si la citada soltera, siempre oficiosa y siempre recompensada pobremente, le admitía relaciones, y hurgando Leopoldo meditabundo, tocó algo siniestro, percibió una maquinación oculta, capaz de sublevar al más pacífico, y desconcertado cerró los libros.

¡Cuánto sufría!

Reapareció en el pueblo y los suyos le apoyaron desvelados.

No se confirmaba el rumor; no hay pesimismo absoluto, y menos inquieto, porque le serenó la confianza que tenía en la virtud de Luisa; avergonzado de su flojedad, estudió con provecho, y trasladado a la urbe atrafagada, ganó en la Universidad el curso, sin ningún inconveniente.

El administrador del sagaz hacendado explanó sus pensamientos a la fatigada doncella, que no los aceptó, aunque oyó agradecida la declaración categórica, y un día recibió a Leopoldo, hermosísima; se le querelló de su suerte, con voz quejumbrosa; balbuceó apremiantes peticiones y, por último, le atrajo, abandonándosele con dejadez tentadora.

El la estrechó llorando, y destrozado moralmente, se alejó de la casita encantada; subió a la hospedería, tiróse insomne en la cama y se puso a recapacitar que poseía una carrera y podía enlazarse a Luisa, limitándose ambos a lo preciso hasta la futura reválida; mas en las circunstancias entonces concurrentes le abochornaba considerarlo; y reputó infame el lazo que se le había tendido, para que, prisionero de lo ilícito, encubriese embobado infidelidades miserables.

La impaciencia de la inconsecuente mujer, exudaba egoísmo y perversión.

Sepultó el desafortunado su disgusto en vitalicio hermetismo; ni siquiera se matriculó; huyó a su tierra a reponerse, y en Enero, ya más entonado, se presentó en las clínicas a reanudar por enseñanza libre su preparación facultativa.

En las tardes de sol, por la plazoleta donde radicaba el domicilio de Leopoldo, bajaban a las afueras Luisa y su esposo, el tranquilo administrador.

La depravación se exhibía.

Año y medio después hízose médico nuestro hombre, y en concurso convocado por una compañía minera obtuvo colocación, empezando a ejercer con plena conciencia de su misión.

Entre rosales había un chalet, donde residía la candorosa Emilia, de perfil parecido al de Luisa, cutis rosáceo, ojos endrinos, negros cabellos y buena estatura.

Dos corazones cantaron su aproximación.

En resarcimiento de penas desgarradoras, apreciaba Leopoldo en Emilia, figura mirífica, maneras distinguidas, abundancia de ideas peregrinas y desinteresado amor.

El mundo reflorecía.

A los dos años de trato sostenido celebraron satisfechos

su matrimonio, y hay que decir en elogio de los casados que su luna de miel continuaba con indicios de larga duración, aun después de nacerles una niña angelical.

En población castellana de denso gentío propusieron a Leopoldo convenio incomparablemente más ventajoso; lo firmó y marchó allá con su familia, su mobiliario, su biblioteca y su instrumental.

Antes que el prestigioso galeno había llegado al mismo punto una entendida profesora en partos.

Era la matrona una preciosidad marchita, era Luisa, cuyo marido murió inopinadamente de un derrame seroso, y expulsada de una mansión que tanto ultrajara, se decidió enérgica, y contando con sus reservas monetarias, su propensión incontrastable y su perseverancia, habilitóse legalmente para las manipulaciones de la seria profesión.

Su negro tocado detenía la curiosidad.

Pudo hundirla Leopoldo, y fué su comportamiento de imparcialidad correcta.

Nadie pensó en que hubiesen mantenido conexión pretérita.

Por segunda vez iba a ser madre Emilia, y queriendo preservar a Leopoldo de otro desbarajuste temperamental, análogo al que irritóle asistiéndola en el primer alumbramiento, e ignorando la historia de los pasados amores, ordenó que Luisa la auxiliara en el trance peligroso.

Manifiestos un anochecer los síntomas inequívocos, entró en la alcoba de Emilia, sin oposición ni comento Luisa, que, multiplicándose previsora y maestra, facilitó el natalicio de un niño, que tomó en sus manos y depositó en el regazo de una criada, mientras que confortaba a la enferma y la disponía para el reposo.

Sentóse ceñuda, agitada, recogió el endeble cuerpecito, y al besarle el rostro la acometió un síncope y hubo que quitarle de los brazos al tierno infante y que sacarla al aireado corredor.

Temblaron los labios y los párpados de la traspuesta e hizo Leopoldo que aspirase una leve dosis de éter y mandó además administrarle una taza de tila, que la pálida suspirante bebió poco a poco, a medida que se animaba.

Al calor del dormitorio atribuían el percance, y no era así; era que la entereza de Luisa se había quebrado; era la desesperación del naufragio; era que la ciénaga enviaba sus vahos mefíticos a la deshonesta traicionera; era que le confundía la dicha vengadora de la agasajada pareja.

Siguió por el tiempo necesario atendiendo a Emilia y a su hijito; luego anunció un viaje, lo efectuó y no han sabido más de ella.

Leopoldo afirma su interior sosiego, persistiendo en su deber.

Emilia le imanta, agraciada y virtuosa.

La belleza mejora la existencia.

Enrique Real Magdaleno.

EL AMOR SOCIAL PROTEGE A LOS NIÑOS



LA COLONIA DE MARÍA AUXILIADORA, EN LA PLAYA DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA (Fot. Serrano)

APATÍA

Con los desengaños de mis ilusiones,
con mis pesadumbres tan tristes y vagas
la víbora artera de las apatías
me devora el alma...
y la vida fluye
con sus mil fantasmas,
con sus fementidos deleites y goces,
con sus emociones tan amargas,
y siento en mí mismo que vivo sin vida,
que bogo en la nada...

El filtro terrible de la vida frívola,
de la vida vana,
sin horas de dicha, sin melancolías,
en mis ojos hizo brillar una lágrima
y sin más estímulos
ni más esperanzas
que los anhelantes
recuerdos dichosos de fecha olvidada,
vivo yo sin vida, y los hombres viven
y la vida pasa...

Alejandro Collante de Terán.

LOS PESCADORES

I

¿Habeis visto salir en procesión fantástica los barcos de pesca, dirigiéndose al mar? Son las horas de la madrugada. Sopla ligero vientecillo que hincha las velas. Ráfagas inconstantes que juguetean con las lonas: son las bocanas del levante, que tan pronto arrecian con fuerza, como se aduermen lánguidas en las espumas del rumoroso oleaje.

Corren unas ajironadas nubecillas por el cielo; unos rotos encajes, grises, blancos, negruzcos, que parecen manejados por una mano oculta, que se entretiene en hacer con ellos antifaces de la luna para arrancarlos en pedazos después.

Y el oleaje refleja la claridad diáfana y fría de la luna, en un rielar tembloroso que convierte las espumas en blancos airones, que se deshacen como en un impalpable polvo de luz.

Son las horas de la madrugada y los faluchos de pesca van desfilando raudos por el río, en dirección al mar. Rechinan unas carruchas y unas cuerdas junto al muelle. A lo lejos, con acentos de muezín, repiten los ecos los timbres varoniles de una voz que manda o de una voz que interroga. Las aves avizoras de las orillas lanzan a los misterios de la noche sus gritos inarticulados... ¡Allá van los barquitos donde luchan los trabajadores del mar!

Corazones de bronce en las tempestades del Océano, corazones de niños en los vendavales de las pasiones humanas.

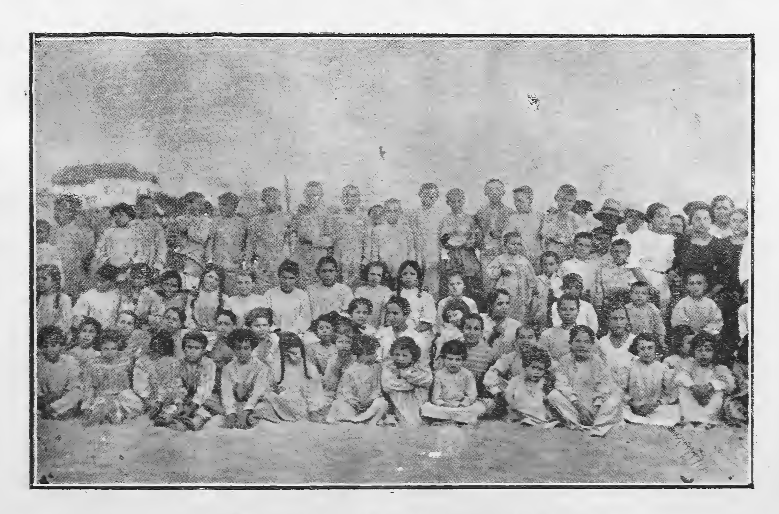
II

¿Habeis visto salir los faluchos pesqueros en procesión fantástica dirigiéndose al mar?

Ellos conducen el trabajo no redimido, el trabajo heroico, sujeto por legendaria servidumbre. ¡Pobres fieras de mar que sois nobles como chiquillos en la tierra! Soplan las bocanas de levante en las velas y en vuestros corazones alienta la alegría, siempre la alegría inconsciente de los que viven entregados a la fatalidad.

Mariano López Muñoz.

POR LA SALUD DE LOS NIÑOS



LA COLONIA ESCOLAR DE CARMONA, EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA

(Fot. Serrano)

ANTE LA VIDA

LA RETINA DEL ESCRITOR Y DEL ARTISTA

Sin duda el escritor o el artista es un hombre anormal. No siente como el vulgo, ve los sentimientos y los hechos de muy distinta manera que lo puede ver un honrado comerciante o un tranquilo burgués. Lleva dentro de sí una formidable visión más allá de la realidad fea, cruel y molesta.

La imaginación es el hada buena del artista. Con ella, puesta en actividad, ve y presiente lo que mucha gente no logra ni sospechar. Su sensibilidad educada, llena de exquisitos refinamientos espirituales sabe del amor y dolor ajenos por una bruja intuición de eternos torturados por infinitos deseos utópicos, que pone en sus almas, siempre abiertas a la emoción, la clarividencia de la luz de la verdad...

(¡La verdad! He aquí una palabra que ha perdido su valor etimológico. La verdad está escondida y no pulula por el mundo. Y hay a lo largo de nuestras vidas mentiras que parecen verdades, que crean la ilusión que dura lo que la existencia de una linda mariposa...)

En el artista existen dos personalidades: la de hombre y la de artista. En la primera está atacado de todas las pasiones humanas, puede comportarse como un sér vulgar; en la segunda, su alma se ha lavado, se ha purificado y deja sobre las cuartillas, sobre el lienzo, sobre el mármol, sobre el pentágrama las creaciones de su espiritualidad, que son luz, amor, belleza, bondad.

Los vulgares no tienen una disculpa. Sus obras inmorales, sus defectos, sus crímenes, son despreciables, porque no tienen nada más que una absoluta personalidad. Es preciso dejar una huella luminosa de nuestro paso por el mundo. Un gran amor o un altísimo ideal—todo es amor—debe poseer el tiempo de nuestra vida, absorbiéndole, dominándole.

Ruben, el divino, el único, revolucionó Europa con sus estrofas nuevas. Su obra es inmortal. Tenía un vicio horrendo, del que nadie habla, porque lo interesante en él era su arte maravilloso. Oscar Wilde, el andrógino, escandalizó a la corte de Inglaterra con sus amores invertidos, pero lo mejor de su vida es la obra literaria que ha dejado a la Historia de la Literatura universal.

Hay más. El artista es un curioso perenne. Su curiosidad le lleva por senderos exóticos. Son libres, tan libres como lo es su cerebro. La moral del artista no se parece a esa otra moral arcaica de las gentes. Se rigen por el código suave de la Estética y de la Emoción. Y estas dos respetables damas no hacen caso de la cara y el ceño adusto de la Etica.

Desde Platón a nuestros días los artistas han sido hombres con grandes defectos. Una visión de la vida muy diferente a la visión de los demás les hace gastar una enormidad de energía nerviosa, que recuperan para perderla más tarde...

Podríamos decir que todos los artistas son unos enfermos. Padecen neurastenia crónica, dándole a la palabra todo su valor patológico.

Y eso no se cura. Como en la novela de un escritor famoso, en que uno de los protagonistas consulta a un sabio doctor su enfermedad, y después de darle el diagnóstico, le pregunta el artista:

—¿Y esto no se cura?

—No, señor. Porque sólo lo conseguirá cuando deje de tener talento...

He aquí la *doble* retina de los escritores, de los artistas, de los visionarios...

Lázaro Somoza Silva.

CANCIONES

SIEMPRE MAS TARDE...

Siempre más tarde...
El mal
hiere cobarde
mi pobre amor sentimental...

Siempre más tarde, arco de la Aurora.
Ventana abierta al horizonte nuevo.
Siempre más tarde; nunca ahora
que las estrellas de sus ojos llevo...

Tal vez mañana, cuando el alma muera
y esté cortado el pino de la caja
para la pálida hilandera
en el hilo final de la mortaja.

Desesperanza eterna.
Ni luz ni aroma en el camino yermo.
¿Por qué este hueco oscuro, de cisterna,
en donde el corazón, sin sueño, duermo?

Siempre más tarde, caravana.
Carne de senos florecidos
en el pecho de luz de la mañana.
¡Carne de seno y flor de los sentidos!

Siempre más tarde... ¿Para qué esta espera?
Para morir sintiendo... Para morir al fin
como esta fuente en primavera
y este pájaro loco en el jardín...

Adolfo Carretero.

LA EXPOSICIÓN



REPRODUCCIÓN DEL CUADRO DE J. ROMERO DE TORRES, "LA SAETA", TRABAJADO EN LA FÁBRICA DE CERÁMICA DE DON MANUEL RAMOS REJANO

30 Septiembre 1921

20 céntimos

AÑO XI.-NÚM. 172

30 Septiembre 1921

LA EXPOSICIÓN

SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León

DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDDON



SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

LA CONJURACIÓN DE LOS POETAS

No importa al mundo el nombre de la ciudad eslava de donde vengo y a donde no regresaré jamás. Historiador anónimo de lo ocurrido entre sombras, dejo en el misterio también los nombres de los conjurados caballerescos y de las damas que pronunciaron en sus oídos las vibrantes palabras de lucha.

Como los clásicos romanos de las clásicas historias, se conjuraron esos hombres, en una madrugada silenciosa, para morir por la patria o rescatarla a sus tiranos. Poetas son, puesto que viven y tuvieron sus musas no en asustadizas mujeres, sino en animosos corazones femeninos, que recuerdan por su fe y su heroísmo el temple sublime de espíritu de las mujeres de la Biblia.

La historia agitada del día calla con respetuoso amparo quiénes son los conspiradores intrépidos que han jurado realizar la empresa que ha de redimir al pueblo embrutecido. No sabrás nunca, lector, dónde se hallan y cómo se llaman los que en las sombras hicieron la ofrenda de sus vidas.

Baste saber que son poetas, y que entre ellos, y confundiendo con ellos fraternalmente mis anhelos, llevé a mis labios la copa del vino de la redención, que tenía el color de sangre y era tibio como la sangre al manar de las heridas.



En una pobre estancia de un viejo caserón de la ciudad estábamos reunidos los poetas. Faltaban muchos a la cita. ¿Cómo vencer los tremendos obstáculos que se oponían a que todos nos hallásemos juntos? Hasta de Silesia y de la agitada Polonia habían llegado algunos; pero los caminos hacia el Norte hallábanse borrados por la nieve, y la vigilancia del ejército rojo ponía peligros de muerte en la frontera. Sin el favor de los comisarios federales de los sowiets era imposible utilizar los ferrocarriles.

Sin embargo, los pensamientos de los que allí estábamos representaban muchos pensamientos y eran, por un interesante fenómeno de telepatía, a manera de eco de los que habían quedado sufriendo las torturas de la ausencia.

Comenzó la junta con un doliente recuerdo, con una mística ofrenda de cariño hacia los compañeros que gemían en las cárceles.

Una muchacha rubia lloraba sin proferir palabra. Había visto fusilar a su padre, un revolucionario idealista, que pretendió parar en seco el ímpetu sangriento de la revolución; había visto, en un furioso desate de locura, asesinar a su hermano; y ahora lloraba por el amante preso, acaso condenado a muerte como aquellos otros entre quienes compartió sus amores.

Cuando la enumeración de los que sufren cautiverio terminaba, la muchachita parecía transformarse; y así fué, pues como si sus lágrimas hubieran sido de fuego, se inflamaron nuestros corazones al solo destello de los reflejos diamantinos que irradiaba el colérico mirar de la niña, apenas púber, y linda como una de esas blancas florecillas que nacen entre la nieve al borde de los precipicios.

Y ella, tan débil en apariencias, pero aguda y recia en su temple, cual flexible espada francesa, fué la que luego recibió el juramento de los poetas para vencer o morir.

A cada momento se repite que tras de la vida del hombre, siempre está oculta con toda su dulce y su definitiva influencia, una mujer; pero, ¿sabeis de algún movimiento redentor de los pueblos que no haya sido santificado por las mujeres?



El poeta que ha vivido y sabe de los dolores tremendos de la Albania, leyó sus versos evocadores de la vieja raza, tenazmente gloriosa.

El que llegó de Borodino, recita su elegía a las riquezas que acumuló el trabajo y el rencor del trabajo torturado ha destruído.

Y los cuadros hechos girones por los cuchillos gloriosos de la plebe, tuvieron asimismo de otros poetas sus estrofas de tristes remembranzas.

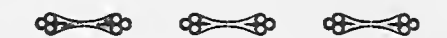
Pero todos hablábamos y recitábamos nuestros versos muy quedito. Si he de ser franco y verídico, no puedo negarme a confesar que sentíamos miedo. Temblábamos de un modo leve, pero temblábamos, al pensar que nuestra reunión fuera sorprendida por una de las patrullas del ejército de los dictadores anónimos.

Y ¿cómo hombres que en ningún valor estimaban sus vidas se estremecían con involuntario terror?

La misma grandeza de nuestros propósitos nos hacía temer la sorpresa traidora y el espionaje que malogrando nuestro plan lo hundiese en el fracaso. Por otra parte, la vida de aquellas santas mujeres que nos acompañaban y las del anciano matrimonio que nos había dado asilo, podían más que nuestra entereza. No temíamos por nosotros, sino por ellos; y cuando el sutil frío del miedo involuntario corría por nuestras venas, instintivamente acariciábamos con nuestra mano derecha las culatas de las pistolas automáticas.

Eran nuestras salmodias como ese rezo bisbeante que tiene algo de aleteo de moscas, de los penitentes católicos ante el confesor. En las incongruencias de la vida siempre hay un valor latente en el miedo insuperable y un poco de miedo aun en las arrogancias del heroísmo.

Hacia el amanecer, un muchacho alemán, fuerte y lozano, con la energía del que quiere y puede y con la decisión del que sabe a donde va y por qué, exigió su vez para hablar en la Asamblea.



Y el poeta que en su alborear luminoso cantara las rhinianas baladas de amor, nos habló así, de un modo seco, balbuciente, hasta con ruda elocuencia. El vigor de la juventud atropellaba las palabras en sus labios no profanados por la mentira:

—«Hombres, envejecidos por los recuerdos más que por el peso de los años, ¿qué importa a la vida de ahora la vida de lo que fué? Los dioses derribados de sus pedestales y las columnas tronchadas por la metralla de las bombas, aguza vuestro dolor. Nada valen ya ni la armonía de los versos, ni las magníficas y pomposas galas de la retórica destrozada por la fría argumentación de los destructores de ideales.

»A las muchedumbres no les interesa que haya tiernos cantores que se tumben embelesados en los linderos del camino para cantar dolientes al alma de lo que fué. Ni el cautiverio de nuestros hermanos, ni la sangre generosa de los buenos despertarán las simpatías de las multitudes. Un inmenso *spoliarium* aguarda los despojos de los mártires, que no irán al santoral de las olvidadas virtudes, ya que en el estercolero no han de nacer nunca las azucenas de la inmortalidad.

»La inconsciencia amenaza cegar para siempre la fuente fecunda del pensamiento florido y glorioso. A esa terrible revolución habremos de responder con la nuestra: con la revolución de los poetas. Nosotros defenderemos la libertad de los espíritus creadores; nosotros defenderemos los imperiosos derechos de las almas al amor y a la justicia eterna; nosotros conquistaremos la alegría de la vida que florece en la poesía y en las artes y en la ciencia avasalladora y sublimemente atrevida. Nosotros a la dictadura de los irresponsables opondremos la dictadura del pensamiento purificado por la fe y responsable ante Dios y el porvenir, que es inmortalidad.

»Siéntense al borde del camino los caducos, los amilanados, los impotentes. La Poesía ha tiempo que dejó de ser fecunda; pero no es para siempre estéril, y pide alientos de masculinidad. Sobre la hirviente cólera del cráter ha de lucir el sol esplendente que persigue las sombras en las simas y deshace en ríos de plata la nieve de las cumbres. ¡Frente a la dictadura del odio, la dictadura del amor!

»Y, no lo dudeis, vencerán los poetas que hacen versos, y los poetas que prenden con sus pinceles la luz y el movimiento y los colores en sus cuadros, y los poetas que bordan filigranas de ensueños con el cincel, y los poetas que con la ciencia arrancan sus secretos a la Naturaleza inagotable, y los poetas del hogar, que saben que la más delicada flor de la poesía está en la sencillez de las almas.

»Cantad, poetas, al pensamiento victorioso. Repartíos por el mundo, sembrando ideas que granen en espigas de justicia. Llámense como se llamen los tiranos, siempre fueron vencidos por los sembradores de ideas.

»No busquemos la inmortalidad sólo para nuestros nombres. La muchedumbre ha roto los viejos ídolos y no respetará las nuevas huecas estatuas de barro miserable sobre el ara de las olvidadas exaltaciones. Nuestra inmortalidad estará en nuestra obra; y seremos inmortales, con la inmortalidad de la Poesía. Y seremos inmortales, con juventud eterna, en los la-



LOS ASISTENTES AL BANQUETE EN HONOR DEL DRAMATURGO VIDAL Y PLANAS
(Fot. Serrano)

bios que se mueven con un beso apasionado, y en la belleza con que rima el corazón versos y notas, líneas y colores; y en las rosas tempranas y en los panoramas sugestionadores y en el rayo que hiende la montaña y en el niño que sonríe a la vida y en el viejo que cae rendido al peso de su labor inmensa, y en la paz de los pueblos que haciendo un iris de luz con sus banderas multicolores abran sus fronteras a la fraternidad de los hombres.

»Poesía es noble delicadeza de las almas puras. Como apóstoles de la poesía, distribuyámonos por el mundo. ¿Y qué significan nuestras vidas si van en rescate de muchos dolores y de inmensas tristezas que agitan y devoran a la humanidad? Hombres de fe y de justicia: ¡a vuestros puestos de lucha! Tenemos que conquistar la alegría. El mundo nos aguarda!...

Quedó en silencio la sala, y el joven fuerte y lozano se reconcentró pensativo, como si añorara las brumosas riberas del Rhin åmado.

Luego, la jovencita rubia de las lágrimas vengadoras, preguntó a todos:

—¿Jurais sostener la bandera de la Poesía hasta triunfar con ella o morir en la demanda?

—¡Sí!—exclamamos todos, con definitiva firmeza.



La luz indiscreta del amanecer pugnaba por atravesar los enturbiados cristales de las ventanas.

Un viejecito achacoso y temblón, sacerdote católico, dignidad que en él no había excluído el cantar sus anacreónticas al amor y al vino dorado en horacianas elegantes, exclamaba:

—Ya ni decir misa puedo. No dispongo de cáliz, ni de formas que consagrar, ni de ornamentos con que revestirme. Pero es domingo y quiero que la separación nos la bendiga lo que santifica mi fe. Dios me perdone si hago mal; pero de memoria recitaré mi misa, y con el pensamiento supliremos el sacrificio.

Los protestantes y racionalistas nos mirábamos estupefactos. ¿Y cómo negar al viejo sacerdote poeta aquel placer inefable de su religiosidad sincera?

El viejecito sacó una cruz que llevaba oculta junto a su pecho, y la colocó apoyada en la pared, sobre una mesa. Dos bujías humosas completaron el adorno del improvisado altar.

Todos—también los protestantes y racionalistas—nos arrodillamos... y el páter comenzó de memoria a recitar su misa, con la mística sobrenatural entonación que ninguno de nosotros había sabido poner en el recitar de versos.

El patrón que nos albergaba—que es, o era, tan viejecito como el cura—requirió su violin de antiguo virtuoso, aplaudido en las cortes de los extinguidos Imperios.

Unas dulcísimas sonatas de Haydn, tenuamente, vagamente insinuadas, fué acompañando con sus cadencias el recitado de latín que sonaba austero en la sala, como voz de misterio.

Y en aquel pasaje, cuando corresponde alzar la Hostia consagrada ante la adoración de los fieles, el sacerdote elevó a los cielos sus trémulas manos vacías, pero resplandecientes de plateada luz, como en demanda de Eterna Justicia.

Después, donde pertenece elevar el Cáliz de la Nueva Alianza, volvieron a subir temblorosas las vacías manos; mas entonces nos pareció a todos—también a los racionalistas—que de una copa de rutilante oro que la luz nueva de la mañana venía a colocar entre aquellas manos venerables, se desbordaba como en un torrente resplandeciente y rojo la Sangre de la Redención derramada en el Gólgota, y en raudales indescriptibles llegaba a inundar de bondad y amor nuestros corazones...

Han pasado meses desde aquella noche y desde la mañana aquella de la Conjuración de los Poetas; pero aún parece que resuena en mis oídos el hilito de la música tierna y evocadora de la melodía de Gaydn.

. . . .

Mariano López Muñoz.

Grupo de señoritas que postularon en la Fiesta de la Bandera, en Coria del Río, a favor de los hijos del pueblo que se encuentran en Melilla

LA PRUEBA

—¡Te amo apasionadamente!—exclamó Alfredo Barquet.

A otra persona que no fuera la esposa de Barquet esta declaración hubiera podido parecer inesperada.

Hallábase el señor Barquet de sobremesa, ligeramente congestionado por una suculenta y copiosa comida. Fué a sentarse luego en un confortable sillón de terciopelo, junto a la chimenea del comedor. Empezaba a tomar el café y fumaba un exquisito habano.

Minutos antes de su expresiva manifestación de amor parecía hallarse en un estado de plácida beatitud y discurría con el más prosaico buen sentido sobre la cotización de los cambios. Nada en él podía dar idea de una tan vehemente explosión de sensibilidad.

La señora Barquet, que se hallaba sentada al otro lado del hogar, donde el carbón ardía y daba a la estancia rojizo resplandor, no se sorprendió al oir las amorosas palabras de su marido.

Hacía algunos meses que se había casado con Alfredo y él la había acostumbrado a estas declaraciones repetidas, hechas con firme acento y en los instantes en que ella, razonablemente, debía esperarlas.

Un poco desconcertada las primeras veces, la señora Barquet había comprendido que debía contestar en el mismo tono, so pena de ser tachada de indiferente y fría.

El corazón de la señora Barquet debió latir en todo momento al unísono del corazón de su esposo. Este no reconocía a su mujer el derecho de detenerse un instante ni de tener necesidad de un poco de reflexión para secundarle en sus vehemencias amorosas.

Cuando bruscamente y de la manera más imprevista, durante la comida, el paseo, la función teatral, una reunión de sociedad o una conversación familiar y doméstica, él le decía: «¡Te amo!», en voz baja si se encontraban en público y en voz alta si estaban solos, ella debía en el acto modelar su estado de alma sobre el de su marido y debía mostrarse poseída por la misma pasión absoluta, pues de otro modo Alfredo Barquet se afligía creyendo que ella no le amaba tanto como antes le había hecho comprender.

El señor Barquet no se había revelado como un apasionado sentimental antes del matrimonio. Cuando comenzó a enamorar a Luisa, que era viuda y muy bella, él se mostró galante y excéptico, muy sinceramente enamorado sin duda, pero mirando el matrimonio como una agradable situación social, nunca como un abismo de amor.

Luisa, que no había sentido sino un apacible afecto por su primer esposo, de mucha más edad que ella, y que se encontraba dichosa en la vida libre y tranquila de su viudez, creyó al contraer nuevas nupcias que se unía más que a un enamorado romántico y apasionado á un agradable compañero.

Luego, hallando en Alfredo Barquet al amante esposo, se esforzaba en no entristecerle ni contrariarle con sus desatenciones, y en poco tiempo adquirió una presencia de espíritu suficiente para corresponder al amor de Alfredo, manifestándoselo con tales palabras que le convencieran y le hiciesen considerarse feliz.

Desgraciadamente, él no había podido contentarse mucho tiempo con las palabras amorosas de su mujer, y ésta se vió obligada a acostumbrarse a contestar una multitud de preguntas precisas y detalladas sobre el estado de su propio corazón. Indulgente y resignada y turbada también por tanto amor, expresaba lo mejor de sus sentimientos sinceramente, pero hallando esta situación forzada, fastidiosa y banal, pues la obligaba sin justificación posible a exponer su sentir a la orden del marido y en las circuntancias menos propicias.

Y esto no era cuanto podía soliviantar la calma de su espíritu, porque Alfredo, completamente seguro del presente y pensando en fin de ser amado tanto como él amaba, cayó en la pena de ser celoso del primer marido de su mujer.

Durante algún tiempo no se atrevió a dejar percibir este sentimiento, pero le fué imposible dominarlo y lo tuvo que revelar.

Ella, al oirlo, no pudo reprimir un gesto de indiferencia. Los celos de Alfredo no tenían objeto, y así hubo de decírselo.

Alfredo la creyó durante algunas horas, pero después volvió a dudar, pensando que ella mentía por tranquilizarle, mentía para que él no sufriera, pero... mentía. Ella había amado a otro antes de amarle a él y esto le martirizaba.

Alfredo expuso esta idea atormentadora a su mujer; ella procuró disuadirle con toda la convicción de la verdad y él recobró la calma, pero al día siguiente recayó otra vez en sus celos.

Luisa desde que enviudó no había pensado tanto en su marido como le hacía pensar la actitud de Alfredo.

Esta última crisis había comenzado precisamente una semana antes del día en que Alfredo, a la hora del café y después de una conversación sobre la cotización de los cambios, dijo a su mujer:

—¡Te amo apasionadamente!

Luisa al instante le respondió que ella también le amaba apasionada.

Hubo una pausa. Alfredo tomó de nuevo la palabra bruscamente:

—¿Tú no has guardado siempre recuerdo de él?—preguntó con acento grave.

—No, ninguno; bien lo sabes. Te he dicho espontáneamente que no he guardado nada—le respondió.

—Tú me dijiste eso cuando nos casamos—afirmó Alfredo.—Lo dijiste tal vez para complacerme... Yo he pensado eso esta noche pasada en un insomnio... Yo me sentí profundamente entristecido y desdichado... Yo te amo de tal modo... que ya lo ves... Conque nada, no guardas nada; ¿estás segura?

—Nada. Yo te lo juro. Pero... vamos, no empieces otra vez con tus celos, te lo suplico. Yo te confesé con toda sinceridad la situación. Me casé contigo con entera voluntad.

—¿Nada?... ¿Ni siquiera un *bibelot*? ¿Ni una carta?—replicó Alfredo, arrebatado por una idea fija.—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tu semblante se enrojece?—gritó Barquet con insolencia.

Luisa había sentido sobresalto, y, en efecto, enrojeció.

Sí, ella tenía cartas, cartas afectuosas, casi paternales, que su primer marido le escribiera antes de emprender un viaje, poco después de haber contraído matrimonio. ¿Por qué Luisa las había guardado? Ella ni siquiera se lo había podido explicar ni le daba la menor importancia.

Barquet, pálido y temblando de emoción, se puso en pie.

—Tú tienes cartas suyas—gritó.—¡Guardas cartas de otro... y vives conmigo! ¡Y dices que me quieres!...

Luisa nunca le había visto tan furioso. Le dirigió frases en demanda de piedad. No acertaba a comprender, pero le hacía sufrir terriblemente que Alfredo se encontrara celoso de otro hombre que no existía. Previó insoportables escenas y adoptó una resolución rápidamente.

—Espérame—dijo a Alfredo;—vuelvo en seguida.

Luisa salió apresuradamente y volvió a los pocos momentos trayendo en las manos un cofrecito de laca.

—Esto es todo—dijo.—Yo misma me había olvidado de ello.

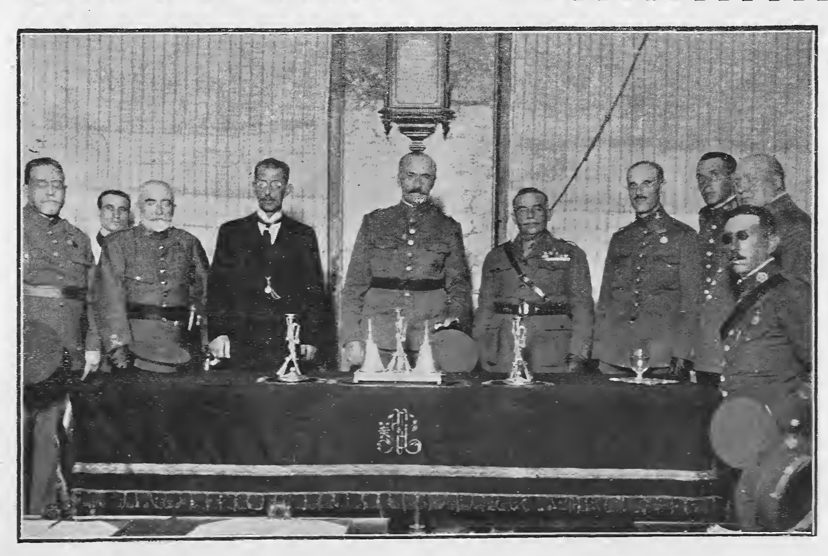
Seguidamente se inclinó sobre la chimenea y abrió el cofrecito, del que vació hasta una docena de cartas, y las arrojó al fuego juntamente con el pequeño cofre. Las llamas lo envolvieron todo.

—Ya lo ves—decía ella.—Puedes estar tranquilo. Ya lo ves.

Alfredo nada dijo al pronto, mirando cómo el cofre y los papeles ardían.

—Sí, ya lo veo—murmuró al fin, dibujando en su rostro contraído una amarga y dolorosa sonrisa.—Sí; ya veo cómo tú quemas sin piedad esas pobres cartas de amor... ¡Ah, no es posible imaginar cómo sabeis olvidar las mujeres y lo poco que somos para vosotras, a pesar de todo nuestro amor!

Federico Boutet.



INAUGURACIÓN DE UN CURSO DE CONFERENCIAS EN EL CASINO MILITAR.-EL INFANTE DON CARLOS EN LA PRESIDENCIA Y A SU DERECHA EL GENERAL VILLALVA, QUE FUÉ EL DISERTANTE (Fot. Serrano.)

LA PATRIA DE COLÓN

EL DESCUBRIDOR DE AMÉRICA NACIÓ EN ESPAÑA

Un español ilustre, don Rafael de la Calzada, que en América y en nuestra España también ha dado irrefragables pruebas de talento y de acendrado patriotismo, acaba de prestar a la verdad histórica un servicio valioso a la vez que ilustra con nuevos timbres de honor la sin par ejecutoria de su patria.

Don Rafael de la Calzada ha reunido en un volumen los antecedentes que halló relativos a la patria del descubridor del Nuevo Mundo, los datos que su perseverante labor investigadora pudo arrancar del olvido y de documentos fehacientes, avalorándolos con deducciones e inducciones lógicas, de su privilegiada inteligencia, para hacer una demostración irrecusable de que el insigne nauta nació en tierra española.

Un año próximamente hará que en algunos periódicos de Sevilla se debatió esta cuestión, afirmándose finalmente que Cristóbal Colón era genovés.

Ahora el libro de don Rafael de la Calzada viene a probar lo contrario y consideramos oportuno recoger aquí sus brillantes razonamientos y sus pruebas.

En el segundo capítulo del volumen que examinamos, el autor habla del misterio que envuelve la cuna de Colón.

Supone que el glorioso navegante concibió la temeraria empresa de encontrar las tierras del Gran Kan, donde se hallaba el Santo Sepulcro, navegando por el «Mar Tenebroso» hacia el Poniente.

Podrá ser o no aventurada esta suposición, como otra no menos digna de crédito que atribuye al célebre almirante de Castilla el propósito de descubrir por mar las tierra que visitó Marco Polo; pero no de otro modo se puede explicar mejor que llamándolas como Colón las llamaba Indias orientales, pensara descubrirlas navegando hacia Occidente.

Afirma luego don Rafael de la Calzada que, fracasados los deseos de Colón en la Corte de Portugal, consideró que para presentarse a los Reyes Católicos eran su patria y su origen un insuperable obstáculo y resolvió ocultarlos.

«¿Que es extraño el hecho?—añade.—Sin duda; pero ya veremos cómo estaba justificado. Además, reconocía precedentes, y en la misma España. El famoso marino Ramón Bonifaz, cuya historia conocía seguramente Colón y que, como éste, llegó a ser Almirante de Castilla, el que a fines del siglo XII conquistó a Sevilla para su rey Fernando III el Santo, se atribuyó la calidad precisamente de genovés en una de sus poesías, en lengua galaica, entonces muy en boga, según puede verse en el *Cancionero de la Vaticana* (1). Pues si eso hizo Ramón Bonifaz, por mera jactancia, ¿qué tiene de particular que lo hiciese Cristóbal Colón, puesto que la necesidad se lo imponía?

No ha de faltar quien diga que tal suposición es una especie de irreverencia a la memoria del Descubridor, pero nada sería más desprovisto de fundamento. La simulación era en él habitual y corriente. No sólo se atribuyó en España una falsa patria, sino que simuló su propio apellido cambiándolo varias veces, como ya se verá, de Colombo en Colom, de Colom en Colomo, de Colomo en Colón, el cual reconoció, al fin, como verdadero. Simuló también el Descubridor, bien que en forma vaga, una ascendencia ilustre, al decir que *no era el primer almirante en su familia,* afirmación falsa, porque, de ser cierta, habría dicho con toda seguridad quiénes eran esos almirantes, sus antecesores, en vez de ocultar empeñosamente su origen.

Durante todo su primer viaje a las Indias, fué engañando hábilmente a la tripulación de las tres carabelas, ocultándole la rapidez con que iban navegando. Véase lo que dice Las Casas refiriéndose a la marcha del 25 de Septiembre, según las notas del Almirante en su Diario de Navegación: «Habrían »andado aquel día al sudueste cuatro leguas y media, y en la »noche al sudueste diez y siete leguas, que son veinte y una, »puesto que decía a la gente trece leguas, porque siempre fin»gía a la gente que hacía poco camino para que no les pare»ciese largo; por manera que escribió *por dos caminos* aquel »viaje, el menor, *fué el fingido,* y el mayor el verdadero». Relatando la marcha del 1.º de Octubre, dice: «...La cuenta me»nor que el Almirante mostraba eran quinientas ochenta y »cuatro leguas (desde la isla de Hierro); pero la verdadera que »el Almirante juzgaba y guardaba eran setecientas siete».

También quiso hacer creer, como caso milagroso, que *Dios le habia hablado,* cuando en su carta de fines de 1500 a Doña Juana de Torres, o de la Torre, ama que había sido del príncipe Don Juan, dice: «Me consoló Nuestro Señor *milagrosamente* y dijo: *esfuerza, no desmayes ni temas*»... Esto está confirmado por su biógrafo don Fernando, el cual refiere que el Almirante, en carta del día siguiente al de Navidad de 1499, escribió: «Entonces me socorrió Nuestro Señor diciéndome: *¡Oh! ¡Hombre de poca fe, no tengas miedo, yo soy!*» (1). De estas palabras se desprende con toda claridad el deseo de Colón de hacer creer *que le habia hablado el mismo Dios,* lo cual podrá aceptar como verdadero quien no tenga inconveniente en creer en el milagro a que se refiere en su carta a doña Juana de Torres.

Su propensión a buscar el éxito por medio de artificios, queda bien de manifiesto en la treta de que se valió para apoderarse del temible cacique Caonabo, de la isla de Cibao. He aquí cómo la describe Humboldt: «La instrucción dada a Mosén Pedro Margarit para atraer al cacique a una celada, es muy notable, y no se distingue, como observa muy oportunamente Washington Irving, por su carácter caballeresco. Después de recomendar a Margarit que corten las narices y las orejas a los indios que roben, *«porque son miembros que no podrán esconder»*, le ordena que envíe a Caonabo hombres astutos con regalos, los cuales le digan *que se tiene mucha gana de su amistad,* halagándole con buenas palabras para que pierda toda desconfianza, y que, una vez cogido, se le ponga una camisa y un cinto para asegurar mejor su persona, porque un hombre desnudo se escapa muy fácilmente» (2).

Pero donde la habilidad de Colón, en materia de simulaciones, se puso de manifiesto en toda su plenitud, fué cuando, en la necesidad de atraerse la sumisión y el acatamiento de los indios de Jamaica, en el cuarto viaje, y aprovechando sus conocimientos astronómicos, convocó a los caciques de aquéllos y a gran número de sus secuaces para anunciarles que la Providencia estaba irritadísima porque no eran leales con él y no le suministraban provisiones, en prueba de lo cual, el cielo se obscurecería y sobrevendrían terribles calamidades. Efectivamente, algunos días después, se produjo un eclipse de luna, los indios se aterraron, besaron las manos y los pies al Descubridor y hasta besaron el suelo, aviniéndose buenamente a cuanto él quiso ordenarles. Refiriendo el caso, dice Fernando que: «el Almirante les dijo que quería hablar un poco »con su Dios y se encerró en tanto que el eclipse crecía y los »indios gritaban que debía ayudarles, y cuando el Almirante

(1) Celso García de la Riega, *Colón, Español,* pág. 4, Madrid, 1914.

(1) *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón,* pág. 310, Madrid, 1914.

(2) Humboldt, *El Descubrimiento de América,* Madrid, 1914, tomo II, página 214.

»reconoció acabarse la creciente del eclipse y que volvería a »aclarar, salió de su cámara diciendo que ya había rogado a »Dios y hecho oración por ellos y que le había prometido »en su nombre que serían buenos en adelante... De allí adelante tuvieron gran cuidado de proveernos de cuanto necesitábamos, alabando continuamente al Dios de los cristia»nos...» (1).

Otros casos de simulación y de artificio podría citar; pero pienso que, con los que dejo referidos, basta y sobra para que se vea que, en el carácter del Descubridor, entraba la ficción como un recurso que nada tenía de censurable. Y conste que todo lo dicho resulta de sus propias cartas, de su Diario de Navegación, de la biografía escrita por Fernando, en fin, de fuentes todas ellas seguras y nada sospechosas. Coincidiendo con esta elemental apreciación, dice Humboldt que «la ambi»ción y el amor a la gloria, le hacían buscar todos los medios »para herir la imaginación y producir grandes esperanzas», en lo cual tenía que entrar la ficción como parte principalísima (2). ¿Que todo ello le fué necesario para la realización de su empresa? ¿Que sin esos recursos, modelo de habilidad y de previsión, no hubiera descubierto el nuevo mundo o tal vez hubiese perecido? Es bien posible, y quien se atreva a censurarle, creyéndose impecable, que arroje la primera piedra. Lo más seguro es que, en su caso, serían muy contados los que no hubiesen hecho lo propio. El llevaba en su espíritu un ideal, una grande ambición, y los caminos para realizarlos, eran lo de menos. Y es así como la humanidad, salvo en casos rarísimos, procede siempre.

El insigne sabio italiano César Lombroso publicó un admirable estudio psicológico sobre Colón, por el año de 1900, demostrando que, con tal de alcanzar sus fines, era capaz de las más estupendas supercherías. He aquí lo que, entre otras muchas cosas, dice el eminente psiquiatra (3): «Como acon»tece a los psicópatas, Colón carecía de sentido moral, mucho »más que el hombre medio, aun de su época»... El hábito de »la mentira científica le era familiar»... «Mentira es, ante todo, »lo que dice de la impresión que produjo en Juan II de Portu»gal, cuando se le presentó con su proyecto... En su corres»pondencia oficial, continuó siempre mintiendo; decía que ha»bía encontrado especias en abundancia y ríos que arrastraban »oro, lo cual era una falsedad (4); y mintió cuando afirmó que »había navegado todo el Levante y el Poniente. Mentía cuando »decía que durante siete años lo había rechazado todo el mun»do». El sabio italiano considera a Colón como un verdadero monomaníaco, un «paranoico, hombre de fortísima voluntad, »cuyo intelecto, no en mucho superior al término medio de »los demás, llegó a hipertrofiarse, a crecer por el fermento de »la locura».

Al año siguiente de publicado este estudio en uno de los grandes diarios de Buenos Aires, enteraba yo en Turín a Lombroso, que me honró con su estimación, en presencia de su hijo político el ilustre historiador Guillermo Ferrero, el cual ignoro si fijó en ello su atención, de que había en España quien sostuviese que Colón era español, y no italiano, lo cual no pareció sorprenderle; e interrogado por mí si creía posible que el Descubridor hubiese simulado su patria buscando facilitar así la realización de sus planes, me contestó sin vacilar: «Si le convenía, o le era necesario, es lo menos que pudo haber hecho». Es, pues, forzoso, dejar de lado todo escrúpulo a este respecto, ante la autoridad del sabio eminente, que juzgaba a «su compatriota» en esta forma, a la luz de la ciencia, sin que nos preocupemos de las exageraciones de aquellos que, como el célebre escritor Roselly de Lorgues, defendieron su santidad, sosteniendo a todo trance la necesidad de canonizarle y ponerle en los altares (1). El mejor altar para Colón, es la admiración del mundo entero, sean cuales hayan sido sus virtudes, o sus defectos, los cuales reconoció al llamarse «pecador gravísimo». Por de pronto, sin él saberlo, sin presentirlo siquiera, al poner su planta en América, donde habían de formarse nuevos pueblos, sin rancias tradiciones, ni estirpes de origen divino, hirió de muerte las viejas autocracias, y asentó para siempre entre los hombres el imperio de la libertad; y ya fuesen su audacia o su avaricia, o su fe, o su genio, o todo ello a la vez, los que le empujaron a su empresa, eso es lo de menos. El descubrió la América, y asunto concluído.

Por de pronto, lo indudable es que Colón, aun diciéndose genovés en el documento recordado, hizo siempre de su cuna un misterio, y así lo reconoce su hijo y biógrafo Fernando en su libro *Vida del Almirante,* cuando dice: «De modo que »cuanto fué su persona a propósito y adornada de todo aque»llo que convenía para tan gran hecho, TANTO MENOS CONO»CIDO Y CIERTO QUISO QUE FUESEN SU ORIGEN Y PATRIA; y »así algunos que de cierta manera quieren obscurecer su fama, »dicen que fué de Nervi, otros de Cugúreo, otros de Bugiasco; »otros que quieren exaltarle más dicen que era de Saona y »otros *genovés,* y algunos, *saltando más sobre el viento,* le »hacen natural de Placencia» (2). Tenemos, entonces, según el propio hijo del Almirante, que no solamente hacía éste un misterio de su patria, sino que no era de ninguno de los pueblos donde se le suponía nacido, incluso la misma Génova.

A esta negativa tan terminante de Fernando Colón de que su padre fuese genovés, aunque, pareciendo rectificar, le llame *ginovés* en alguna parte de su biografía, refiriéndose necesariamente a lo dicho por él, se agrega que casi ninguno de los historiadores del descubrimiento lo toma en serio. ¿Por qué? Han de haber existido para ello muy poderosas razones que nadie se atrevió probablemente a exponer, por no pasar éstas de meras sospechas y no tener en qué fundarlas. Desde luego, los cuatro grandes historiadores que le conocieron y trataron fueron Pedro Mártir de Anghiera (Anglería), Andrés Bernáldez, Fernández de Oviedo y el famoso P. las Casas, que tuvo con él la mayor intimidad; y debo hacer notar que ninguno de ellos afirma que Colón fuese genovés, por haber tenido a la vista documento alguno que lo comprobase o, cuando menos, porque él se lo hubiese dicho. Bernáldez le llama en un lugar «hombre de Génova» y dice en otro que era «milanés»; y en cuanto a las Casas, el historiador que tuvo en su poder, según dejó escrito, el mayor número de documentos del Descubridor, que fué su verdadero confidente, se limita a decir que era de *nacionalidad genovesa,* sin mentar el punto de su nacimiento.

---

(1) Fernando Colón, *Vida del Almirante D. Cristóbal Colón,* capítulo CIII.

(2) A. de Humboldt, *El Descubrimiento de América,* tomo II, capítulo XII.

(3) César Lombroso, *La psicologia de Cristóbal Colón,* «La Nación», Buenos Aires, Marzo 1.º de 1900.

(4) En la carta que Colón dirigió al Papa Alejandro VI, en Febrero de 1502, le ofrecía 50.000 infantes y 5.000 caballos, durante siete años, que podrían ampliarse al doble, por cinco más, para reconquistar el Santo Sepulcro. Ya entonces valuaba «el producto anual del oro en *ciento veinte quintales»;* y en su carta a Doña Juana de Torres le dice: «Las perlas mandé ayuntar y »pescar a la gente con quien quedó el concierto de mi vuelta por ellas, y a »mi comprender *a medida de fanega»!*

En la hoja suelta escrita por Colón en 1500, que se conserva en el archivo del duque de Veragua, dice, refiriéndose a los Reyes: «Allá he puesto so »su señorío más tierra que non es Africa y Europa y *más de mil y sietecientas islas».* En la carta al Pontífice, habla de «mil e quatrocientas».

(1) Roselly de Lorgues, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón.* La apasionada defensa que hizo el conde Roselly de Lorgues de la santidad de Colón, fué, sin duda, lo que indujo al cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, a incoar ante la Sagrada Congregación de Ritos, el expediente para la beatificación del Descubridor, en vista de las grandes ventajas que de ello resultarían para la Iglesia, con el aplauso del Sacro Colegio y de muchos prelados de ambos mundos.

(2) Fernando Colón, *La vida del Almirante,* cap. I.

(Continuará).

LA MUERTE DE LAS CAMPANILLAS

A mi fraternal amigo don Manuel Contreras Carrión.

¡Campanillas azules
que de mi jardín sois gala,
mientras os mecen, festivas,
las brisas de la mañana,
pretendiendo con el tibio,
leve soplo de sus alas,
librar de los fieros rayos
de un sol de julio, que abrasa,
el riquísimo tesoro
que la noche enamorada,
en vuestras corolas puso
de zafiros y esmeraldas!

Cuando os contemplo rientes,
puras, hermosas, lozanas,
junto a la acequia que borda
la margen de vuestras plantas,
que allá en la fuente vecina,
de rosales coronada,
con afanoso deleite,
se nutren de fresca savia,
a compasión me moveis,
porque juzgo la batalla
con que el céfiro os defiende,
loco empeño, empresa vana.

¿De qué os servirá el aliento
apacible de las auras,
contra el rigor despiadado
de un sol estival? De nada.

Al fin, al mediar el día,
en unas mortales ansias,
plegareis vuestras corolas,
perdereis vuestra fragancia,
quedarán mustios los tallos
en que os mostrábais ufanas,
y aquel divino tesoro
que vuestros senos guardaran,
como mágico presente
de la noche enamorada,
ascenderá al infinito,
llevándose vuestras almas.

Manuel Calvo Araujo.



EN EL HOSPITAL DE SANGRE DE SAN TELMO

(Fot. Serrano.)

CARLOS BAUDELAIRE

Los jóvenes de hoy, que vivimos tan apartados de Baudelaire, hemos sentido gravitar sobre nosotros la influencia del creador de «Los paraísos artificiales».

Los jóvenes de hoy, que apenas si fuman y beben un vaso de vino por la tarde, no se dan cuenta del valor de una literatura que pudiéramos llamar alcaloidal, de una forma de expresión que participa de todas las excitaciones producidas por los alcaloides. El orden y la sensatez han entrado en la literatura; la falta de seso hace el resto de la obra.

Por otro lado, la imbecilidad se encarga de completar el cuadro; ejemplo, los ultraístas. Las sirenas se han cansado de cantar para que las oigan los poetas; el poeta ya no se atreve a nada y se cuida muy bien de no quedarse dormido en la orilla para no coger un enfriamiento por la madrugada.

Ahora los poetas nos cansan con majaderías escritas al estilo clásico o con una serie de palabras absurdas, colocadas unas detrás de otras.

Creen que así asombran a las personas de orden, a los señores formales; pero lo único que consiguen los ultraístas es la rechifla general. Se compran sus revistas para pasar un rato de broma. Si los ultraístas llevaran al teatro su literatura, pronto vería Muñoz Seca disminuir sus ingresos.

❁ ❁ ❁

Baudelaire ilumina el arte con los rayos dorados del sol de Oriente. Su mirada melancólica se dirige hacia las máximas exaltaciones de la luz y del color, para interpretarlas después con palabras de un espejismo peligroso. De su arte se desprende un perfume sensual que nos daña la médula. Sus paisajes exóticos tienen un prodigioso relieve, conseguido gracias a un artificio de brujo que conoce todo el valor sugeridor de vocablos. Toda su literatura puede compararse a una mosca venenosa salida de un sepulcro y que ha venido a posarse en nuestra mano, deleitándonos la vista con sus maravillosos colores de reflejos metálicos. Los cristales de su linterna mágica, atravesados por una luz naranja, proyectan un país de ensueño, un mundo lejano y encantado.

Y por toda su obra pasa una sutil ironía, el dejo amargo de un hombre que sólo piensa ya en buscar una nueva droga que le haga soportable la vida.

❁ ❁ ❁

Era Baudelaire un refinado de la cultura, atento siempre a lo moderno y depurado interpretador de lo antiguo. Dió a conocer en Francia el arte de Wagner y fué el primer traductor de Edgard Poe. No tenía fe en ningún ideal ni entusiasmo por ningún libro. Buscaba las sensaciones y no las ideas; el arte era para él sugeridor de sensaciones, sin importarle lo demás. En la copa mejor cincelada ofreció el más peligroso de los licores, infiltrando poco a poco en los jóvenes el desprecio hacia las conveniencias, el amor a toda clase de delirios. «Las flores del Mal» tienen un perfume malsano con el que todos nos deleitamos perversamente. Existen allí mil posibilidades cuyos gérmenes desarrolla cada uno después en las ocasiones que le ofrece la vida. El hombre culto no puede prescindir ya de Bandelaire, que se ha hecho necesario como *bout-en-train*. Esto nos enseña, más claramente que nada, el fondo de tristeza del alma moderna.

L. C. Mariani.



EN EL HOSPITAL DE SANGRE DE SAN TELMO — Fot. Serrano.

LA EXPOSICIÓN



LA INFANTA D.ª LUISA CON OTRAS DAMAS ENFERMERAS DE LA CRUZ ROJA EN MELILLA

(Fot. Serrano.)

30 Octubre 1921

20 céntimos

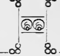
Antigua Casa Izquierdo y C.ª, Velázquez, 6.-SEVILLA.-Teléfono 903

31 Octubre 1921 AÑO XI.-NÚM. 173

LA EXPOSICIÓN

SECCIÓN LITERARIA
Director: A. Rodríguez de León

DIRECTOR
RAMIRO J. GUARDDON



SECCIÓN ARTÍSTICA
Director: Juan Lafita

A TRAVÉS DE LA ACTUALIDAD

MELPÓMENE CON CARCAJADAS...

Sobre el tablado polvoriento de uno de los teatros populacheros de Sevilla se ha intentado erguir, con atisbos de sainete ridículo, la magna tragedia de Monte-Arruit. Ante aquel panorama de mezquina tramoya nos hemos extremecido de ira y de dolor.

La crisis del sentimiento se acentúa, no sólo en las multitudes, sino aun en los individuos. Lo hemos comprobado con una sucesión de hechos aislados que nos dieron a pensar si ello proviene de la transformación espiritual de los pueblos con las ráfagas de utilitarismo de la post-guerra, o con esta convulsión de sangre y espanto que desde Marruecos, asolando a España, ha embotado los corazones para todo destello de humanismo sano, fuerte y vigoroso...

La nación se ha desbordado en patriotismo, acudiendo con su carne y con su oro a nutrir las avaras y foscas tierras mogrebinas, pero... nunca faltan los agoreros cuervos, que arrastran su graznido como una letanía bárbara de presbíteros, que quieren hacer presa en las piltrafas sagradas y aún calientes de nuestros hijos o nuestros hermanos; ni faltan los mercachifles de la oportunidad, que ajenos a toda ráfaga de sentimentalismo, hacen comercio de las desgracias nacionales por el halago de unos aplausos insconscientes y por el obsequio de unos dineros sin estímulo.

Las tragedias, los dramas, las desventuras nacionales, cuando tienen todo el supremo y desconcertante dolor de Monte-Arruit, no pueden llevarse a la escena con recursos grotescos y notas de pobretería sentimental, con bufonadas de circo y llanto de cocodrilo, porque más que exaltar noblemente, lo que hacen es escarnio de la patria que sangra, de la patria que se retuerce de agonía en la tenebrosidad de tantos hogares de luto y de abandono...

Las tragedias nacionales han de llevarse a la escena aureoladas por el prestigio del genio, culminantes en toda su fuerza heroica, con relieves de luz y blasones de abnegados fervores íntimos; han de llevarse a la escena limpias de toda mácula, de toda impureza, con exaltaciones de honor, con retumbancias sonoras y como ritmo interior un suave aire frío de respeto, de dolor, de amargura infinita, máxime cuando en la visión lancinante de Monte-Arruit la tragedia alcanzaba su máximo poder terrible, más fuerte de espanto que todas las matanzas bíblicas...

La misión del arte es augusta. Ha de dignificar y ennoblecer; pero cuando la epopeya a glosar está tan dignificada y ennoblecida por sí misma como la de Monte-Arruit, el arte ha de superar toda ponderación, escalando las simas de la sublimidad. Lo contrario sería irreverente e irrespetuoso. Y eso ha ocurrido y

eso ocurre precisamente en ese descalabro escenificado, que se tambalea grotesco y trágico—trágico-grotesco sobre la ignorancia común, sobre la inconsciencia general, para llevar unos tristes dineros a estos Pantalones del arte, a los que no les importa jugar con los adversos destinos patrios si ese juego les consigue unos aplausos, unos adjetivos de loor de la prensa servil y unos ingresos respetables...

Monte-Arruit, cuya sola evocación nos conturba el ánimo con pavor dolorido, y cuyas letras encierran tanto grito de angustia y sangre de mártir; fosa interminable, donde con unos miles de leones se enterró un horror y un error más de la civilización; osario glorioso de nuestros hermanos asesinados a traición, no se sabe si por los moros o por la ineptitud de los Gobiernos; campo de maldición y de crueldad, de lágrimas y desolaciones, donde floreció, con toda su bárbara apoteosis delirante, el drama formidable de un pueblo perennemente abnegado, en una abnegación tan estéril como generosa; Monte-Arruit, en suma, cifra, resumen y compendio de todos los estertores, de todas las imprecaciones, de todos los ayes, de todos los duelos, de todos los escarnios, de todas las agonías, donde el ambiente se fraguó con el rugir de una raza acorralada, vendida, como si en aquella vasta sinfonía de dolor, la tragedia hiciera vibrar su cordaje macabro y siniestro... Monte-Arruit, repetimos, ha sido el tema y el nombre de unas escenas con oropeles de guardarropía, anzuelo de incautos, donde la osada mediocridad de unos perseguidores del arte han sorprendido a Sevilla, que de confiada y de ingenua no vislumbra lo rídiculo de ese pretensionismo, que en su afán de explotar la actualidad, hizo de una llaga viva en el corazón de España, vertedero de una «salmuera» con música y con carcajadas de delirio incivil...

Monte-Arruit es un dolor, y como a tal dolor debemos respetar. No merece perdón ni disculpa quien sirviéndose de su triste celebridad, haya pretendido dedicarle unas escenas de sainete, alternadas con lágrimas de ocasión, para embaucar a las muchedumbres confiadas, sumisas e ignorantes. ¡Como si la vida no nos sirviera otros elementos de observación y de glosa a cada cinco minutos!...

Lector: Sobre la tumba ennoblecida de unos hombres que fueron los héroes de la desventura, unos mercachifles del Arte han irrumpido con unas piruetas grotescas y con unas palabras de bufonada...

¡La profanación no debiera quedar sin castigo!...



EL GOBERNADOR CIVIL, SEÑOR DURÁN, EN SU VISITA AL ASILO DE SAN FERNANDO

FANTASÍA

ILUSIÓN ROTA

Realidad...
Envuelta en un velo de paz y ventura,
en la tarde rosa, dorada y violeta
de rojo horizonte, de limpio cristal,
cruzó por el parque la maga criatura,
envuelta en los pliegues de fino cendal.

OOO

Una mariposa con alas azules,
cual la luz serena de sus lindos ojos,
posóse gozosa sobre la azucena
de su pura frente, sin penas ni enojos
y besó su carne de santa y de reina,
volando de nuevo sin rumbo...
Al azar...

OOO

Dos perlas de plata brotaron del fondo
de las transparentes pupilas de cielo,
de la niña aquella del fino cendal.

OOO

Y aquellas dos perlas que de las turquesas
de los bellos ojos brotaron...
¡Quizás...!
fueron hasta el fondo de la fuente triste
que cuenta sus penas... que canta su mal...

OOO

Y le arrebataron a aquellas mejillas
un leve reflejo de ardiente rubí,
delicado beso que le da la vida
las huellas seguras de intenso vivir.

OOO

Medrosa recorre el parque encantado,
buscando al insecto de color azul
que besó su frente de puro alabastro
y olvidó sus ojos de cándida luz.
Allá...
fué la mariposa en delicado vuelo
cerca de la fuente de piedra y cristal,
a posar sus alas de azul terciopelo,
a ocultar bellezas...
¡Oh sueño fugaz!

OOO

No corras, hermosa, allá a la espesura,
que en el rojo intenso de una rosa ví
a la mariposa que amas locamente
entre finas hojas tranquila dormir...

OOO

¡Por fin!...
descubriste su cama olorosa
de nácar, de sangre, raso camersí,
tocaste sus alas de seda celeste
con tu mano fina de rosa y marfil.
Polvo...
No pudo escaparse del dulce verdugo
y en la flor oculta del tierno rosal,
murió aquel insecto, cual las ilusiones
cuando se convierten en vil realidad.

OOO

Azabache y plata es el universo
en el techo triste de la tierra oscura...
sigue el canto lento allá en la espesura
del parque, en la fuente de plata y cristal...

Cecilia G. de Cosa



LA INFANTA DOÑA LUISA HABLANDO, EN MELILLA, CON EL SEÑOR PIÑAL, PRESIDENTE DE LA COMISIÓN QUE FUÉ A OBSEQUIAR A LOS SOLDADOS SEVILLANOS

GLOSARIO SENTIMENTAL

Para ti, María de las Angustias; que has hecho brotar en mi corazón este apasionado ideal.

PAZ

Yo tengo una esperanza en esta vida
que me alumbra un camino refulgente,
que perfuma de ensueños mi existencia
y mis horas divierte...
Yo quiero en una casa blanca y limpia
encerrar mi destino para siempre;
irme lejos del mundo sanguinario
contigo solamente.
Y vivir en la calma de esa quinta,
cercada de rosales y de fuentes,
donde canten las aves más gallardas
sus trovas más alegres.
Donde todo respire la pureza
del olor sazonado de las mieses;
y no tengan asiento las maldades
que en la ciudad nos muerden...
Donde al fin una boca juguetona,
como fruto bendito de tu vientre,
como lazo que uniera nuestras almas
con cariño nos bese.

Fernando Labrador y Calonge.

PROSAS DE AMOR Y DE SINCERIDAD

LA ELEGIA DE MI MANO IZQUIERDA

I

Me inspira lástima mi mano izquierda.

Mi mano izquierda es ociosa, y, en su ociosidad, no ha sabido más que pulirse y acicalarse.

Mi mano izquierda es torpe, muy torpe...

Y viciosa.

Y vanidosa.

Viciosa, porque sólo sabe aprisionar entre sus dedos el cigarrillo...

Vanidosa, porque exhibe pomposamente la sortija, donde duerme su sueño de irisadas atracciones, una amatista de leyenda.

Es pulida como una novia, y como una novia, comedida y discreta.

Es blanca, con una blancura rosácea, como una monjita joven.

Es aristocrática en compensación de la plebeyez de su hermana la derecha, la trabajadora, la activa, la incansable...

¡Pobre de mi mano izquierda que no me sirve para nada útil!...

II

Mi mano izquierda es sentimental y sensitiva...

Quizá porque esté del lado del corazón.

Y tiene actitudes y gestos de suprema elegancia, de enfermizas laxitudes.

Y desmayos de Salomé.

Es blanda como un arrullo de tórtolas en celo.

Y mimosa.

Y femenina.

III

Pero torpe, muy torpe.

Cuando ante ella se abrieron, como una flor, las carnes tibias de una deseada, tembló.

Y al acariciar, fué tarda.

Unas veces, como emocionada ante la mostración súbita de tanta belleza divina y perversa.

Otras, como queriendo prolongar el momento magno de poseer.

IV

En algunos instantes:

Se elevó, como una flor epitalámica, a los cielos...

En una lentitud eucarística...

En una armonía cálida de cinco petálos languidecentes...

Como si orara.

Como si oficiara.

Como si suplicara ..



LA INFANTA DOÑA LUISA Y VARIOS INDIVIDUOS DE LA COMISION QUE FUE A AQUELLA PLAZA A OBSEQUIAR A LOS SOLDADOS



LA INFANTA DOÑA LUISA CON OTRAS DAMAS ENFERMERAS DE LA CRUZ ROJA EN MELILLA

V

Cuando todo mi sér trema arrobado, porque Ella, la mujer del momento, suplica el despojo de sus gasas y sus sedas...

Mi mano izquierda no acierta a complacerla, complaciéndome a la vez...

Y los broches de la veste son un obstáculo—¡divino tormento!—a hacer surgir la belleza, como surgiera Venus de la espuma...

Y es entonces cuando mi mano derecha desgarra en impaciencias locas...

Y mi mano izquierda, derrotada y humillada, colabora en la obra por no aceptar cobardemente su impotencia.

Y es más torpe todavía ante el rudo y franco adiestramiento de su hermana...

Y, caída a lo largo de mi cuerpo, parece llorar todo su calvario de ineptitudes.

VI

Mi mano izquierda es como una incurable enferma de sensiblería.

Y romanticismo.

Y refinamiento.

Su hermana le ayuda con la clara audacia de los elegidos.

Compadecida, tal vez de las delicadezas de la otra...

Y de sus suavidades crepusculares...

Y de sus desmayos silentes...

VII

Mi mano izquierda es el complemento, mejor, el aditamento de una labor de estética.

Y aun cuando es vecina del corazón, cuando el corazón llora de dolor o brinca de júbilo, mi mano izquierda no sabe, como su hermana, posarse sobre el pecho, moderando la exaltación del que sufre o se alegra...

Y, cuando el corazón amando, promete, es también su hermana la que signa en cruz el juramento que dijeron los labios...

Y es su hermana, asimismo, la que enjuga mis lágrimas...

Y las de Ella...

VIII

¡Oh, el dolor de mi mano izquierda, que, en sus refinamientos, no me sirvió ni aun para acariciar...

SÍMBOLO

En la vida, en los hijos, suele repetirse esta elegía de mi mano.

Y así suele haber: el hijo señoritín y vicioso, cuidado y enfermizo, contraste del hermano rudo y franco, leal y laborioso, que lleva con su amor y su trabajo, la paz de todas las conquistas del hogar...

Y los dos se aman...

Exactamente igual que mis manos...

A. Rodríguez de León.

=EN LOS DOMINIOS DEL MISTERIO=

Habían pasado esas primeras horas de la mañana, llenas de ruídos molestos, que en las fondas y hoteles constituyen el martirio primero que han de sufrir los huéspedes al comenzar un nuevo día. A mi habitación apenas llegaban otros rumores que los lejanos de la calle. Aprovechando un oasis de calma me había quedado nuevamente dormido. En la fonda modesta que me servía de hospedaje habían enmudecido milagrosamente las impudentes frejerías, parlanchinas y ruidosas en el tempranero tragín.

—¡Eh! ¡Arriba!... Vístase y acompáñeme... Le necesito.

Así gritaba—despertándome—el estudioso doctor Solís, mi amigo.

—¡Pronto!... El asunto apremia... Le necesito... Le necesito.

La cordialísima amistad que me unía, que aún me une al doctor Solís, al pobre loco cautivo ahora en un Manicomio, justificaba lo intempestivo de la visita y los apremios de aquel requerimiento imperioso.

Y no hubo otra solución que complacerle.

¿Quién hubiera creído en esa mañana que el joven médico había perdido la razón, o por lo menos que daba sus primeros pasos dentro de los linderos de la locura?

Ya en la calle, picado por la curiosidad, no pude contener esta pregunta:

—¿A dónde vamos?

—Al Juzgado de guardia.

—¿Eh?

—Al Juzgado.

«Bueno—me dije, resignado—veremos en qué y cómo termina esta aventura.»

Y cuando llegamos a la oficina donde se condensan en folios las investigaciones judiciales, mi amigo se dirigió con voz temblorosa a un alguacil, diciéndole:

—Avisad al juez de guardia, que queremos hablar con él acerca del asesinato cometido anoche.

El alguacil se apresuró a cumplir tan sorprendente encargo.

Yo, en tanto, me creía dominado por tremenda pesadilla: ¿Sería cosa de que yo—¡yo!—siguiese dormido en la cama crugiente de la fonda, y que aquella excursión matinal fuese parte de un sueño disparatado? ¿Qué crimen sería aquel de que yo había de hablar con el representante de la humana justicia en funciones inquisitivas?

—El señor juez me dice que pasen ustedes a su despacho.

. . . .

—¿Se puede?

—Adelante.

—Ustedes dirán en qué...

El doctor Solís no dejó que el juez concluyera.

—Yo, solamente yo—le dijo—soy el que tengo que hablar con usía. Este amigo mío ha atendido mi deseo de que alguien que represente un gran afecto esté a mi lado en estos momentos de horror. Necesito que ese alguien muy amigo, muy amigo, me acompañe para sostenerme en trance en que el dolor aniquila mis fuerzas.

El juez, hombre sereno y de empaque presuntuoso, nos miraba con extrañeza no exenta de inquietud.

—Acabo de leer los relatos que la prensa de la mañana ha publicado acerca del crimen cometido en el estudio del pintor Ruiz Pérez. *Aurea*—la deliciosa cancionista—no era aún su amante. Ruiz Pérez ni tenía agravios que vengar ni celos que le ofuscaran. El pintor es inocente del crimen que se le imputa. Yo, yo—señor juez—yo soy el asesino.

Y todo esto lo había ido Solís diciendo con voz reconcentrada, angustiosa.

El juez, con una expresiva mirada llena de compasión, quería así, como decirme:

—Sí, caballero, ya estoy al cabo de lo que ocurre: este desgraciado está loco; pero ¿cómo se ha atrevido usted a traerme tan enojosa visita?

Yo comprendía la mirada del juez y no sabía qué contestarle.

Luego, el severo ministro de la justicia augusta, frunció el ceño, fué contrayendo los músculos de la preocupación en su rostro, como pensando esta cosa desagradable:

—Ante mi presencia está un loco. Hecho indudable. ¿Pero en vez de uno solo, serán dos los que han llegado a perturbarme el desayuno?

Y tan diáfana meditación del servidor de Themis me puso la carne de gallina. La verdad es que la aventura tenía ya muy poco de agradable.

Tímidamente expliqué mi presencia en el Juzgado, con aquel salto impensado desde la cama de una fonda de cuarto orden a la presencia del funcionario que velaba por la sociedad intangible.

—¡Yo soy el asesino!—repetía el doctor Solís.

Y el juez y yo, tomando el caso por lo pintoresco de su aspecto, decidimos escuchar al «asesino».

Antes, discretamente, el juez me había ido pasando los diarios locales. En ninguno aparecía el relato del crimen sensacional. El desdichado loco seguía viendo entre las columnas de información la referencia detallada de un crimen pasional, cometido la noche antes.

Aurea, la famosa cancionista, había sido asesinada por su amante el pintor Ruiz Pérez. Tal era el notición que el loco pretendía ver donde nosotros sólo encontrábamos noticias vulgares de la vida cotidiana.

Nos hallábamos ante un caso de sugestión interesantísima, porque el joven médico se obstinaba en repetir:

—La noticia es falsa, la imputación es calumniosa. ¡Yo, sólo yo, soy el asesino!

Y aunque el juez no había tenido que actuar la víspera con motivo de ningún crimen, ¿qué otra determinación podía adoptarse que la de seguir escuchando al loco atormentado por el remordimiento de un delito que no había existido?

—Hable usted.

Una curiosidad malsana me llevó al estudio del doctor argentino, que en estas últimas semanas ha estado sorprendiendo a los hombres de ciencia con sus experimentos hipnóticos aplicados a la visión de cosas ocultas. La cuarta dimensión no podía ser ya un misterio. Lo que la tosquedad y torpeza de nuestros sentidos no logra advertir, consigue apreciarlo el pensamiento, desintegrado de la esclavitud de los medios carnales de conocimiento.

El cerebro es un tremendo almacén de energías. La potencialidad del pensamiento actuando como fuerza motriz, es incalculable. Ya el caso presentido por el novelista yanqui, describiendo automóviles y motocicletas movidos por la fuerza impulsiva de los pensamientos de sus ocupantes; ya se puede asegurar que ha venido a ser una realidad científica, por extraordinaria que parezca.

Y a la radioactividad del pensamiento corresponde obligadamente una forma definitiva de actuación de las energías mentales, con dirección constante, precisa, determinada y, por tanto, de plena conciencia, que denominamos radiotelepatismo.

Sabido esto, comprenderemos que la sugestión hipnótica viene a constituir un desligamiento espiritual y una sublimación mental que permite que los hechos dispuestos por una voluntad se realicen a distancias inaccesibles a los sentidos y a través de toda clase de obstáculos materiales.

El doctor argentino ha llegado a hacer un formidable escándalo en este orden de investigaciones científicas.

Ya he dicho que la curiosidad malsana me llevó a su gabinete de estudio.

Indudablemente poseen los cuerpos, todos los cuerpos, magnitudes que nos son desconocidas. Sabemos del alto, del largo y del ancho de las cosas. Las tres magnitudes geométricas las vemos, las apreciamos por los toscos sentidos; pero ¿no tienen los cuerpos otras dimensiones misteriosas que los entrelazan en el misterio y que les dan formas y aspectos que no pueden percibir más que las miradas privilegiadas de los mediums?

Yo, un poco incrédulo, dudaba, y dudaba sistemáticamente acaso, ante los más prodigiosos experimentos realizados por el doctor argentino y sus mediums.

Siempre más, y siempre la misma duda.

Entonces el doctor argentino se dispuso a realizar el más concluyente y abrumador de sus experimentos.

—Piense usted—me dijo—en el más grande amor de su alma y en el objeto de ese amor. Si quiere saber de la mujer que ama, de la esposa, de la amante, mande al mediums y él, por usted, irá viendo y le irá a usted diciendo cuanto esa mujer haga y piense...

Yo, reía incrédulo.

—¿Aún duda?—preguntó el argentino.

—Sí—contesté.

—¿Tiene fe absoluta en la fidelidad de su amada... o de su amante?

—¡Sí!

—Pues bien, si esa mujer le engaña podrá, desde aquí, matarla por el rencor vengativo de sus celos. Mande al mediums... y éste le obedecerá.

¡Y mandé!... y *Aurea*, la traidora, murió en los brazos de su amante.

El mediums, en un doloroso paroxismo, fué detallando la escena entre el horror de los que la presenciamos...

—¿Y el doctor argentino?—preguntó con sorna el juez, interrumpiendo el relato.

—¡Ha huído!

—¿Y el mediums?

—No conserva memoria de lo que ve y hace durante el sueño hipnótieo.

—¿Entonces?—exclamó sonriente el juez.

En este momento penetró en la sala el alguacil, portador de un pliego de la Jefatura de policía.

Se avisaba al juez que en la noche anterior se había cometido un crimen.

El presunto autor no podía explicarse lo ocurrido. No había vuelto a su gabinete—decía—desde la noche antes, en que se había despedido allí de una mujer bellísima, con quien había departido amigablemente. El salió primero. Luego debía salir ella, que poseía también una llave del piso. Al regresar él después de unas horas de orgía, había encontrado en una de sus habitaciones, estrangulada, a su amante. Todo esto parece una burla coartada, con la que pretende eludir su responsabilidad en el delito. El es un notable artista pintor... la víctima es la famosa cancionista *Aurea*.

—¡Y yo, yo, sólo yo, soy el asesino!—gritaba el doctor Solís.

—¿Entonces?—pregunté angustiado al juez que estupefacto perdía su empaque de persona presuntuosa.

. . . .

Mariano López Muñoz.

PARNASO

LA ESTATUA QUE LLORA

Sobre gallarda base de granito
álzase esbelta la genial figura
de insigne campeón. Egregio artista
concibió, al modelarla, el loco empeño
de competir con las famosas obras
de Fidias, el maestro soberano.
Dió a su mirada audacia; a su semblante,
dura expresión; a su actitud, la inquieta
marcial postura del que atento aguarda
con impaciencia que el clarín guerrero
vibre estridente y a la lid convoque.
Saliente el pecho, la cabeza erguida,
la diestra asida al puño de la espada,
quiso simbolizar el estatuario
en aquella creación severa y ruda,
de un pueblo belicoso las proezas.
Es fama que en pretéritas edades,
congregados allí nobles y ancianos,
henchida el alma de entusiasmo, honraban,
recitando romances y canciones,
del gran candillo los gloriosos hechos.
Mas ¡ay! que el tiempo—destructor constante—
aniquilando va con fiera saña
valor y aliento. Los varones fuertes
que antes alzaran sonoras voces
para ensalzar las cívicas virtudes
del héroe celebrado, ya no existen;
borróse su memoria, y en la tumba
calló con ellos el mortal olvido.

. . . .

Crece el césped al pie del monumento,
y la frondosa yedra y atrevida
escala el pedestal, la estatua ciñe
y se entrelaza en su espaciosa frente.
Bello el sol que alumbró victorias tantas,
de luz corona las broncíneas sienes
cual nimbo brillador, y del rocío
las purísimas gotas van cayendo
sobre las secas órbitas, que truecan,
—¡oh de los siglos poderoso influjo!—
la dureza y audacia en dulcedumbre.
Y el pueblo, al contemplar estas mudanzas,
fiel guardador de añejas tradiciones,
dice, admirado, que la estatua llora.
¿Gemirá las ruínas del pasado?
¿Suspirará los duelos del presente?
¿O acaso el ideal apetecido
de un venturoso porvenir?... ¡Quién sabe!

Diego Molleja y Rueda.

MEDITACIONES DE ACTUALIDAD

EL FRACASO DE LOS "INTELECTUALES"

El ambiente los tenía acogotados; con la tenaza hercúlea de su sino había amordazado sus lamentos, que, a veces, querían parecer gestos gallardos en defensa de la inteligencia. La inteligencia desde el Rey... Felipe II, la lechuza agorera que adoraba el hierro, ha sufrido las persecuciones más violentas, como si la inteligencia hubiese sido una plaga dañina y contagiosa.

He ahí el fracaso sin precedentes de los intelectuales. En un sólo momento, en un arranque de elegancia espiritual, superior y altivo, la inteligencia hubiese triunfado plenamente, y entonces la memez de los reyes, la bajeza vergonzante de los magnates, la ridícula histrionada, hubiérase convertido en una simple lección humana.

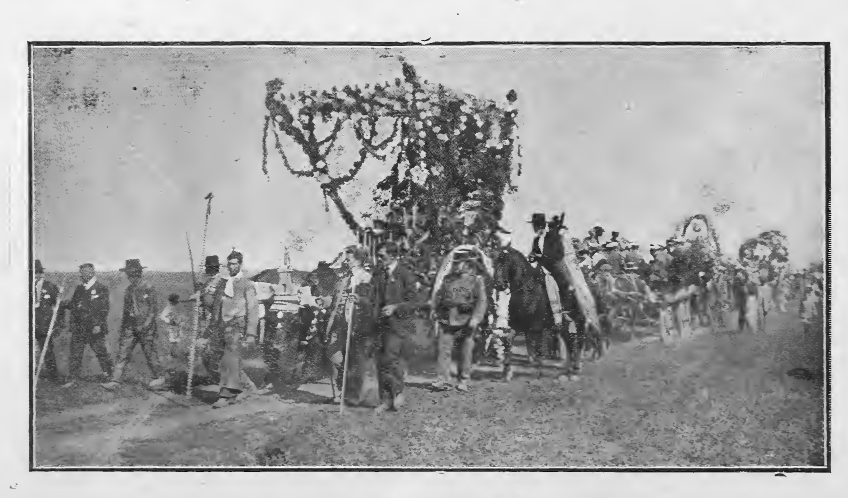
Y así fue rodando la vida de los intelectuales, acudiendo a la merced, a la dádiva, al *chantage* para vivir *decorosamente*, porque no se podía vivir siendo solamente escritor, poeta, filósofo, cuando menos periodista.

Vinieron los nuevos ricos a inundar el mundo de instintos brutales; en una ola formidable de mal gusto, de rufiandad, a poner tersa, crujiente la epidermis de los intelectuales que ya no podían tolerar semejante invasión. Fué entonces, en los instantes más inquietos de la pos-guerra mundial, cuando las plumas empezaron a demoler; pero aun casi en la infancia, respetaban tradiciones y leyes históricas, como si la matanza humana, formando una pira nauseabunda y horrible, no bastara a desembrollar sus ideales confusiones, invitándolos a mirar frente a frente al porvenir humano.

Algunos intelectuales, con las rendijas del cerebro oxidado, nos miran a los que luchamos sin protecciones oficiales, a los que despreciamos el favor y la dádiva, asombrados, creyendo incompatible el vivir con el pensar, el triunfar en esta sociedad sin las agarraderas de cualquier presupuesto, nada más que con el producto intelectual... nos escuchan y nos miran brillantes los ojos de coraje y de ira, porque ven el triunfo...

La humanidad sumisa, obediente, callada, va conociendo la verdad, toda la verdad, y aunque tarde cree en el poder intelectual que figuraba en el repulsivo consorcio de los ineptos como el cuarto poder, cuando es el único, el que todo lo vence, el que hace meditar a la humanidad, haciéndola sentir, extremecida, la emoción de un porvenir más bello y más noble.

Joaquín Corrales Ruiz.



LA ROMERÍA DE VALME

LA PATRIA DE COLÓN

EL DESCUBRIDOR DE AMÉRICA NACIÓ EN ESPAÑA

(Continuación)

Este silencio no puede ser más sugestivo, por cuanto demuestra que jamás llegó a descubrir el secreto de Colón, ni pudo averiguar nada que con su nacimiento se relacionase, cosa, en verdad, inexplicable, si era cierto lo dicho por él de que no era el primer almirante de su familia. El cronista mayor de Indias, Antonio de Herrera, se limita a decir que nació en Génova, pues *así lo había confesado*. Algunos historiadores hubo, de no poca autoridad, y el hecho es muy significativo, que ni mentaron la patria de Colón, siquiera la posible, lo cual es prueba evidente de que no admitían como verdadera la que él quiso atribuirse. Mencionaré, entre ellos, a Sabellico (1), Foresti da Bergamo (2) y Albertini (3).

En cuanto a los que posteriormente escribieron sobre la vida de Colón, incluso los contemporáneos, no hacen otra cosa que repetir lo escrito por los que nada sabían de ciencia propia, toda vez que se limitaban a referirse a lo dicho por él, sin preocuparse para nada de si ese dicho era verosímil, o dejaba de serlo. Robertson, después de llamarle súbdito de la república genovesa, hace esta terminante afirmación: «No se »tiene noticia cierta ni del tiempo, *ni del lugar* de su naci»miento» (4). Raynal, dice con respecto a este punto, en forma puramente incidental: «El propuso a Génova, su patria, »someter a sus leyes, (afirmación desprovista de todo funda»mento), otro hemisferio» (5). Reclús, hablando del Descubrimiento, se limita a llamarle «la afortunada empresa del marino genovés», sin precisar nada acerca de cuál pueda ser la cuna de éste. Más adelante, dice: «Los dos grandes navegantes que »llevaron a España al primer rango en la historia de los des»cubrimientos, Colón y Magallanes, eran extranjeros: el prime»ro era italiano, y el segundo, portugués» (6). Humboldt, no hace otra cosa que repetir lo dicho por los historiadores que le precedieron. En realidad, lo único que afirma categóricamente, con respecto a Génova, es esto, de que no existe prueba alguna: «En 1485, hizo un corto viaje a Génova para ofre»cer sus servicios a la República», (no dice su patria). En esa época, como está plenamente probado, Colón se hallaba en España, en el palacio del duque de Medinaceli, gestionando llevar a cabo su empresa (7). Prescott, dice que «era natural de Génova, de humilde cuna, aunque quizá de noble ascendencia», según Spotorno, demostrando con la vaguedad de su dicho, que nada sabía, ni podía asegurar (8). Malte-Brun, se limita a llamarle «navegante genovés», a decir que varios pueblos de Italia se disputaban su cuna, y que M. Napione sostenía que era piamontés, de Cuccaro (1). Washington Irving, el historiador tal vez más concienzudo del Descubrimiento, abordando la cuestión con el alto criterio que tanta fama dió a su nombre, escribió, lo que sigue, por cierto bien elocuente: «Nada se sabe de la infancia de Cristóbal Colón, *de su fami»lia, ni del tiempo o lugar de su nacimiento»*. (2).

(1) *Rapsodie Historiarum*, Venecia, 1504.
(2) *Supplementum supplementi*. Venecia, 1503.
(3) *Miraviglia Rome*, Roma, 1509.
(4) Robertson, *Historia de América*, tomo I, pág. 64.
(5) Thomas Raynal, *Historia Política de las Indias*, tomo III, página 210, Ginebra, 1787.
(6) Eliseo Reclús, *Geografía Universal*, tomo IX.
(7) A. de Humboldt, *Examen critique de l'Histoire de la Geographie du Nouveau Continent*, tomo I, pág. 19.
(8) W. H. Prescott, *Historia de los Reyes Católicos*, Madrid, 1845, tomo II, pág. 251.

Como se ve, Irving supo substraerse a la sugestión que pudieron ejercer en su ánimo las afirmaciones, bien que vagas, de los historiadores que le precedieron, dándose buena cuenta del escaso o ningún fundamento en que se apoyaban; y, sin embargo, no pudo hacer lo propio en cuanto a las referencias de los que escribieron sobre lo acaecido a Colón en España. Véase lo que sobre este particular escribe don Tomás Rodríguez Pinilla en su notable libro ***Colón en España***, cuya publicación apadrinó el propio don Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, a quien está dedicado por su autor: «Adviértase ahora que ese relato es el sucinto resumen »del que había hecho poco antes Washington Irving. Pero lo »notable es que la narración de ese insigne biógrafo, está cal»cada en la del historiador Muñoz; la de éste, en la de He»rrera, quien, a no dudar, la tomó de Gomara, de Las Casas »tal vez, o más seguramente del mismo Fernando Colón. Y »como todos estos fluctúan y, lejos de narrar cronológica»mente los hechos, los amontonan y los hacen ocurrir de dis»tintos modos y por diversas vías, como dice el obispo de »Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, el historiador Prescott, »que observó esas divergencias, comprendió que, en realidad, »ninguno de los antiguos historiógrafos y cronistas, habían »acertado a descubrir la verdadera sucesión de los hechos, ni »el secreto de ellos» (3). Sea como fuere, lo afirmado con tan buen sentido por el señor Rodríguez Pinilla, es la mejor demostración de que le sobró razón a Irving para decir que nada se sabía acerca del lugar en que vino al mundo el Descubridor.

Hasta aquí, los historiadores, de los que sólo cito una parte, que se limitan a repetir la vaguedad de lo del *hombre de Génova*, del *marino genovés*, etc., etc., sin otra base que el dicho del propio Colón; pero es que no han faltado escritores de nota que han puesto en duda su patria genovesa, y que hasta la han negado abiertamente. Aarón Goodrich dice «que era un oscuro aventurero, de nación y nombre supues»tos, que alucinó a los Reyes Católicos con su fanatismo e hi»pocresía para inducirlos, al fin, a la realización de sus desig»nios.» (4).

(1) Malte-Brun, *Geografía Universal*, tomo I, pág. 158.
(2) W. Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, Madrid, 1833, tomo I, pág. 34.
(3) Tomás Rodríguez Pinilla, *Colón en España*, Madrid, 1884, pág. 96.
(4) Aarón Goodrich, *A History of the character and achievement of the to called Christopher Columbus*, New York, 1874, tomo II.

(Concluirá)